LAS DOCE Y VEINTE DE LA NOCHE

DANIEL GALERA



Las doce y veinte de la noche

DANIEL GALERA

Traducción de
Mercedes Vaquero



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN

megustaleer









Aquel ardor repentino por facilitar la destrucción del mundo tenía que ver con el olor a mierda humana sobre el pavimento, con los efluvios del líquido putrefacto acumulado alrededor de los contenedores de basura municipales, con la huelga de autobuses y con la desesperación generalizada debida a la ola de calor que azotaba Porto Alegre aquel fin de enero, pero, si hubo un antes y un después, una línea divisoria entre la vida que parecía que yo iba a tener y la vida que tuve, esa línea fue la noticia de que habían asesinado a Andrei en un atraco a mano armada, la noche anterior, en las inmediaciones del hospital de Clínicas, a pocas manzanas de la zona de la calle Ramiro Barcelos por la que yo caminaba. Me detuve de manera tan brusca al asimilar la información que mostraba el timeline de Twitter que mi pie derecho, húmedo de sudor, se deslizó dentro de la sandalia y el tobillo se me torció, haciendo que me desplomara sobre la acera ardiente con el brazo izquierdo ridículamente levantado en el aire para proteger el teléfono.

Cerca del lugar de mi caída, una indigente hurgaba en el interior de un contenedor de basura, inclinada sobre el borde como un avestruz, la cabeza metida en el agujero, las piernas negras y los pies descalzos asomando bajo el vestido rosa con falda plisada. Al oír mi gemido, se deslizó fuera de la abertura, bajó la tapa del contenedor y vino en mi dirección. Yo ya me había apoyado sobre una de las rodillas, ajustándome la hebilla de las sandalias, cuando me preguntó si estaba bien y me ofreció ayuda, y solo entonces me di cuenta de que era un hombre travestido, con finos caracolillos de pelos en las piernas y en

los brazos bien definidos. Respondí que estaba bien, gracias, que solo necesitaba sentarme un poco. Me observó con interés mientras me acomodaba en el escalón de la puerta de entrada del edificio más cercano, dando la impresión de que le habría gustado acercarse a mí para echarme una mano pero manteniendo una distancia prudente. Una capa gruesa de algo oleoso cubría su bello rostro, que recordaba un glasé, y su sonrisa de dientes blancos y alineados resultaba mucho más improbable que la ropa femenina que le caía con total naturalidad. Le aseguré que estaba bien, ella no insistió más y se marchó en dirección a la avenida Osvaldo Aranha, cruzando un poco las piernas al andar, como una joven en biquini dispuesta a entrar en la piscina de la casa de unos amigos de su novio.

Moví el tobillo para comprobar que no me hubiera dañado un tendón. Me daba un poco de miedo volver a mirar la pantalla del móvil, ya que, al hacerlo, tendría que confirmar que, apenas unas horas antes, Andrei había recibido un disparo de un delincuente en algún lugar cerca de allí y estaba muerto, a los treinta y seis años, calculé, recordando que era tres años mayor que yo. El escalón en el que me había sentado estaba cubierto de cerillas quemadas. La idea de que aquellos fósforos pudiera haberlos encendido el asesino de Andrei, un adicto al crack dispuesto a matar para garantizarse otra piedra, hizo que me recorriera un escalofrío horrible, seguido de náuseas. El sudor me brotaba por detrás de las orejas y se escurría cuello abajo. Me pregunté qué habría ocurrido en la capital en mi ausencia, una pregunta absurda ya que hasta minutos antes no parecía haber pasado nada en la ciudad, era la misma de siempre. Fue probablemente allí, durante aquella sucesión de instantes de perplejidad, donde se afianzó en mí la idea de que los días que vivíamos eran la antesala de una catástrofe lenta e irreversible, o de que la fuerza, ley natural o entidad que insuflaba vida en nuestras expectativas, y con «nuestras» quería decir mis expectativas, las de mis amigos, las de mi generación, comenzaba a agotarse.

Era mi primera visita a Porto Alegre en casi dos años. Había llegado hacía una semana, cargando conmigo recuerdos de una ciudad aireada

y colorida, atrapada en el ámbar de ciertos días de primavera matizados por el cielo azul y por los lapachos rosados florecidos en el parque da Redenção, recuerdos sin duda reales pero que apuntaban a un pasado indistinto e irreconciliable con el presente. A lo largo de aquella semana, la ciudad cubierta por una alfombra de inmundicia, friéndose bajo la radiación del peor verano en décadas, me había hecho pensar en un paciente con insuficiencia hepática abandonado al sol para morir. Los vehículos y la gente evitaban las calles aquel 31 de enero, en plenas vacaciones escolares y de anticipación carnavalesca, y la huelga de autobuses municipales, que mantenía ya por quinto día consecutivo la paralización total del servicio, era el ingrediente final de la burbuja de letargia que lo envolvía todo. Trabajadores de la periferia lloraban ante las cámaras del telediario porque no conseguían desplazarse y sus jefes les estaban descontando los días que no trabajaban. Furgonetas de transporte colectivo, autocares escolares de emergencia autorizados por el Ayuntamiento y autobuses piratas que se caían a pedazos volaban por los carriles bus vacíos, abarrotados de gente con hipertermia. Los taxistas daban bocinazos y campaban a sus anchas creando el caos, enloquecidos por la sobredosis de pasajeros, y algunos cobraban la tarifa nocturna a plena luz del día, simplemente porque podían.

El taxista que, días antes, me había llevado directamente desde el aeropuerto al hospital en el que estaba ingresado mi padre me había explicado que el Tribunal Laboral ya consideraba ilegal la huelga, pero que a los huelguistas les daba igual y que la paralización no tenía fecha de finalización. Los sindicalistas apedreaban a los autobuses que se atrevían a salir de las cocheras. Los autobuseros se peleaban entre sí y contra sus jefes, acusados estos de incentivar el estancamiento de la situación para presionar al gobierno por el aumento de las tarifas, cosa que el gobierno no haría, no tras las manifestaciones populares de junio de 2013 que, catalizadas por una represión policial violenta, habían conseguido anular el aumento del precio de los billetes en todo el país. Y mientras tanto las plantas se chamuscaban bajo el sol, la sensación térmica de madrugada evocaba un bosque pluvial, y por la tarde los

termómetros del centro llegaban a pasar de los cuarenta y cinco grados. El agua salía caliente del grifo. No tibia. Caliente. Casi ardiendo. Había cortes de agua y luz en varios puntos de la ciudad, a veces durante horas o incluso días. La población de las zonas periféricas sufría más, claro, y ya empezaba a bloquear las calles y carreteras en protesta contra el abandono institucional. Los mendigos compartían las sombras para descansar por la mañana en lechos de cartón, durmiendo un sueño incrédulo y suplicante, con los ojos medio abiertos. Me hubiera gustado acomodarme en el escalón de la puerta del edificio y dormir aquel mismo sueño.

Miré otra vez, tras un intervalo lleno de torpor, la pantalla del móvil, que todavía mostraba una noticia sobre el asesinato de Andrei Dukelsky en la página web de *Zero Hora*. Desplacé hacia abajo el artículo, mojando toda la pantalla de cristal del iPhone con el sudor del dedo. Según su novia, una tal Francine Pedroso, Andrei había salido a correr sobre las nueve y media de la noche llevando consigo solo las llaves de casa y el smartphone, que le robaron los agresores. No había testigos, aunque el lugar donde aconteció el crimen era una zona de tránsito moderado, incluso de noche. «Uno de los mayores nuevos talentos de la literatura brasileña contemporánea», era la apostilla que el texto le concedía. «Duque, como le llamaban sus amigos.» Había un hashtag #AdiósDuque que ofrecía acceso instantáneo a las manifestaciones de conmoción y tristeza de sus lectores y amigos en las redes sociales. No tuve valor de clicar en él.

Ya no éramos tan íntimos, Andrei y yo. Me había encontrado con él una sola vez hacía años, en São Paulo, en su última noche de autógrafos, o por lo menos la última de la que tuve noticia. Había dejado de actualizar el Twitter y, como averigüé enseguida, también se había suicidado en Facebook. Nuestra convivencia más intensa se había dado hacía quince años, en la época de la facultad, cuando escribíamos juntos en nuestro fanzine electrónico por e-mail, el *Orangotango*, y teníamos algunas de esas conversaciones que en el futuro recordaríamos como muy profundas. Me hizo leer a Camus, Noll, *Moby Dick*. Intenté imaginar dónde estarían en aquel momento los otros

colaboradores del e-zine, sobre todo Emiliano, a quien más echaba de menos mientras vivía en São Paulo. Recordé la primera vez que vi a Andrei en el patio de la facultad de periodismo, dando caladas al cigarrillo como si hubiera aprendido a fumar en la cuna, corpulento y concentrado como un luchador de yudo, con entradas en el cuero cabelludo que anunciaban una calvicie precoz. Solía vestir camisas azules y rosas de calidad e iba a los bares con americana, lo que eran extravagancias para un joven universitario a finales de los años noventa. Siempre llevaba las uñas largas y sucias y olía un poco mal. Duque nunca dejó de ser un misterio para nosotros. Entre sus amigos, pero sobre todo entre nosotros, los del *Orangotango*, había una especie de velada competitividad para ver quién sería el primero en comprenderlo, en conquistar su confianza, en volverse su confidente. Pero Duque no se abría con nadie. Y leer sus cuentos y novelas no ayudaba a solucionar el enigma. De lo leído, me quedó la impresión de que había cosas que escondía incluso a la literatura. Como si esperara el futuro lejano en que estaría preparado para escribir sobre ellas.

El funeral en el cementerio israelita de la avenida Oscar Pereira, informaba la noticia en el móvil, sería solo para la familia cercana. Sin velorio, conforme a la tradición judaica. Sentada allí, en el escalón de entrada de un edificio residencial cualquiera, anhelando el sueño anestesiado de los mendigos, pensé que el cuerpo de Andrei había yacido en una acera a unos quinientos metros de donde me encontraba, que su sangre reseca sobre las losetas de piedra debía de haber dejado marcas que ahora se confundirían con los restos viscosos de la basura y los orines de perro, y entonces me encontré pensando, contra mi voluntad, que en realidad se lo había ahorrado, que quizá hubiera tenido suerte a fin de cuentas, ya que había escapado a algo terrible que se avecinaba, algo a lo que tendríamos que acostumbrarnos.

Recordé que llevaba en el bolso los parches de nicotina de mi padre. Intenté concentrarme, apagué la pantalla del móvil, me levanté y seguí camino rumbo a la avenida Ipiranga. Una columna de humo negro brotaba de los taludes a la orilla del arroyo Dilúvio y, al atravesar el puente, vi a dos chavales harapientos acuclillados delante de una

hoguera crepitante, probablemente derritiendo cables de cobre para venderlo al desguace. El lecho del Dilúvio había quedado reducido a un riachuelo serpenteante entre bancos de arena expuestos al sol, pero en las escasas charcas más profundas se podían distinguir bancos de peces ociosos en el albañal ceniciento y filamentoso. Al otro lado de la avenida, en la continuación del barrio Santana, en una pequeña manzana de la calle Gomes Jardim ocupada por casitas con porche y un tanto escondidas tras jardines descuidados, próxima a una cristalería y una carnicería que me daba miedo cuando era pequeña, quedaba la casa de mis padres, para quienes el mundo, por cuestiones de salud y longevidad, estaba más cerca de acabarse que para mí.

Y el mundo casi se acaba para mi padre. A los sesenta y seis años, había sufrido un infarto y se recuperaba en casa de un bypass. Cuando ocho días antes me despertó el sonido del móvil antes del amanecer en mi piso de São Paulo, la operación, que duraría cuatro horas, ya estaba en curso. Al otro lado de la línea, mi madre sonaba más colérica que asustada. Fue mi padre quien me pormenorizó los detalles del episodio, cuando su memoria se refrescó tras salir de la UCI. Después de cenar un bocadillo caliente de salami y queso, que le entregó en la puerta de casa el repartidor de su cafetería favorita, y de ver un poco de televisión mientras bebía dos vasos de Campari con tónica y fumaba con la avidez habitual, se echó a dormir. Se despertó a primera hora de la madrugada con acidez y un ligero dolor en el pecho, deambuló un poco por el comedor y, constatando que el dolor no cedía, decidió acercarse a urgencias. No vio motivo para perturbar el frágil sueño de mi madre, así que tomó el coche y condujo solo hasta el hospital Mãe de Deus, sufriendo un infarto sin saberlo, fumando Marlboro Lights con el codo apoyado en la ventanilla y la otra mano en el volante del Honda Fit automático, probablemente escuchando algo como Simply Red en la emisora Rádio Continental, convencido de que tenía gases o cualquier otra cosa relativamente inofensiva. En cuanto mencionó el dolor en el pecho, la doctora encargada del triaje le tomó la presión y lo transfirió a toda prisa al cardiólogo. Poco después estaba en la mesa de operaciones.

Llegué al hospital todavía con la maleta y la mochila y lo encontré ya al final del primer día de postoperatorio, abrazado a una almohada mientras expulsaba secreciones pulmonares frente a la atónita mirada de mi madre. Estaba desorientado y no dejaba de preguntar si era de día o de noche. Cuando apartaban la sábana para llevar a cabo algún examen o procedimiento médico, su cuerpo desnudo me parecía imposiblemente blanco, y pensaba que aquel no podía ser el color de mi padre, él era más oscuro. Le habían drenado demasiados fluidos, le faltaba sangre, algo no iba bien. Intentaba no mirar mucho, imaginando que debía de sentir vergüenza de verse expuesto ante mí en aquella situación, y por mi parte sentía cierta repulsión de verlo tan débil. Tumbado en la cama a merced de sondas y agujas, con el esternón cosido con hilos de acero que seguirían allí en su esqueleto después de que todos sus otros tejidos se hubieran convertido en polvo, mi padre era un emblema no solo de su muerte, sino también de la mía. La morbidez retrocedió a un segundo plano a partir del momento en que lo trasladaron a una habitación. Estaba de buen humor y bromeaba diciendo que tenía a mi disposición su cuerpo inservible para realizar experimentos, que ya era hora de donarlo a la ciencia. Le respondí que para mis investigaciones no necesitaba nada más aparte de mis semillas de *Arabidopsis* y mis plantas de caña de azúcar, pero que tenía un amigo en la Universidad de São Paulo que estudiaba los efectos del tabaco y los embutidos en el organismo de viejos testarudos y tal vez le interesase su carcasa. Mi padre recibió la visita de algunos colegas de los cursillos y colegios donde enseñaba literatura y portugués, y también de un trío de alumnos que lo apreciaban. Lo acompañé en las caminatas por el pasillo, durante las cuales se quejaba de las recientes manías de mi madre, del intervencionismo económico del gobierno federal, de la permisiva pedagogía de nuestra época, de sus alumnos mimados que creían tener derecho a todo, mirándome de reojo sin parar para evaluar mi reacción ante las cosas que me decía. Tras cinco días de ingreso, pudo volver a casa. Desde entonces su estado de ánimo había caído en picado. A veces se echaba a llorar sin más y nos miraba con perplejidad, diciendo qué no sabía por qué lloraba, mientras las

lágrimas continuaban cayendo. Insistía en ducharse de pie, se limpiaba él mismo las heridas y se dedicaba a practicar los ejercicios de fisioterapia respiratoria. Aún viviría mucho, pensé, tal vez incluso saliese de aquello más fuerte, lo bastante fuerte para ver el mundo languidecer hasta el final.

La mañana en que me enteré de la muerte de Andrei había salido a comprar los parches de nicotina a petición de mi padre. Quería una marca específica que no resultaba fácil de encontrar y, como no había autobuses, tuve que caminar hasta una farmacia situada en el barrio de Bom Fim. Regresé a casa con aspecto de estar aquejada de ébola. Comprobé que mi padre dormía, dejé la bolsita con los parches sobre la mesa del comedor y me dirigí a la cocina. Llené un vaso con cubitos de hielo y té negro helado, añadí un poco de lima y azúcar moreno, volví al comedor y me desplomé en el sofá, justo debajo de la salida de aire acondicionado. El viejo sofá raído tenía un olor característico que prevalecía sobre el de las rosas y lirios que mi madre solía colocar en un jarrón en la mesa de centro. Yo me refería a aquel olor como olor de ácaro. Desde pequeña, cuando supe de la existencia de los ácaros a través del artículo de una revista sobre enfermedades respiratorias, yo asociaba el olor del sofá a huestes de esos seres minúsculos que imaginaba infiltrados por millones en el áspero tejido de los cojines. El artículo de la revista estaba ilustrado con la imagen ampliada vista a través de un microscopio electrónico en la que los ácaros parecían aceitunas verdes con piernecitas equilibrándose sobre madejas de espaguetis de color gris. Debía de tener nueve o diez años cuando vi la imagen, y en aquella época la amenaza de los ácaros alcanzó nivel de fobia doméstica en los hogares brasileños. Mis padres, al igual que casi todo el mundo, instalaron en las estancias de la casa aparatos de filtración de aire que semejaban diminutos robots de hojalata. Oía el zumbido mecánico de los filtros e imaginaba a los ácaros siendo masticados en un holocausto por minúsculos engranajes. ¿Dónde habían ido a parar todos aquellos filtros? Ahora a nadie le importaban lo más mínimo los ácaros. «Cuatro pares de patas y un par de palpos», pronuncié en voz baja, recordando un fragmento de alguno de los

libros de biología que leía y releía en la niñez. Eran características de los arácnidos, la clase a la que pertenecían los ácaros, arañas y escorpiones. Me gustaba pronunciar aquello, las aliteraciones y la sonoridad un tanto cómica de la expresión me llevaban a pensar en los versos de una canción infantil. A veces me descubría canturreando mentalmente «cuatro pares de patas y un par de palpos» mientras secaba los platos, orinaba o miraba la pantalla del ordenador intentando trabajar en el esbozo incompleto de un artículo.

Pasé un rato repitiendo aquellas palabras como un mantra, tomando sorbitos de mi té helado, sintiendo cómo se secaba el sudor en la piel fría. Andrei asesinado. No se desvanecía la ansiedad que acababa de experimentar en la calle, al contrario, notaba que se impregnaba en mí de forma irreversible, como el suelo absorbiendo agua venenosa. Miré el vaso en mi mano, lo imaginé transformado en centenares de caóticos añicos y pensé que había algo de perverso e indeseable en el vaso intacto, era casi como si tuviese conciencia de ser un vaso, algo a lo que sin duda no tenía derecho. Lo apreté con fuerza, queriendo y no queriendo romperlo, en un impulso parecido a las ganas crueles que sentíamos a veces de aplastar a un cachorrillo.

Estar alojada en casa de mis padres a los treinta y tres años, aun en las circunstancias de un episodio médico casi fatal para mi padre, me provocaba una previsible sensación de retroceso emocional. Amaba las cosas de aquella casa, sí, pero eso no impedía que me transmitieran cierto malestar. Paseé la mirada por las fotografías enmarcadas de Tatuíra, nuestra fallecida perra callejera de pelo atigrado, por las violetas plantadas en delicadas macetas en la ventana basculante de la cocina, por la colección de libros de recetas con el lomo un tanto descolorido, y visualicé la ducha a gas que empezaba a escupir aire durante nuestros baños, la enorme biblioteca literaria en el despacho de mi padre, los libros de referencia que mi madre dejaba apilados en el suelo de la casita anexa en la parte trasera de la casa, donde trabajaba en sus ilustraciones, la habitación de invitados que todavía conservaba vestigios tontos de la época en que era el cuarto de la hija única, cosas como un póster de Johnny Depp y Winona Ryder en *Eduardo*

Manostijeras.

La familiaridad de aquella casa intensificaba mi temor a haber dejado desguarnecida una frontera estratégica lejos de allí, de haber abierto un flanco para que me arrebatasen mi vida. Andaba atrasada con el alquiler de mi apartamento en São Paulo, había que cambiar más de la mitad de las bombillas, y mi investigación sobre los ritmos circadianos de la caña de azúcar continuaba atrapada entre los escombros de una nimiedad cuya consecuencia había sido mi reprobación en la calificación del doctorado. El nuevo examen estaba programado para principios de abril, y me había asegurado de fijarlo en una fecha que obligaría al profesor César, mi némesis, a mandar a su suplente al tribunal. Eso prácticamente garantizaba que aprobara el segundo examen, pero temblaba de rabia y ansiedad con solo recordar la humillación que aquel nematelminto me había hecho pasar. Estaba convencida de haber sufrido acoso moral, pero aquel era un camino contraproducente. César podría machacarme, si quisiera.

Mis dedos agarraron el vaso con tanta fuerza que se pusieron amarillos. Me pregunté qué pasaría si simplemente lo dejase todo atrás. Si no volviese. Si desapareciera en el interior de la selva, huyese a Uruguay y me quedara allí escuchando los ecos distantes de la caída de la civilización. El fracaso y la pérdida me perseguirían hasta la muerte. Versión uno. Experimentaría una libertad de un tipo que ni sospechaba que existiera. Versión dos. La cuestión era si, fuera de los estrechos dominios de nuestra vanidad, las ambiciones de una vida se volvían realmente gratuitas, fútiles y fáciles de olvidar, como a veces, en secreto, sospechaba.

Relajé la presión de los dedos, engullí el último cubito y dejé el vaso en la mesa de centro. Tenía que hacer algo para escapar del vórtice de ansiedad. Entonces me acordé de cuál era mi manera favorita de pasar el tiempo en aquella casa. De la costumbre, nacida en la infancia, de curiosear los libros de referencia visual de mi madre, entre los que se encontraban los volúmenes ilustrados de zoología, botánica y anatomía que tanto me habían fascinado de niña. Salí por la puerta de atrás de la cocina. El calor de la calle, incluso en los pocos segundos necesarios

para atravesar el patio hasta el anexo, me masacró de tal forma que me pregunté si aquellas no serían condiciones hostiles para la vida. La fragilidad del hombre era patética. Millones de años de evolución que desembocaban en seres increíblemente inadaptados al medio ambiente del planeta, como demostraba nuestro sufrimiento ante mínimas alteraciones de temperatura o falta de sustancias, una vulnerabilidad humillante a todo tipo de condición atmosférica, exposición a materiales y otros organismos, por no hablar de la aún más denigrante vulnerabilidad de nuestra mente ante cualquier tontería, ansiedad o esperanza. Éramos inadecuados a aquella naturaleza. Normal que deseáramos destruirla.

Por suerte, mi madre estaba trabajando en su estudio con el aire acondicionado a todo trapo, escuchando como siempre Rádio Itapema, que en aquel momento emitía una balada de Nei Lisboa que me remitió, vete a saber por qué, a las tardes en que iba a beber con los amigos por los bares de la calle Doutor Flores, en el centro histórico, después de las clases del curso preparatorio para el examen de selectividad. Su escritorio era amplio y diáfano, sin cajones, apenas un tablero de madera sobre unos pies tubulares de metal. El iMac, el escáner y la tableta digitalizadora de dibujo parecían tecnologías alienígenas en contraste con la radio FM con la antena extendida. Los aparatos compartían espacio con varios portalápices repletos de bolígrafos y con hojas de papel llenas de bocetos. Ya hacía años que dibujaba en el ordenador, pero me acordaba bien de la era predigital, cuando su mesa estaba siempre atestada de grandes láminas de papel de elevado gramaje y textura cremosa, estuches de lápices de colores, reglas, estiletes, acuarelas y pinceles. Siendo todavía una mocosa, me daba hojas de papel vegetal para que copiara dibujos de los libros con rotuladores de punta fina de 0,5 mm. Me aterraba romper la punta de aquellos rotuladores. La especialidad de mi madre eran las ilustraciones técnicas y lo que ella llamaba «ilustración realista». Los delicados movimientos de su muñeca creaban corazones y gargantas para libros didácticos de medicina, tazones de leche con cereales y trocitos de fresas maduras para cajas de cereales, aves del Amazonas para tarjetas

coleccionables que venían de regalo en los envoltorios de chocolate con leche, tractores y cosechadoras para catálogos de material agrícola. Lo único que necesitaba eran fotos de referencia. Una vez, antes de llevarme en coche al colegio, al ver una de sus ilustraciones en un envoltorio de pan durante el desayuno, le pregunté por qué simplemente no utilizaban fotografías en vez de dibujos tan realistas que a veces parecían meras copias.

—Yo no hago copias de las fotografías —respondió—. No dibujo las cosas. Para eso sirven las fotos. Yo dibujo la idea de las cosas. Imagina una manzana perfecta. Yo dibujo eso que estás imaginando, y no las manzanas de verdad que están en nuestro frutero.

La mayoría de las veces, las ilustraciones eran reproducciones casi idénticas a las fotografías, resultaba difícil encontrar detalles diferentes, como en el juego de los siete errores, pero no se podía cuestionar que las imágenes eran discordantes en un sentido profundo. Sus dibujos estaban más cerca de las estatuas de santos y las pinturas renacentistas que de las fotografías, impregnados de un magnetismo idealizado que las agencias de comunicación, las editoriales y las empresas que contrataban sus servicios ciertamente comprendían mucho mejor que yo. Desde el punto de vista artístico, las ilustraciones no tenían valor. Estaban sujetas a los ideales de perfección más vulgares. Pero en ciertos casos, cuando las instrucciones del cliente ofrecían más libertad o apuntaban en una dirección más insólita que de costumbre, era capaz de crear imágenes extrañamente poéticas, menos constreñidas a rótulos y catálogos y más próximas a la pintura hiperrealista, en las que la presencia de la técnica utilizada y las anomalías casi indetectables daban expresividad a lo que podría pasar, de lejos, por una fotografía documental. Entre mis ilustraciones favoritas había un trabajo del que ella misma se enorgullecía hasta el punto de haberlo enmarcado y colgado en la pared de su estudio. Se trataba de una ilustración para un anuncio de revista de una marca de protector solar. Una familia aparecía en la orilla del mar divirtiéndose, padre, perro, hija, y la madre aplicando protector solar a la niña, que jugaba con un castillo de arena. Mi madre utilizó varias fotos diferentes para componer esa

ilustración, fotografías casuales tomadas con su propia cámara durante un verano en Xangri-Lá, donde teníamos una casa en la playa que se acabó vendiendo para pagar deudas. El mar al fondo no tenía aguas azules ni olas perfectas con espuma blanca. Era el mar del litoral de Rio Grande do Sul, marrón como achocolatado y con la superficie caótica y crispada de una inundación. La madre lucía la cicatriz de una cesárea en el vientre. No se había disimulado ni nada. La mujer de la foto de referencia tenía la cicatriz y mi madre decidió dejarla. Para su sorpresa, la imagen fue aprobada e impresa. Aparecía pequeña en la página de la revista y apenas se apreciaba la transgresión, pero allí estaba. La ampliación que colgaba de la pared me transmitía una sensación de verdad por detrás de las apariencias, del hedor salobre que embriagaba el día de sol, del viento incómodo que no dejaba de soplar en aquella costa.

Entré sin hacer ruido en el estudio para no molestar a mi madre, pero ella giró la cabeza al instante.

—¿Has encontrado los parches?

Contesté que sí, que papá seguía durmiendo en su habitación y noté, al acercarme, que acababa de cerrar la pantalla del navegador de Facebook, dejando a la vista el programa de dibujo, donde trabajaba en la ilustración de una herramienta incomprensible. Le pregunté qué era. «Un nuevo tipo de pelador de fruta. Está de moda.» No supe qué decir y ella añadió que en breve iba a terminar el trabajo y calentar el almuerzo. Sin intención de molestarla más, fui hasta los rimeros de libros diseminados por el suelo y en diferentes estanterías. Un recuerdo repentino me animó.

—Mamá, ¿te acuerdas de que dejé aquí mi *Enciclopedia de criptozoología*?

Tardó un poco en responderme, mientras terminaba de teclear algo, sin duda el chat de Facebook que yo había interrumpido.

—Debe de estar con los otros libros que dejaste aquí. Creo que en la estantería blanca.

Se trataba de un pequeño mueble de formica que quedaba en una esquina, prácticamente enterrado bajo las estanterías más grandes y las

pilas de libros y carpetas. De lejos atisbé el lomo amarillo del gran volumen de tapa dura, demasiado pesado para llevármelo a São Paulo cuando me mudé para hacer el doctorado. Me senté en el suelo con el libro entre las piernas y fui abriendo las páginas al azar. «Serpiente marina del *Nestor*.» En septiembre de 1876, en el estrecho de Malaca, la tripulación del vapor *Nestor* avistó una criatura nadando con movimientos ondulatorios junto al barco. Recordaba a un sapo o a una lagartija gigante y tenía una cola de más de cincuenta metros. Todo su cuerpo estaba listado de negro y amarillo claro. «Lago Sentai, Indonesia.» En algún momento de la Segunda Guerra Mundial, mientras acampaba con sus tropas en la que se convertiría en la provincia de Papúa, Indonesia, el antropólogo George Agogino lanzó una granada en el lago Sentani con la esperanza de capturar peces para comer. Un tiburón de tres metros apareció flotando muerto en la superficie. No había nada de raro en él, salvo su presencia en aguas dulces, que era anormal. Una hipótesis era que el tiburón fuera en realidad un pez sierra de la especie *Pristis microdon*, al que la explosión le había cortado el morro en forma de serrucho. «Diablito.» Entre septiembre de 2000 y febrero de 2001, los habitantes de Pitrufquén, a unos cuatrocientos kilómetros al oeste de Buenos Aires, avistaron varias veces a una pequeña criatura humanoide a la que apodaron Diablito. Los primeros testimonios procedían de niños y no se los tomó en serio, pero no pasó mucho tiempo antes de que algunos adultos empezaran a oír sus lamentos, «como el llanto de un bebé», y a encontrar gallinas y perros mutilados. Una granjera que habría visto a Diablito lo describió como un «hombrecillo de rostro arrugado y peludo como un cerdo». Los investigadores señalaron similitudes de ese caso con las diversas apariciones del Chupacabras en América Latina desde 1995. «Tigres (azules).» En septiembre de 1910, el misionero metodista Harry Caldwell, contumaz cazador de tigres, se encontró con algo extraordinario en la provincia de Fujian, en el sudoeste de China. El espécimen fue así descrito, según sus propias palabras: «El pelaje del animal era maravillosamente hermoso. La base era de un profundo tono azul grisáceo, aproximándose al azul marino en los lados inferiores. Las

rayas estaban bien definidas y, hasta donde alcancé a ver, parecidas a las de un tigre normal». Bernard Heuvelmans, creador del término «criptozoología» en los años cincuenta, también recogió relatos de tigres azules en la misma región china en 1986. Y así, saltando de entrada en entrada, hice que pasara el tiempo y amansé mi ansiedad, que fue dando paso a un encantamiento difícil de experimentar después de la infancia. Revisité búhos gigantes, apariciones modernas de pterodáctilos y otros dinosaurios, homínidos legendarios como el Pie Grande y el Yeti, y una interminable variedad de serpientes marinas y otros monstruos acuáticos. La mayoría de las entradas no trataban de casos tan espectaculares. Los registros de la criptozoología estaban compuestos en gran medida de apariciones de especies no confirmadas que solo presentaban pequeñas variaciones en relación con otras conocidas, o de especies registradas pero avistadas en regiones y hábitats inesperados. Podía no ser una ciencia, pero tenía un sesgo científico. La *Enciclopedia de criptozoología* no incluía relatos sobrenaturales, ovnis ni nada por el estilo. No había espacio para hombres lobo, fantasmas, zombis ni marcianos cabezudos. Los testimonios de aquellos miles de criaturas no creían haber visto a seres de otro mundo, y sí animales de carne y hueso, hijos de la naturaleza como las palomas, los caballos y los humanos, animales desconocidos, desproporcionados, a veces de una rareza fantástica, pero aun así animales. Las ilustraciones eran abundantes y, en casi todos los casos, muy toscas. Bocetos dibujados a toda prisa por capitanes de barco y naturalistas estupefactos, o retratos robot que sugerían incredulidad y burla, muchas veces basados en relatos indígenas trufados de mitos o en declaraciones de individuos de poca confianza, como supersticiosos inveterados y creacionistas que habían trabajado sobre el terreno para intentar obtener pruebas de la reciente concepción divina de nuestro planeta y de todo lo que lo habitaba. La *Enciclopedia* no respaldaba tales fuentes e interpretaciones irracionales, solo las registraba con distanciamiento crítico, sugiriendo que quién sabe, quizá algún día podría dilucidarse la verdad que había tras los relatos. Pero eran justamente los registros rudimentarios y la falta de validación lo que

había encendido mi imaginación a los diez u once años, cuando cogí la *Enciclopedia* por primera vez de entre la pila de libros de biología de mi madre. Aquellas páginas me habían revelado una fuerza de creación que superaba en todos los aspectos las explicaciones religiosas y míticas del origen del mundo, una fuerza que operaba dentro de los preceptos materiales de la física y de los mecanismos de la evolución, completamente de acuerdo con la geología, la bioquímica y la ecología. Después de todo, una anaconda gigante de treinta metros, como la descrita por el sacerdote Victor Heinz durante un viaje en barco por el río Amazonas el 22 de mayo de 1922, era improbable y jamás había sido confirmada, pero no era imposible, y su confirmación poco afectaría a las nociones científicas vigentes, aunque fuese necesario preguntar de dónde saldría tanta oxidación de ácidos grasos para sustentar, en términos energéticos, a un animal de aquella envergadura. Las primeras imágenes en vídeo de un calamar gigante en su hábitat habían sido captadas por japoneses en fecha muy reciente, en julio de 2012, llevando el terreno profano de la documentación digital a todo un linaje de animales marinos legendarios que iban del Kraken al Leviatán del Antiguo Testamento. Narraciones de dinosaurios vivos hasta nuestros días eran sin duda falsas, pero en 1938 unos científicos occidentales descubrieron que el celacanto, pez supuestamente extinto hacía setenta millones de años, nadaba en las aguas de Sudáfrica y era conocido por los nativos de la región. Y si la infinidad de serpientes marinas presentes en el folclore y en los relatos modernos de todas las regiones del mundo no existían, por lo menos certificaban la fascinación y el horror que las aguas profundas y sus todavía misteriosos habitantes despertaban en el alma humana. La realidad era que, gracias a aquel libro, durante mi infancia no veía por qué iba a perder el tiempo con dioses o fantasmas, ya que podía pensar en megatiburones, pequeños monos chinos adiestrados para preparar la tinta de los escribas, águilas enormes que se llevaban a bebés y luchas encarnizadas entre serpientes marinas y cachalotes, como la relatada en 1875 por los marineros del *Pauline*, en aguas brasileñas, cerca del cabo de San Roque, una historia que hacía sombra a los pasajes más

fantásticos de *Moby Dick*, si no en densidad filosófica, por lo menos en la sugerencia de lo que podía haber de fabuloso en los dominios del mundo natural, lo cual me empequeñecía y me atraía. El reino de los animales desconocidos era más fascinante que lo oculto, que la literatura, que los programas de televisión.

Durante un par de años después de haber descubierto el libro, cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, yo respondía con seriedad y convicción que pretendía convertirme en criptozoóloga, lo que en mi ingenuidad era una profesión poco popular pero perfectamente común. Por si no bastase, también tenía un objetivo concreto: encontrar el «ciervo blanco de las pampas», una entrada de la *Enciclopedia de criptozoología* que describía dos avistamientos, uno en 1940, otro en 1946, de un venado de las pampas de pelo casi totalmente blanco. Uno de los testigos oculares era un hacendado de la región de Camaquã que describió al animal como «un venado pampero grande y blanco como una nube, salpicado de marrón en el lomo y en la cabeza, con la cornamenta negra como el carbón», y al que intentó abatir con un tiro de escopeta pero falló. El otro ciervo blanco fue visto en la frontera uruguaya por el personal y los pacientes de un sanatorio llamado Três Acácias. Puede que se tratara tan solo de una mutación del *Ozotoceros bezoarticus*, el venado pampero, tal vez de la subespecie *celer*, o austral, que se daba en la pampa argentina y estaba prácticamente extinguido. Las declaraciones podían ser falsas, y es cierto que algunos venados pamperos eran tirando a blancos. Pero también podía ser una especie rara y esquiva, poco vista y jamás capturada. Eso era lo que yo creía a los once años, y una vida dedicada a confirmar la existencia del ciervo blanco de las pampas parecía una buena vida a la que aspirar. Más adelante, me di cuenta de que la gente se aguantaba la risa o reaccionaba como si estuvieran hablando con una niña pequeña cuando les explicaba cuál era el objeto de estudio de un criptozoólogo, y una noche de Navidad un tío me dijo que los ciervos se extinguirían pronto en Rio Grande do Sul porque los habitantes del campo creían que esos animales transmitían la fiebre aftosa al ganado y les disparaban cuando los veían, que quedaban bien

como trofeos en la pared, y al final la reacción de los adultos empezó a darme vergüenza y no volví a tocar el tema. Me pasé la enseñanza media diciendo que iba a ser arquitecta. Sonaba como una profesión de verdad. Cuando terminé el instituto, decidí matricularme en periodismo después de aprobar la selectividad, una de las carreras profesionales fetiche entre los adolescentes más o menos cultos de finales de los años noventa, última época en la que hubo algo parecido a un mercado para la profesión. Un año después, sin embargo, me había cambiado a la facultad de biología, que ya no volvería a abandonar. La *Enciclopedia de criptozoología* se encontraba en la raíz de mi deseo latente de convertirme en científica. Fue ella la que me hizo ver el mundo como un lugar de misterios concretos, que merecía la pena conocer e investigar. Toda aquella aura enigmática de la fauna aún por descubrir, que me producía la sensación de que todos los animales dibujados en la *Enciclopedia* eran como algo salido de un cuento de hadas o del bestiario de un pueblo extinguido, se disipó a lo largo de los años. Llegó el momento en que las distinciones entre nuevas especies pasaron a ser reveladas más por la biología molecular del laboratorio que por expediciones submarinas a fosas abisales, incursiones en cavernas o relatos obtenidos en poblados aislados. Vino la criptozoología de la secuenciación de genes, que existía en la capa freática de las cosas demasiado pequeñas para percibirlas y de los cálculos abstractos de ordenador, un reino intocable pero que paradójicamente afianzaba nuestra convicción de que el mundo era más conocido que nunca, y de que estábamos separados de lo aún desconocido solo por el tiempo de procesamiento necesario para revertir la situación. Parte de mí no se conformaba con eso. Permanecía reciente, en mi memoria, una época en que lo desconocido era «más existente» que lo conocido. Durante aquella juventud perdida, recordé allí sentada en el suelo del estudio de mi madre, yo no sabía qué hacer con tantas ganas de revolver los rincones oscuros del planeta y del universo. Era emocionante y al mismo tiempo desesperante, ya que no sabía por dónde empezar. Leía los ejemplares de la revista *Superinteressante* a la que mis padres se suscribieron por mí y quería ser como todos aquellos científicos que

estudiaban superconductores y desenterraban dinosaurios, pero todavía desconocía cómo llegar hasta allí, simplemente no tenía ni idea de qué hacer con mi vida, y eso era bueno, era excitante. Transcurrieron los años y, a partir de cierto punto, no saber qué hacer con mi vida pasó a ser malo, y había algo mucho peor, que era no querer hacer nada más.

Cerré el libro sobre las piernas cruzadas. Me acometió una angustia como un calambre. Intenté contenerla, pero no tardé en echarme a llorar. Oí a mi madre levantarse de la silla, escuché sus sandalias planas arrastrarse por el suelo de cerámica cuando se agachó, sentí su mano en mi hombro. Quise poder explicarle lo que me angustiaba, pero, aunque tenía las palabras, carecía del valor. Me imaginé diciendo «Al mundo solo le resta la destrucción, mamá, y lo peor que podemos hacer ahora es interferir», pero ni siquiera sabía si creía realmente en ello, solo advertía que la idea empezaba a dominarme. En vez de eso, le hablé del infarto de mi padre, de que solo ahora empezaba a darme cuenta de la gravedad de la situación. Le había faltado poco para morirse. No estaba preparada para su muerte. Le dije que se trataba también de mis circunstancias en la Universidad de São Paulo, pues corría el riesgo de perder la beca después de haber suspendido la calificación de mi proyecto de doctorado por culpa de un profesor cretino y vengativo. Mi madre ya conocía toda la tragedia, habíamos hablado varias veces sobre ella por Skype, e incluso en una de nuestras conversaciones en la que yo estaba borracha de vodka con limoncello hablé seriamente de sabotear los congeladores donde se guardaba el material de investigación de César para demostrarle que le había jodido la vida a la alumna equivocada. Pero ella volvió a escucharlo todo de nuevo, y esperó a que yo terminase para decir algo.

—Tu padre se está recuperando bien. Lo peor ya ha pasado. Y ya hemos hablado sobre la tesis, ¿no, hija? —comentó con el tono de voz que utilizaba para intentar proyectar sobre los otros su propia imperturbabilidad—. Tu orientador y tus colegas entendieron el verdadero motivo de la reprobación. ¿No es así? Conseguirás arreglarlo. Tu investigación es demasiado valiosa para que ellos permitan que suceda algo peor.

Me acarició el pelo, enarcó las cejas y sonrió con las comisuras de los labios. La conversación podría haber terminado ahí, ella tenía razón, iban a aprobarme al segundo intento, no se tenía noticia de una segunda presentación reprobada en el Instituto de Química. La suplente de César era una profesora que no tenía nada contra mí.

—Mamá, ¿te acuerdas de Andrei? Mi amigo, el escritor.

—Sí, claro. ¿Duque?

—Murió ayer. Lo mataron en un atraco en la calle Ramiro Barcelos.

Abrió la boca y después se le crispó totalmente el semblante.

—Dios mío, Aurora, qué horror…

—Le dispararon un tiro en la cara para quitarle el móvil.

—Qué horror. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Ayer por la noche. Cerca del hospital de Clínicas. Creo que vivía por allí.

—Qué tragedia. De vez en cuando publicaban algo sobre él en la prensa. Tenía éxito.

—Lo tenía.

—¿Han atrapado al culpable?

—No lo sé, creo que no.

—¿Vas a ir al entierro? ¿Aún estabais en contacto?

—Hacía mucho tiempo que no hablaba con él. Desde que me mudé a São Paulo no mantengo mucho contacto con la gente de aquí.

Mi madre se levantó y salió al patio. La seguí y me la encontré mirando la barbacoa. Algunas reuniones y pequeñas fiestas del *Orangotango* se habían celebrado allí, juergas que se alargaban hasta bien entrada la madrugada y que a veces habían adquirido contornos psicóticos y semipornográficos.

—Me he acordado de la botella de alcohol —dijo mi madre. Una vez Andrei, completamente colocado, había intentado encender el fuego de la barbacoa con una botella de litro de alcohol, convirtiéndose en un lanzallamas que rugió durante unos segundos y chamuscó parte de las macetas de flores de mi madre y los pelos del brazo de un chico al que hubo que llevar a urgencias—. Y estaba aquel amigo vuestro que siempre se quitaba la ropa.

—Antero. Es verdad, siempre se estaba desnudando.

—A tu padre y a mí todavía nos parecíais unos críos. Resultaba difícil digerir ciertas cosas, pero después nos acostumbramos.

Pensé en nosotros en aquella época, y también a mí me pareció que éramos unos críos. Pero nos sentíamos adultos. Más adultos que los adultos. Me acordaba vívidamente, en el umbral de mis veinte años, de contemplar a mis padres como niños. Y ahora todos éramos más o menos iguales.

—Vamos a ver cómo está tu padre —dijo mi madre de repente.

Entramos juntas en casa y nos lo encontramos despierto en el sofá del comedor, en pijama, con el mando a distancia en la mano, viendo los vídeos de Buster Keaton que tanto le gustaban y que coleccionaba desde los tiempos de las cintas VHS. Yo le había regalado aquella colección de películas en DVD por su cumpleaños.

—No te puedes reír —dijo mi madre.

—He visto esta película unas quinientas veces, ya no me río —replicó él.

Me senté a su lado, apoyé la cabeza en su hombro y me concentré en la pantalla durante unos minutos. Era la película en la que Keaton interpretaba al chico que solo tenía un día para conseguir casarse y recibir una herencia. Tras ser rechazado por varias mujeres, sus amigos publicaban un anuncio en el periódico en busca de una joven para el novio millonario, y luego Keaton era perseguido en una gran avenida por centenares de mujeres vestidas de novia. La persecución se tornaba absurda, implicando grúas, acrobacias demenciales en el borde de un precipicio, y una avalancha de rocas que alcanzaban al héroe y sus novias mientras corrían montaña abajo. Lo que nunca podría comentar con mi padre era que la cara impasible de Buster Keaton hacía volar mi imaginación hacia los músculos de su cuerpo acelerado y atlético, y que la actitud voluntariosa de sus personajes, siempre insistiendo en su torpeza contra fuerzas cómicamente desproporcionadas, me despertaba una empatía tan intensa que era fácil confundirla con el deseo sexual. En la adolescencia, veía las cintas cuando me quedaba sola en casa, como un chaval viendo películas porno.

Sin embargo, había una escena protagonizada por Keaton que me perturbaba de un modo muy distinto. Eran los últimos momentos de una película titulada *El colegial*. Después de toda una olimpiada de frustrados intentos de participar con alguna dignidad de la vida deportiva del campus, el joven universitario interpretado por Keaton finalmente conquistaba a la chica y se casaban. Salían juntos de la iglesia y entonces se sucedían tres planos rápidos como relámpagos. Las tres imágenes, una tras otra, no debían de durar ni cinco segundos. Primero veíamos a Keaton y a su esposa en casa con los hijos pequeños, ocupándose de las tareas domésticas. Luego los veíamos muy viejecitos, sentados uno al lado del otro en sus mecedoras. Después dos tumbas. Y por último el cartel en el que estaba escrito «Fin». Aquel final me resultaba aterrador. Parecía contener un mensaje urgente: uno se destrozará y se humillará para alcanzar aquello que desee, y lo conseguirá, pero desde ese momento en adelante la vida no merecerá más que tres cortes bruscos. La película terminaba, en efecto, *antes* de aquellos tres planos. Ya había acabado cuando la pareja salía de la iglesia. Era la tragedia secreta de la película, su subtexto cifrado, un gesto de asentimiento ante el absurdo de la vida. Claro que eso me hacía amar y desear aún más a Buster Keaton. Me había masturbado una o dos veces fantaseando con aquella máscara de melancolía y aquel pecho henchido de heroísmo ingenuo.

Sentada junto a mi padre convaleciente en el sofá, constaté, con cierto alivio, que mi relación erótica con las películas había quedado en el pasado. Lo que me llamó la atención en aquel momento fue la increíble osadía de la acción, una locura suicida filmada casi sin efectos especiales. Era cierto, mi padre no se reía con las escenas como había asegurado a mi madre. Miraba la pantalla con una atención serena, con el ceño fruncido, en comunión con aquella suave tristeza. El olor de su cuerpo era acre y tenía algo de canela, un aroma que respiré con un sentimiento de transgresión. Mi papi, casi muerto. Me sentí muy cercana a él. La energía, la plasticidad y el semblante imperturbable de Keaton que veíamos en la pantalla no estaban a nuestro alcance, pero la velocidad de la acción que nos absorbía era real, la aceleración era real,

no tanto real como realista, hacía tiempo que el cine había desaparecido de nuestras vidas, y nuestro final habrían de ser tres cortes tan bruscos que sería difícil reconocerlos como un capítulo de la historia.

Mi teléfono vibró en el bolsillo. La llamada procedía de un número que no estaba en mi agenda.

—¿Aurora?

—Soy yo. ¿Quién es?

—Francine. No nos conocemos personalmente.

Pero recordaba haber leído su nombre en la noticia del periódico.

—Es sobre Andrei —dijo.

No resultaba agradable estar en un entierro en el cementerio israelí a media tarde, con las piernas pegadas al tejido mojado de los tejanos y el sudor goteando del bigote. Empeoró cuando sentí la mierda del móvil vibrando en el bolsillo de los pantalones y sonando a un volumen escandaloso justo en el momento en que las primeras paladas de tierra alcanzaban con un ruido siniestro la madera de pino del ataúd, y pensé que era un día para que el universo se cagara sobre mi cabeza. El tono de mi móvil era aquel ruido de conexión de los módem 14400 que habitaban dentro de los PC de todo el mundo hacía quince años. Los amigos y familiares de Duque giraron la cabeza y me miraron con odio, no solo por la interrupción del solemne silencio, sino también, supuse, porque el chirrido eléctrico del módem los transportaba a la fuerza a la época en que el Duque estaba más vivo que nunca, publicando sus primeros cuentos brillantes en páginas web personales y revistas digitales de literatura.

No se veían flores en el jardín de tumbas estampadas con estrellas de David y cubiertos con piedrecitas. Me aparté de la fosa en dirección al muro que separaba el cementerio de la avenida Oscar Pereira, colocándome bien en la coronilla la kipá que me habían entregado a la entrada, intentando arrancar el móvil del bolsillo ajustado, y por el camino pasé junto a Aurora y Antero, que procuraron mitigar mi bochorno con miradas llenas de empatía. Atendí la llamada para interrumpir de una vez el sonido, pero solo me llevé el aparato a la oreja momentos después, cuando alcancé una respetuosa distancia con respecto a la ceremonia en curso.

—¿Emiliano? ¿Me oyes? ¿Hola? —llamaba una voz gangosa y grave

que conocía bien.

Era Frank, el editor de Publicaciones Kambeba, que unos meses antes había incluido en su prestigiosa y poco leída revista trimestral de ensayos y reportajes, también llamada *Kambeba*, un largo artículo mío sobre los chinos que estaban comprando latifundios improductivos en el medio oeste de Brasil. El viejo Frank era un buen tipo, a pesar del pestazo a cojones y del aspecto sucio que él creía disimular con colonia de verbena y un cárdigan Lacoste. Tenía buen humor, al menos, y era sin duda un buen lector, de los que conseguían hacer pasar su vasto conocimiento acumulado como aguda inteligencia.

—Hola, Frank. ¿Qué tal? Ahora no es buen momento —musité, buscando con la boca el micrófono del móvil, como si susurrase en mi propio oído.

—Genial. ¿No puedes hablar?

—Ahora no. Llámame dentro de una hora.

—Vale. Sabes que han asesinado a Andrei Dukelsky, ¿no?

—Sí. Estoy en el entierro.

—¿Qué? Habla más alto.

—Estoy en su entierro.

—Ah. Estupendo.

No dije nada mientras pensaba cómo aquello podía ser estupendo. Me dio la impresión de que Frank se había metido un montón de coca antes de telefonearme.

—Te llamo luego, Emiliano —siguió diciendo—. Erais muy amigos, ¿no?

—Nos conocíamos.

—Está bien. Genial. Momento triste. Ánimo. Te llamo más tarde.

Colgué, puse el móvil en silencio y regresé con pasos cautelosos hasta el margen del grupo de cerca de treinta personas que acompañaba el entierro. Estaban presentes, por lo que pude observar, solo los familiares y amigos más cercanos. La novia de Duque, Francine, lucía un vestido gris plomizo, largo y de corte recto, y sus venas azuladas se advertían desde lejos en contraste con la blancura de su piel. Tenía la mandíbula ancha y los pómulos prominentes. Un flequillo largo y recto

le cubría la frente. Tendría una apariencia un tanto cadavérica, de no ser por los labios carnosos y de natural rojos. Dependiendo del ángulo, parecía un chico. Quería mirarla bien en busca de atisbos de rasgos masculinos, como si ella fuese una ilusión óptica. Francine se había puesto en contacto conmigo, con Aurora y con Antero, para avisarnos del lugar y la hora del entierro. Había recalcado que se trataba de una ceremonia privada, casi secreta, según sus palabras. Nadie quería prensa, desafectos, lectores ni lameculos. Solo después de recibir la llamada me di cuenta de que era un poco raro que tuviera mi número, y no pude evitar suponer que en algún momento Duque le habría confiado las instrucciones detalladas sobre cómo proceder en la eventualidad de una muerte accidental. A quién llamar para el entierro, qué hacer con sus manuscritos, etcétera. Las palabras clave eran «timidez», «asco social», «obsesión por el control» e «intolerancia con las payasadas». Andrei era el tipo de tío que podría haber escrito un testamento a los treinta e imaginado su propia muerte con sumo cuidado, a fin de tomar precauciones.

Fuera del círculo familiar, comparecieron también la mujer de Antero, media docena de personas que no supe identificar y Nara Okamoto, la editora de Andrei desde su segundo libro, una mujer respetadísima en el medio, que le había ayudado a conquistar la simpatía de los libreros y a obtener contratos extranjeros para sus tres novelas. Los demás presentes, dispuestos al borde de la sepultura, eran los descendientes de judíos rusos que habían transmitido a Andrei Dukelsky sus gruesas cejas y una propensión a la prosa literaria y a reírse de sí mismo. Judíos seculares, de clase media. Sus padres hablaron poco con nosotros. Agradecieron nuestra presencia, dijeron que Andrei siempre hablaba con mucho entusiasmo de los años en los que escribimos juntos en el fanzine electrónico. Aquello me alegró, pero también resultaba un tanto triste constatar que estábamos entre los pocos amigos íntimos de verdad que él había hecho en vida.

Duque no participaba en las tradiciones judías. Es más, yo sabía que era un ateo convencido. Me parecía que buena parte de lo que había escrito podía ser leído bien como un desenmascaramiento de los ideales

y las expectativas de trascendencia de la generación del milenio, bien como un ataque a la propia posibilidad de conocimiento y, sobre todo, del autoconocimiento. Traté de grabar lo que acababa de pensar, quedaría bien en el texto que era la probable razón de que Frank me hubiera buscado. La inesperada muerte de Andrei era un disparo de bazuca en la modorra del mundo literario brasileño, básicamente un patio de recreo en el que mocosos malcriados se chivaban del mutuo narcisismo despolitizado. Duque no tenía tiempo para esas tonterías. Se limitaba a publicar libros que no podían ser ignorados. Tenía prestigio de sobra, aunque estuviera lejos de las listas de los más vendidos e intentase sofocar con sus propias manos la pequeña fama que había alcanzado. Hacía por lo menos tres años, que yo recordase, que no habitaba ninguna red social ni participaba en ningún tipo de evento. Una de sus últimas entrevistas me la había concedido a mí y había sido publicada en *Kambeba*. Probablemente Frank me pediría ahora un obituario para la página web de su revista, preferiblemente en forma de prolijo ensayo en primera persona, como estaba de moda. Me negaría a ello en un principio, pero Frank mencionaría la suma que estaba dispuesto a pagar, siempre el doble de la media del mercado, ya que su editorial y su revista eran proyectos afectivos regados por la fortuna de una multinacional farmacéutica que desde hacía tres generaciones se dedicaba a patentar especies botánicas de América del Sur. Al escuchar la suma ofrecida, acabaría aceptando el trabajo, ya que era esa clase de dinero lo que nos quedaba y eso era lo que hacía un jodido periodista freelance en el siglo XXI.

Terminado el ritual funerario, entregué en el portón la kipá azul con adornos plateados al empleado, salí del cementerio, encendí un cigarrillo y miré a mi alrededor en busca de una sombra. La más cercana la proporcionaba la marquesina de una parada de autobús al otro lado de la avenida. Un esfuerzo exagerado. A pesar de estar en período de vacaciones escolares, el tráfico era intenso debido a la huelga de autobuses. El tórrido asfalto se deformaba y me hacía pensar en la costra de un río de lava. Hacía demasiado calor para morirse. La camisa no se me pegaba al cuerpo porque era de lino, pero el sudor que

se escurría por las piernas me empapaba los calcetines. Las pocas personas que habían venido a despedirse de Duque se dispersaron con cierta urgencia, intercambiando gestos cordiales y arrastrándose hasta sus coches. Me fijé en una joven pareja parada junto al portón. Cuando yo tenía su edad, ellos aún no habían nacido. Sostenían libros de Andrei. Las tres gruesas novelas, *El cerro del hueso*, *Las tardes de exceso* y *Avatares*, y una rara edición independiente que él había pagado de su propio bolsillo en 2002, *Dos historias largas y una corta*. Les pregunté si buscaban a alguien en especial. La chica, rechoncha, con unos pantalones pirata y una blusa sin mangas, quería confirmar que hubiera terminado el entierro. El chico, flacucho y con una nuez angustiosa que parecía a punto de irrumpir como un alienígena, se hizo un selfie con el móvil, exhibiendo los libros en primer plano y al fondo el portón del cementerio.

—Hemos venido para intentar ver el entierro, pero la familia nos ha dicho que era privado —explicó la chica con tono pesaroso.

—¿Había mucha gente dentro? —preguntó el chico—. Pensé que habría una multitud aquí fuera, pero creo que hemos sido los únicos. —Volvió a trajinar un poco con el móvil—. Duque es trending topic en Porto Alegre…

La chica mencionó la huelga de autobuses como posible motivo para la ausencia de fans a la entrada del cementerio y me mostró los libros que tenía en las manos, firmados por Andrei.

—Nos conocimos gracias a sus obras. Fuimos juntos a la Feria del Libro para conseguir su autógrafo. No puedo creer que haya pasado algo así. Imagina cuántos libros tenía aún por escribir. Es muy extraño.

Aurora se acercó y me puso la mano en el hombro. Los novios miraron alrededor, un poco indecisos sobre qué hacer, hasta que se excusaron y se marcharon por la avenida Oscar Pereira de la mano. Jóvenes lectores de un autor muerto. Me dieron ganas de escuchar su conversación, y de seguir haciéndolo durante minutos, horas, por siempre.

Aurora mantuvo la mano en mi hombro. Después se acercó un poco más y terminó abrazándome, o medio apoyándose en mí, en una

proximidad física que no se daba hacía mucho pero que era normal en el pasado. Me pareció distraída y ansiosa. Le pasé un brazo alrededor del cuerpo, que se había vuelto más rellenito con los años, y sentí en la palma de la mano el leve sudor que cubría su piel acaramelada. Sus famosos ojos verdes parecían flotar en agua salobre. En la época del *Orangotango*, se quejaba de que aquellos ojos eran una maldición que la condenaba a pasarse la vida escuchando malas metáforas en forma de piropos.

—Aurora —murmuré.

—¿Qué?

—Quiero sumergirme en tus ojos verdes.

Ella no reaccionó.

—Son como extrañas algas en la arena rasa de una ensenada caribeña donde ningún hombre ha puesto los pies.

Se estremeció, soltó una risita por la nariz y se reacomodó junto a mí. Desde que se había marchado a São Paulo, nuestro contacto esporádico se limitaba a eventuales comentarios en Facebook y a una cerveza o café al año. Cuando nos conocimos, ella era una estudiante de primero a quien le encantaba enseñar los hombros dorados y yo era el tío más viejo que veía en ella y en sus amigos recién salidos del instituto a un grupo destinado al éxito o incluso a la celebridad, una panda de chavales especial, puntas de lanza de una nueva generación que aprovecharían internet y la estabilidad económica para ser algo más que punks hijitos de papá, grunges suburbanos golpeándose la cabeza con la guitarra o nerds con los pantalones de chándal sucios de semen. Aurora no solo tuvo la previsión de escapar de periodismo cuando aún estaba a tiempo, sino que también consiguió ganar un premio cojonudo con una investigación mientras era becaria de iniciación científica. Concibió un test revolucionario para detectar una plaga de la soja o algo así. Aun estudiando y trabajando como una loca y luchando para imponerse en el mundo de las ciencias, siguió publicando en internet durante algunos años con los del *Orangotango*. Escribía *ego trips* irreverentes sobre ser una chica joven en el urderground de Porto Alegre y una columna llamada «Según un

estudio», en la que criticaba el sensacionalismo y los errores de la divulgación científica en la prensa.

Antero salió por el portón con su mujer, Giane. Por un momento, se quedó con la kipá en la cabeza, lo que en cierto modo le confería una apariencia más asiática. De repente se la quitó y se la metió en el bolsillo. ¿Estaba robando la kipá del cementerio? ¿O tenía una guardada en casa para ocasiones como aquella? Tratándose de Antero, las dos hipótesis eran plausibles. Giane fue a hablar con Francine y él se unió a nosotros. Allí estábamos, los tres remanentes del antiguo cuarteto, reunidos en la acera vacía delante del cementerio. Duque sabría qué hacer con aquella escena. Tres adultos forzados al silencio, esperando a que aflorase una complicidad adormecida por el paso de los años. Encendí otro cigarrillo y sentí una desesperada necesidad de beber.

—¿Me das uno? —Antero señaló mi paquete de Camel. Se lo di y se lo encendí con el mechero—. Hace dos años que no fumo —se justificó—, pero este es en homenaje a Duque.

Con excepción de los incondicionales del heavy metal, Antero Latvala era probablemente el único melenudo de los años noventa que no se había cortado el pelo en ningún momento hasta aquel inicio de 2014. Ya no se lo dejaba crecer hasta el culo. Ahora le llegaba a mitad de la espalda, pero todavía llamaba la atención. Aunque hubiese algo admirable en su coherencia de estilo, la verdad era que los mechones largos y lisos, de un castaño con reflejos grisáceos, le sentaban mucho mejor a los veinte que a los treinta y pocos. En aquellos tiempos, las chicas hacían cola para chuparle la polla, o por lo menos eso fue lo que descubrí cierta vez en el infame pasillo donde estaban los lavabos sin puerta de la antigua sala de conciertos Garagem Hermética, escenario de las fiestas del *Orangotango*. Tenía, en aquel entonces, el aspecto de algunos de los modelos que se ven en los actuales desfiles de moda. No los leñadores barbudos, sino los altos y escuálidos, casi siempre pálidos, con pelo largo, piel de bebé y rasgos combinados de nórdico y asiático, esos chicos exóticos, de una frialdad intimidante, más parecidos a extras de razas alienígenas en películas de ciencia ficción.

Fue a través de Antero como, muchos años atrás, supe de la existencia del *Orangotango*. Fui a parar a su web personal porque él, todavía un crío, había traducido y publicado online algunos textos de Hakim Bey, en una época en la que su obra aún no estaba disponible en portugués en Brasil, aunque conceptos como el de «zona temporalmente autónoma» ya estuviesen de moda entre jóvenes periodistas y estudiantes de comunicación. En la página web de Antero había también un enlace a la página de inicio del fanzine electrónico enviado por e-mail que él había fundado junto con Duque durante una de las huelgas de la Universidad Federal, que los dejó sin absolutamente nada que hacer. Todo empezó, la verdad, con e-mails kilométricos que Antero comenzó a enviar a sus amigos, llenos de cuentos pornográficos, poemas de verso libre repletos de enlaces que dirigían a rarezas de internet, reseñas de películas y discos y una profusión de manifiestos artísticos producidos a base de marihuana, LSD, ocio y lecturas sui géneris de los postestructuralistas. Los colegas pasaron a responder los correos con sus propias contribuciones, hasta que a Duque se le ocurrió la idea de transformar los largos mensajes espontáneos en una publicación solo de texto, distribuida dos veces por semana por e-mail. El trío de columnistas fijos se completaba con Aurora. Después de colaborar con algunos de mis textos, nos hicimos amigos y entré en el equipo. En pleno apogeo de nuestra popularidad, teníamos miles de lectores, decenas de los cuales enviaban textos con regularidad. No duró ni dos años, pero marcó nuestras vidas. Como toda zona temporalmente autónoma, el *Orangotango* fue un suspiro, un proyecto condenado al fracaso pero que infundió una energía tremenda en la existencia de todos los implicados. Hacía mucho tiempo que no encontraba aquella clase de energía en lo que hacía ni en las personas con las que trabajaba.

El Antero que fumaba el cigarrillo con aire majestuoso delante del cementerio era una criatura algo diferente del joven de antaño, el seductor hijo de inmigrantes finlandeses que ideaba acciones de terrorismo poético como parte de un proyecto utópico para arrancar a Porto Alegre de su coma provinciano. Sabía que desde hacía algunos

años era dueño de una agencia de comunicación medio famosa que ocupaba dos pisos enteros de un edificio en el barrio acomodado de Moinhos de Vento. Muchos vídeos virales, memes y anuncios polémicos que aparecían en los medios de comunicación llevaban oculta su firma secreta. Había engordado, o quizá fuera más exacto decir que estaba inflado o hinchado, como un alcohólico. A los veinte años, Antero era uno de esos tíos de naturaleza delgada y de metabolismo acelerado. Bebía leche condensada directamente de la lata por prescripción médica, a cualquier hora y en cualquier lugar, con indisimulado orgullo, y ni así ganaba peso. El plazo del hechizo había vencido. Estábamos ante la ruina física de un sex symbol.

Giane se despidió de Francine y vino a nuestro encuentro. Era una mujer imponente, un ejemplar de aquella belleza estandarizada de la Sierra Gaúcha, estilo princesa de la Fiesta de la Uva, rubísima, fornida por una dieta de pasta y polenta, y con grandes ojos italianos y azules. El sudor había hecho que se le corriera un poco el rímel. De todos nosotros, era la persona menos vulnerable a la tristeza de la circunstancia que nos reunía, y mantenía una actitud tan respetuosa como desinteresada. No tenía ninguna proximidad con el muerto, pero eso no me parecía suficiente para justificar su aire enrarecido. Habría apostado a que ya había perdido a muchas personas queridas. Después de repartirnos a partes iguales una mirada afligida, colocó la mano en el hombro de Antero. Advertí que este ocultaba el cigarrillo junto al cuerpo, lo que no era más que un gesto de consideración, ya que el humo dejaba una miasma de alquitrán en el ambiente cargado.

—¿Te vas a quedar con ellos, cariño? —preguntó Giane.

Antero me miró. Miró a Aurora.

—Sí. Vamos a tomar una cerveza por Cidade Baixa. Algo rápido.

No habíamos quedado en nada, pero a partir de aquel momento la decisión intempestiva de Antero nos incluyó y se volvió irreversible.

—Hace mucho que no nos vemos —añadió Antero, y Giane esbozó una cálida sonrisa.

—Claro. Ve con ellos. Voy a recoger a Miguel a casa de mi madre. Nos vemos más tarde. ¿Queréis que os acerque en coche?

—He venido con el de mi padre —dijo Aurora.

Giane dio un beso a Antero, nos dijo adiós y subió por la acera de la Oscar Pereira en dirección al aparcamiento, repiqueteando con los tacones sobre los adoquines de basalto.

—¿Cuántos años tiene el pequeño? —preguntó Aurora.

—Dos —respondió Antero, y enseñó al niño en el fondo de la pantalla del iPhone, jugando sobre uno de aquellos suelos que recuerdan un rompecabezas de espuma de colores, concebidos para que los mocosos no se rompan.

El crío tenía los genes finlandeses del padre estampados en la cara, con los ojillos un poco rasgados y la barbilla en forma de pelota de ping-pong.

—¿A qué bar vamos? Nos vemos allí. Antes tengo que solucionar una cosa —me encontré diciendo. Aurora insistió en llevarme en coche hasta donde tuviera que ir, señalando que no había autobuses en la ciudad, pero fui taxativo—. Nos vemos allí. No tardo nada.

La mirada de Antero brilló de repente.

—¿Sabéis adónde podríamos ir? Al Sabor Um. Por los viejos tiempos.

Era un bar situado en la esquina de Luiz Afonso y José do Patrocínio, famoso por sus empanadillas y su cerveza barata, que frecuentábamos en la época del *Orangotango*.

—No sé si todavía existe, Antero.

—Existe. Tiene un aspecto decadente, siempre vacío. Pero creo que es apropiado.

Se marcharon andando en dirección al coche de Aurora, aparcado en esa misma calle, y yo apreté el paso bajando por la Oscar Pereira, bordeando el cementerio. Luego bajé por las calles del barrio Medianeira, pasando junto a muros maltrechos y aún pintados con la propaganda de los candidatos a diputado de las últimas elecciones, cruzándome con niños que volvían solos del colegio y adolescentes que fumaban maría y maniobraban con monopatines en un campo deportivo en estado de abandono, donde la hierba irrumpía entre las grietas del cemento.

Fui girando en las esquinas de improviso, como si buscase el origen

de aquel leve olor a podredumbre que apestaba la ciudad desde el inicio de la ola de calor. En alguna manzana perdida del corazón de Azenha, apareció un terreno baldío con un muro de ladrillos parcialmente destruido y entré allí. Entre los hierbajos había restos de material de construcción, piezas de ropa en proceso de descomposición, bolsas de plástico enmarañadas en ramas de arbustos y montones de condones usados, arrugados y resecos como piel de serpiente. Al fondo del solar, divisé un objeto blanquecino. Era una vieja lavadora. Le di una patada con todas mis fuerzas. La vegetación impidió que el cubo de lata oxidada volase muy lejos. Seguí dando puntapiés y golpeando en la tapa con las manos cerradas, y luego la levanté y la arrojé contra la pared de la casa de al lado. Continué pateándola un poco más, hasta que me faltaron las fuerzas.

No esperé a recuperar el aliento para encender un cigarrillo. Vi que las manos me sangraban un poco, aunque solo estaban despellejadas. Me mareé, pero mi cuerpo seguía firme y con los pies bien plantados en el suelo. Tensé los antebrazos y sentí que podrían golpear más si yo quisiera. Aquellos huesos y tendones estaban bajo mi control, llenos de fuerza. Contraje el abdomen. Que viniese un puñetazo, un ariete, un tren de mierda. Estaba preparado. Salí de allí mirando a mi alrededor para comprobar que no hubiera despertado la atención de los vecinos, pero la calle adoquinada seguía tan tranquila como la había encontrado.

Una media hora después, llegué al Sabor Um con el pelo empapado en sudor y apestando. Tras quemar buena parte del vigor que me quedaba después de golpear la lavadora y caminar sin parar cerca de quince manzanas fumando todo el rato, me vi obligado a aceptar la carcasa de cuarenta y dos años que realmente era. Una bolsa de basura con brazos y piernas. Aurora y Antero estaban sentados a la única pequeña mesa de metal ocupada del bar vacío y conversaban animados. Ya eran casi las ocho de la noche, pero una luz clara aún teñía de amarillo las losas grises del pavimento. Debido al horario de verano, el anochecer todavía era una promesa lejana.

—Tienes sangre en la camisa —señaló Aurora.

Me senté sin decir nada, manteniendo mi mejor expresión de «ni me preguntes».

—Ya no es lo mismo —comentó Antero, señalando con el mentón la enorme empanadilla de carne a medio comer. La masa frita relucía.

—Seguro que la empanadilla es la misma —dijo Aurora con buen humor cansado—. Es que Antero ahora solo come en restaurantes sofisticados. ¡Emiliano, me ha preguntado en serio si ya había comido en el D. O. M. de São Paulo! ¿Qué gilipollez es esa? Pero si yo vivo a base de judías verdes hervidas y macarrones con atún, cabronazo.

Pedí una nueva botella de cerveza Serramalte bien fría para compartir, llené los tres vasos y propuse un brindis por Andrei. Durante unos minutos, hablamos sobre el crimen y la investigación. No habían encontrado al asesino ni lo encontrarían, era la impresión que teníamos. La policía resolvía menos del diez por ciento de los asesinatos en el estado. La última noticia en las redes decía que estaban recabando las imágenes de las cámaras de los edificios vecinos, en busca de pistas.

—Es más fácil ir a la cárcel por grabar a la policía disparando balas de goma a la gente que por apuñalar a alguien —comenté—. Hay unos chavales presos hasta hoy por llevar vinagre en la mochila durante las manifestaciones del año pasado.

Antero me miró como si hubiese anunciado un atraco con un cuchillo de carnicero en la mano.

—¿Qué pasa? —indagué, confuso ante su reacción.

—Cubriste las protestas de junio, ¿no? —me preguntó, gorroneándome otro Camel.

Cabrón, pensé, ¿no tenía dinero para comprar cigarrillos? Dije que había cubierto algunas manifestaciones aquí en Porto Alegre para una página web de periodismo alternativo llamada *Válvula*. Él asintió, dio una calada al cigarrillo, y esperé en vano a que siguiera hablando sobre el asunto. Pero quien rompió el silencio fue Aurora.

—No se trata solo de un problema de seguridad —refunfuñó—, es esta huelga que no deja salir a los autobuses de las cocheras, es este calor que está enloqueciendo a la gente, la falta de agua, los apagones, y ese montón de gente viviendo en la calle como si fueran animales. No

creo que nada vaya a ir a mejor. Todo el mundo sabe lo que sucede y lo que podría hacerse para mejorar las cosas, pero lo que podría hacerse no puede hacerse, ya no hay forma de creer que pueda hacerse. Creo que me estoy volviendo una de esas personas que empiezan a tomarse el fin del mundo en serio. Y que siempre me parecieron tan ridículas.

—Todo se va a arreglar —afirmó Antero, justo en el momento en que yo iba a abrir la boca para protestar—. La humanidad siempre se adapta. Desde que existe el lenguaje imaginamos que se acerca el apocalipsis, Aurora. En todas las épocas, en todas las culturas. Los seres humanos conciben esos mitos justamente porque el fin del mundo es algo que sistemáticamente *no ocurre*. ¿Os acordáis del Efecto 2000? —dijo riendo.

Aurora empezó a mover la cabeza, contrariada. Pero yo creía que tenía algo de razón.

—No sé —continuó Aurora, con una entonación tristona—, lo que le ha pasado a Duque me ha dejado con la sensación de que ya se ha acabado.

—Acabado, ¿el qué?

—¡Todo! ¿No habéis salido a la calle? Porto Alegre parece una gallina sin cabeza correteando durante sus últimos minutos por el patio. En São Paulo hay quien dice que la ciudad se va a quedar sin agua. Intento ser prudente cuando leo sobre el cambio climático, la radiactividad, la extinción masiva. Pero tengo la sensación de que ayer me llevé una buena bofetada.

La interrumpí de manera un poco brusca, diciendo que un gran amigo nuestro había muerto de forma estúpida y aleatoria debido a la miseria que había acompañado a la raza humana desde siempre, y que no había nada de nuevo en ello. No tenía nada que ver con el calentamiento global ni con el fin del mundo. Tan solo se había acabado un mundo, y era el mundo de Andrei. Ese mundo solo lo había conocido él. Pero se había esforzado para compartirlo de la única manera que estaba a su alcance, con la literatura, un esfuerzo que lo consumía casi hasta el límite del autismo social. Y la moraleja de toda aquella historia era la prevalencia de lo que nos hacía humanos,

incluidos el miedo a la muerte y el miedo al apocalipsis. Era el hecho de compartir y propagar esos y todos los demás sentimientos y valores, no importaba lo jodidos que estuviésemos nosotros o el mundo, siempre en la dirección de aquella unidad ideal en que todas las vidas se apagaban solo para encontrarse, nuestro acceso a las demás vidas, la entrega que nos permitía alcanzar una disolución *en vida* en vez de una disolución *en la muerte*, que de todos modos llegaría tarde o temprano pero que no debería llegar a los treinta y seis años con un disparo en la cabeza por culpa de un teléfono móvil. No me expresé con esas palabras exactas, claro, pero, confuso, afectado y ya un poco borracho como estaba, fue algo en esa línea lo que vomité en la mesa de aquel bar que había sido tan especial para nosotros. Tanto Aurora como Antero toleraron mi arrebato. No era la primera vez que me veían enfadado. Con otras personas, en momentos como aquel me sentía como una fiera enjaulada a la que no le darían comida si no se calmaba. Con ellos, y con Duque, era diferente. Los sentía en la jaula conmigo, respondiendo a mi estado en vez de simplemente reaccionando desde el otro lado de una barrera. Cercanos. Del lado de dentro.

Nos desviamos del tema de la catástrofe inminente de la civilización para recordar anécdotas de nuestros primeros años en compañía de Duque. Los primeros cuentos que había publicado en internet, siempre ansioso por saber nuestra opinión, intentando aparentar humildad ante nuestras críticas. Más tarde, los libros independientes que había editado con financiación pública y algo de dinero de su bolsillo. Sus raros y súbitos arranques de camaradería y de concesión al contacto físico con los amigos. El carisma que tenía al principio, y que fue disminuyendo a medida que sus libros conquistaban lectores y respeto, dando lugar a una actitud impaciente e impenetrable. El Duque que estaba en cierto modo sentado a nuestra mesa era el de 1999, cuando ellos tenían dieciocho años, y yo veinticinco, aquel año en que habíamos existido con una intensidad que no volvería a repetirse nunca más.

Llegó la noche, finalmente, y con ella pasamos a hablar de nuestras vidas recientes. Antero intentó explicar las actividades de su empresa

de tendencias y comunicación, o era de publicidad y marketing, o de gamificación y etnografía dirigida al mercado. En fin, era algún tipo de engaño a gran escala. Pero en estos últimos años había conquistado a clientes como Ambev, Volkswagen, Sony y Unilever. Viajaba a São Paulo cada dos semanas y al extranjero por lo menos una vez al mes. Aunque yo sabía que se había transformado en una especie de publicista, hasta aquel día en el Sabor Um no supe de la magnitud de su empresa. Era sin duda millonario. Lo imaginé vociferando «¡Bombardeo quirúrgico!», o cualquier otra de las expresiones antitéticas al estilo de Paul Virilio que se habían convertido en latiguillos, para invocar las contradicciones de la posmodernidad en medio de un estudio hípster, repleto de gente que se autodenomina creativa, exhortando a su equipo a encontrar una nueva fórmula para vender automóviles a una generación cada vez menos interesada en ellos. Había una ironía brutal en aquella trayectoria. Una ironía de la que sin duda él era plenamente consciente. Antero había sido una de las figuras más provocadoras de la escena cultural de la ciudad en los años noventa. Había organizado eventos y exposiciones de arte en edificios abandonados y galerías comerciales de barrios populares y periféricos, como la Galería Coruja de Minerva, en Medianeira, y en plazas de Restinga. Solía leer sus textos incomprensibles en recitales ante públicos de media docena de personas. Mantuvo durante años un blog en el que publicaba casi todos los días, después del final del *Orangotango*, post interminables sobre la sociedad del espectáculo, rizomas y simulacros. Cualquier tarado dejaba caer conceptos como esos en conversaciones y textos para intentar parecer inteligente en el mundillo de las facultades de humanidades. Pero, de hecho, él leía a Debord, Deleuze & Guattari, Baudrillard, Benjamin y otros pensadores que los profesores menos desesperanzados todavía intentaban enseñar a los estudiantes de comunicación social. También leía psicología evolucionista, filosofía china y griega antiguas, a Freud, a Foucault. Cada dos o tres meses cambiaba de fase. Fase del animal moral, fase ciborg, fase zen, fase andrógina, fase anarquista. Cada una con su nuevo look correspondiente, como un Edu K del directorio académico. El pelo se

mantenía largo, pero cambiaba de color junto con la ropa, los accesorios, la gestualidad. Leía más que todo el mundo, más que Duque incluso, aunque el resultado de toda aquella voracidad fuera un caos incoherente de pensamientos y de citas que eran lanzadas para provocar el máximo efecto seductor, sin necesariamente significar alguna cosa en el contexto del debate o de la situación. Su discurso cotidiano era un enorme panel incompleto donde copiaba y pegaba las ideas sin mucho criterio o noción de conjunto. La mente de Antero ya era, unos años antes del cambio de milenio, un aperitivo de aquello en que se convertiría el pensamiento en la era de Google y Wikipedia. Y si entonces aquello tenía algo de vanguardia, inspirando una mezcla de fascinación y confusión en quien leía sus manifiestos online o escuchaba sus ráfagas de frases efectistas, ahora se prestaba sobre todo a avalar culturalmente a las marcas, productos y servicios de los clientes a los que atendía. Se comportaba como un gurú mercadotécnico, osea, como un mentecato. Su existencia, a mis ojos, se parecía a un sketch de humor absurdo que no tenía final ni reconocía la diferencia entre escenario y vida. Si fuera deliberado, sería genial. Quizá lo fuese. Nadie podía estar seguro.

No hubo forma de no darse cuenta, a lo largo de toda la noche, de las miradas lúbricas, casi maníacas, que Antero le dirigía a Aurora. Miradas que no cesaron ni cuando ella nos habló, ya por nuestra octava botella de Serramalte, de que su padre había estado a punto de morir y de las amenazas que acechaban a su carrera. Un profesor vengativo había saboteado la presentación de su proyecto de doctorado en la USP. Se había fijado la fecha de un nuevo examen. Si volvía a tener problemas, podría perder la beca. Una suave corriente eléctrica pareció recorrerle la columna e iluminar sus ojos cuando Aurora empezó a describir los pormenores de su investigación, un estudio que buscaba comprender mejor el reloj biológico de la caña de azúcar. Era un proyecto muy ambicioso, con diversas implicaciones, en especial la oportunidad de obtener resultados revolucionarios para la industria agroalimentaria.

—La pequeña planta tiene un oscilador interno —nos explicó con

gestos y voz pastosa, meciendo el dedo índice como un metrónomo—, y la entrada de los estímulos del ambiente permite que el reloj biológico funcione, generando los ritmos. Lo que estoy investigando es cómo la caña procesa esas señales, informando a las células de que es de día o de noche, para que ajuste el crecimiento, la fotosíntesis y esas cosas.

Recuerdo haber pensado que pocas personas en la tierra merecían ser recompensadas como ella por los esfuerzos que habían hecho en vida. Sentí un deseo punzante de que tuviera éxito en todo, de que tuviese motivos de alegría en los años venideros. Estaba guapa con el pelo recogido en un moño y el cuello sudado. Hubo una época, hacía muchos años, en la que había llegado a confundir ese cariño desmedido que Aurora despertaba en mí con un deseo sexual, una sombra o amenaza de deseo que me dejaba angustiado. Antero comentó algo que tenía que ver con un libro de física que había leído, de un autor que negaba la existencia del flujo del tiempo, y ambos se enzarzaron en una discusión que me sonó impenetrable. Yo conocía bien el flujo del tiempo y no estaba particularmente interesado en discutir si en realidad existía o de qué formas me jodía a nivel molecular. Me levanté y anuncié que iba al lavabo a estudiar el flujo de mi orina.

En la mesa situada justo al lado de la puerta del bar, un viejo con el pelo blanco, corpulento como una morsa, con una cánula de traqueotomía alojada en la garganta pellejuda, hablaba mediante susurros roncos con el dueño del bar, que limpiaba con un paño y alcohol el mostrador de acero inoxidable donde se servía el bufet del almuerzo. El aroma grasiento de la comida del día aún se respiraba en el ambiente caldeado. El lavabo me trajo buenos recuerdos. Había follado dos veces allí, una de ellas inclinado por encima de aquel urinario. Impresionante, pensé, cómo antiguamente se fornicaba en los retretes de los bares de Porto Alegre. La gente iba a echar un polvo rápido en el lavabo del Bambu's, del Garagem o del Dr. Jekyll como ahora se iba a la calle a fumar un cigarrillo. En aquella pared solía haber un pequeño espejo con un marco de plástico naranja. Había desaparecido. Estaba lavándome las manos con el detergente verde de una de las jaboneras de cristal giratorias cuando me sonó el móvil. Era

Frank, que quería saber si podía hablar. Me senté en el retrete y accedí. Intenté disimular la embriaguez. Me preguntó por el entierro, si había prensa, si había hablado con la familia. Y entonces me dijo que tenía una propuesta que hacerme. Quería que escribiese sobre Duque. Como yo había previsto.

—¿Para la página web? —pregunté un poco impaciente, pensando ya que no iba a querer pagarme nada—. ¿Cuál es el plazo? ¿Cuántos espacios?

Hubo una explosión de ladridos de perros y Frank les gritó que se callaran. Los animales obedecieron, aunque uno de ellos siguió gruñendo. Tenía un weimaraner gordo y ciego y varios cachorros pequeños que aparecían todos los días en su Instagram.

—Emiliano, pon atención. ¿Estás borracho? He dicho biografía, una biografía en toda regla. Un libro.

Solo entonces lo entendí. Supe en ese mismo instante que era una idea horrible y que estaba jodido, que acabaría aceptando, y que eso sería mi ruina.

—Andrei tenía treinta y seis años, Frank. Era un judío saludable, un poco calvo, con un talento de puta madre, sí, aunque no era exactamente lo que podría definirse como un buen personaje. No tuvo tiempo de merecer una biografía.

—Discrepo —repitió varias veces Frank por encima de lo que yo iba diciendo—. Andrei fue un misterio, Emiliano, una figura fascinante que ahora se ha vuelto más atrayente todavía porque ha muerto de forma prematura y trágica. Y hay dos cosas que me convencen de que es un buen personaje. La primera es todo aquello del fanzine de internet de los años noventa que hacíais ahí, el *Orangotango*. Esa generación que pilló el principio de la revolución de internet, antes de lo políticamente correcto, de la profesionalización de la red. Que creó las herramientas y los precedentes para los chavales que vinieron después, y que se replegó de forma un tanto resignada cuando internet fue parcelada y deformada por las grandes corporaciones.

—Frank, oye… —intenté interrumpirle, pero fue inútil.

—La segunda es que toda la discreción y recato de Andrei y la

apariencia de vida convencional que intentaba cultivar no coinciden con lo que escribía. Ahí hay algo raro. Mira sus personajes. Andrei escribía como un tío de cincuenta años que había vivido varias vidas al mismo tiempo. Falta un trozo en ese mural, no solo una laguna, es toda una historia no contada, de su vida privada, de cómo trabajaba. Estoy seguro de ello.

—Está claro que se documentaba, pero…

—Tal vez todo fuera documentación, tal vez su vida fuese más compleja de lo que él se cuidaba de mostrar, no importa. Aunque solo fuese documentación, eso es una historia en sí, cómo la hacía. Da para escribir un libro de puta madre, tío.

—¿No sirve un artículo para la revista?

—¿Sabías que *El cerro del hueso* vendió sesenta mil ejemplares, sin contar las ventas para el gobierno? Casi todos los autores más jóvenes que él ahora imitan ese libro. Y el año que viene van a rodar una película de *Avatares*, un director novel que ganó un premio en el festival de Sundance. Todas sus novelas van a ser llevadas al cine. Y creo que todavía no te has fijado bien en lo que está pasando en internet. Los homenajes, fotos que la gente conservaba de él, vídeos con gente leyendo, llorando. Y ya hacía tiempo que lo estudiaban en la universidad. Tú no sigues esas cosas. Es muy especial. Confía en mí. Esto es una bola de nieve que no va a parar de rodar tan pronto. Andrei ha muerto cuando estaba a punto de volverse *grande*. Por eso creo que tiene que ser un libro. No un artículo. Va a haber un aluvión de artículos. Yo quiero un libro.

—Está bien, Frank, pero la cuestión es que creo que no me sentiría a gusto escribiendo ese libro.

—Fuisteis amigos íntimos, ya lo sé. Pero justo por eso creo que eres la persona perfecta para este proyecto, más allá de la calidad de tu texto, claro. Tiene que ser alguien que ya sepa más o menos dónde buscar.

Y entonces me habló del adelanto que podía ofrecer y de la ayuda para gastos que estaría a mi disposición para cualquier necesidad que surgiera durante la fase de documentación e investigación. Incluso

borracho como estaba, era fácil hacer la cuenta. Era más dinero del que conseguiría ganar en un semestre escribiendo artículos para páginas web, periódicos y revistas. Si pidiese más, probablemente me lo daría. Fortuna procedente de las patentes de plantas que los indios sudamericanos conocían y utilizaban hacía miles de años.

—Lo único es que el plazo no puede ser muy largo —agregó Frank—. Para vender bien, para agarrarnos a la estela de su muerte. Es triste pero así funcionan las cosas, el libro tiene que estar listo en cinco, seis, siete meses máximo. Un primer manuscrito, para después poder trabajar sobre él y eso.

Frank pareció cansarse de hablar, y yo ya me había cansado de escucharlo. Empecé a sospechar que Frank se hubiera enamorado de Duque. O sabía algo que yo no sabía. O simplemente tenía razón en lo referente al fenómeno póstumo que se avecinaba. Nos quedamos un rato en silencio, él jadeando por el micrófono, yo sentado en aquel retrete con olor a Cheetos mientras alguien forzaba el pomo de la puerta repetidas veces para decirme que ya era hora de que saliera. Fuera, el bar debía de estar llenándose.

—Tengo que pensármelo, Frank.

Colgué, tiré de la cadena, me choqué con el barbudo que esperaba su turno solo para hacerle saber quién mandaba y volví a la mesa. Decidí no decir nada a Aurora y Antero. Me sentía culpable por el mero hecho de haber sido pasivamente sometido a aquella conversación, con el cadáver de Duque aún caliente. Me costaba entender qué tipo de sentimiento agitaba dentro de mí la propuesta de Frank. Contar la historia de Duque era contar cosas sobre mí mismo que probablemente no estaba dispuesto a remover y compartir. El bar estaba de hecho más lleno. Unos universitarios desnutridos habían ocupado otras dos mesas. Informé a mis viejos amigos de que me tomaría otro vaso de cerveza y me iría a casa, ya que acababa de recibir una llamada de trabajo y tenía que esbozar algunas líneas para revisar a la mañana siguiente. Ambos asintieron sin prestarme mucha atención. La cosa había avanzado. Su lenguaje corporal era difícil de ignorar. Los hombros de Aurora apuntaban hacia Antero como arpones, resaltando la concavidad

lustrosa de las clavículas y dejando el cuello como expuesto a un mordisco. Él tenía el aire circunspecto de quien ya estaba pensando en ir un paso más allá, maquinando fases que transcurrirían lejos de aquella mesa. Era, cuando menos, curioso. Aurora había desdeñado las embestidas sensuales de Antero durante años sin fin. Reaccionaba con una especie de repugnancia elemental a su presencia física, aunque siempre se hubieran llevado bien como amigos. A Aurora le interesaba más que a la media de las personas lo que decía Antero, y de ahí, probablemente, nacía la química. Me dieron un beso y un abrazo, y me marché con la más absoluta certeza de que los dos saldrían de allí para follar como animales en algún motel infecto donde ya habían estado en su juventud con otros cuerpos, o que les traería la nostalgia de un tiempo en el que eran demasiado jóvenes para pensar en higiene, resaca moral o madrugar al día siguiente. No los envidié.

Lo primero que hice al llegar a casa fue poner el ruidoso aire acondicionado del comedor y tomar una ducha con el agua caliente que salía de las cañerías de agua fría. En aquellos días no había agua fría en los grifos de Porto Alegre. Hasta las aguas del río Guaíba estaban tibias. Había que recurrir a la nevera o viajar hasta el océano para encontrar algún alivio. Abrí el portátil. Paseé la mirada por mis carpetas de mp3. Puse a Elliott Smith en modo aleatorio y empecé a mirar unas fotos antiguas, de la época del *Orangotango*. Eran fotos pequeñitas, con no más de trescientos píxeles de ancho, tomadas con cámaras digitales de primera generación o escaneadas a partir de ampliaciones de negativos y dimensionadas para que cupieran en el internet disponible en aquellos tiempos, de acceso por marcado.

Duque era prácticamente un bebé en aquellas imágenes. Ni siquiera tenía las precoces entradas en el pelo que le aparecerían a los veintipocos años. Lucía un extraño tupé, obra de un peluquero inepto que insistía en frecuentar. Era flacucho como todos nosotros. Aurora y Antero parecían aún más jóvenes que él, unos chavales de instituto. Muchas fotos se habían tomado al borde de la piscina en las barbacoas que celebrábamos en la casa de los padres de Aurora. Payasadas con cocodrilos inflables y jarras rebosantes de caipiriña. Chavales imberbes

jugando a inhalar rapé. Chicas empapadas en colágeno fumando cigarrillos torcidos. Amigos y colaboradores del fanzine posando en grupos, efectuando sensuales bailecitos en bañador bajo el chorro de agua de la manguera, jugando a luchar con espadas con las brochetas de barbacoa todavía adornadas con corazones de gallina y trozos de costilla. Alguien de resaca durmiendo en el sofá con un libro de Hilda Hilst abierto sobre la barriga. Y también había fotos capturadas en bares, discotecas y festivales de música y literatura. En algunas, allí estaba yo, un hombre alto y barbudo, con erupciones faciales y pelo grasiento, con pinta de ser el líder de una secta asesina o, peor aún, uno de aquellos padres jóvenes de espíritu que intentan mezclarse con los amigos de sus hijos. No eran muchas imágenes en total, apenas unas sesenta o setenta que cubrían un período de unos cuatro años. La concisión documental era conmovedora desde el punto de vista de la hiperdocumentación que se había convertido en regla en los últimos años. Junto a las fotos, encontré también algo inesperado. El único archivo de vídeo dentro de la carpeta. El título era «mivideo.mp4». Un clip de vídeo digital hecho en los años noventa era una verdadera reliquia. Pocos habían sobrevivido a la obsolescencia de los medios de comunicación físicos.

Fui una de las decenas o quizá centenares de personas que vieron aquel vídeo durante el período de unos meses en que el archivo estuvo circulando de mano en mano en CD-R. La duración era de dos minutos y veinte segundos. Le di al play. Un chico de pelo largo y complexión adolescente entraba en cuadro sin pantalones y acuclillado, vistiendo apenas una camiseta blanca sin mangas, que habían sido burdamente recortadas con tijeras, dejando al descubierto los hombros delgados y musculosos. Su espalda parecía curvada a propósito, formando una joroba que contrastaba de forma grotesca con su figura atlética y flexible. Iba descalzo, con las piernas bien abiertas, las rodillas dobladas y los antebrazos apoyados en los muslos, avanzando a pasos de cangrejo hasta el centro de una pequeña estancia de paredes blancas. La primera vez que vi el vídeo, tuve la impresión de que se trataba de un adolescente borracho poniendo pose de luchador de sumo

para divertir a sus amigos igual de retrasados que él, aunque la visión del culo huesudo en pompa y del saco escrotal oscilando cerca del suelo chocase de inmediato con esa lectura, sugiriendo que se estaba produciendo algo mucho más raro. La resolución del vídeo, grabado sin duda con una de las cámaras mini-dv que comenzaban a popularizarse en aquella época, había sido reducida a 320x240. La transferencia de la cinta al PC no había sido perfecta y la imagen se veía entrecortada por la compresión de vídeo brutal de la era pre-banda larga, de modo que los componentes de la escena tardaban en dibujarse con claridad. Visto años después, el vídeo parecía haber salido de una cámara de seguridad o de espionaje, un mosaico de píxeles ocres y verdosos obtenido de forma subrepticia. A medida que la figura del chico entraba en foco y desobstruía el encuadre, comenzaba a revelarse la superficie de parquet bicolor de la estancia. Chicas desnudas de apariencia igualmente adolescente aparecían tumbadas por toda la superficie del suelo, todas boca arriba, con los brazos extendidos en cruz y el pelo desparramado. Tenían los ojos muy abiertos y las escleróticas blancas sobresalían en el vídeo de baja resolución con un brillo incongruente que tenía algo de húmedo, lo que la primera vez me remitió a algo vagamente sexual y más de quince años después, en aquella noche que empezaba a volverse madrugada, me hicieron pensar en conchas y madreperlas. Algunas tenían la boca entreabierta de un modo que evocaba cadáveres o, tal vez más concretamente, modelos dispuestas en un estudio fotográfico para uno de aquellos ensayos de moda de orientación necrófila mal disimulada. Al cabo de unos segundos se apreciaba que eran tres las chicas en total. Aún de espaldas a la cámara, el chico avanzaba un poco más, colocaba los pies al lado de los hombros de una de ellas, una morena de pelo corto con un pañuelo negro o una especie de collar de perro prendido al cuello, y bajaba las caderas lentamente, hasta sentarse en la cara de la chica. La iluminación de la escena había sido cuidadosamente dispuesta. Era posible ver un pedestal con un punto de luz en el rincón izquierdo. Fuera de escena, otra fuente de luz, a ras del suelo, proyectaba sombras alargadas en el parquet a partir de los cuerpos parcialmente silueteados de las chicas y adornaba sus

contornos con un fulgor blanquecino. Se me ocurrió que, más allá del primer plano erótico, había también algo de paisaje de ciencia ficción en la escena. Como si un sol naciente iluminase a aquellas criaturas en la superficie de un planeta inhóspito monitorizado por la cámara de baja definición de un robot. El chico movía las caderas hacia delante y hacia atrás, restregando el culo en la cara de la chica, que reaccionaba apenas flexionando un poco las piernas. Se notaba, por los movimientos del codo, que él se estaba sujetando la polla con la mano izquierda y masturbándose despacio. Con la mano derecha libre, agarraba el collar de perro negro que la chica lucía alrededor del cuello y lo utilizaba como asidero para mantener el equilibrio, al tiempo que empujaba la cabeza de la joven hacia su entrepierna. Cualquier sospecha de que el vídeo fuese un fragmento de una producción pornográfica comercial quedaba descartada a esas alturas, no solo por la oscura orientación estética de la puesta en escena, sino también por la ausencia del característico mecanicismo de la pornografía dirigida. Los participantes se estaban divirtiendo. Había una ingenua levedad que también alejaba el vídeo de artefactos culturales semejantes que se convirtieron en fenómenos pop y causaron gran impacto años después, como *2 Girls 1 Cup*. Por ejemplo, segundos después el chico dejaba a la morena de pelo corto respirar un poco, luego volvía a acoplar las nalgas sobre su cara y se bamboleaba como si bailase lambada, y una de las chicas tumbada al lado, una pelirroja, esbozaba una tenue sonrisa. Si hubiera sido grabado en 2014, sin duda se diluiría en el flujo de vídeos de aficionados colgados a cada segundo en internet. Sería masticado, digerido y defecado por la red dentro de la fosa de contenido digital. Pero en aquella época, cuando el streaming de vídeo todavía era una novedad de eficacia limitada, las imágenes rezumaban vanguardia, mofándose de la autoimportancia de los vídeos de fetichismo sexual con un distanciamiento gracioso, juvenil, malcriado y obsceno, pero dotado de intención. Era preciso verlo varias veces para conseguir memorizar más o menos lo que sucedía. No era escandaloso. Solo inesperado. Después de sentarse en la cara de la primera muchacha, el chico repetía la maniobra con las otras dos. La mandíbula de la segunda chica, que

tenía los pies orientados hacia el objetivo, se proyectaba de forma aterradora y sus fosas nasales se estremecían antes de que él se sentase e iniciase los movimientos de vaivén. Veíamos por primera vez el pene erecto, liso y uniforme como algo recién parido por la madre naturaleza, enraizado en el pubis peludo. El chico se apretaba la polla con toda la mano, comprimiéndola a intervalos regulares, como si se ordeñase. Nunca miraba directamente a cámara, pero tenía la cara descubierta y el largo pelo liso y gris le caía por detrás de los hombros. Era hermoso como el héroe adolescente de una película de dibujos japonesa, con los ojos rasgados que se volvían exóticos en las facciones occidentales, una nariz tubular y una mandíbula cuadrada. Podría haber salido de una película reciente de Gus Van Sant. Su abdomen fibroso ondulaba como el de una bailarina. Elevaba la cadera unos centímetros para que la chica respirase y ella levantaba la cabeza con los labios entumecidos y la punta de la lengua hacia fuera, como si desease seguir sorbiendo algo vital, los ojos cerrados, la cara brillante de saliva y el pecho jadeante. Viendo el vídeo muchos años después, aún no sabía decir si aquello me resultaba repulsivo o excitante. No era ni una cosa ni otra. Era todo tan insólito que las imágenes adquirían un extraño peso metafísico. No dependían de nada, no debían nada, tenían la independencia de las cosas irreales pero casi reales, como un teseracto o un Pie Grande. No se oía gran cosa en el vídeo aparte de la música que sonaba por altavoces ocultos. Era una canción del primer disco de la banda Low, una balada de ritmo somnoliento y escueta letra. «I'm sorry but I can't hold on. It works much better if I let it drag me around.» Era uno de mis álbumes favoritos y supe de su existencia justamente gracias a ese vídeo. Un amigo supo identificar la canción y me dejó el disco importado que había encargado en una tienda de discos de la calle Marechal Floriano, y en algún momento del noventa y nueve había conseguido bajármelo entero en mp3 por conexión telefónica en el Soulseek y grabarlo en un CD que escuché hasta gastarlo. En el caso del vídeo, la canción añadía una capa de ironía, ya que parecía adecuada para envolver la contemplación existencialista de un joven director europeo que intentaba emular a Wim Wenders, y no

una rueda anilingual escenificada por un efebo y tres ninfas de la generación Y. En mi cabeza, resultaba fácil desconectar el volumen e imaginar como banda sonora de fondo una de las clásicas canciones para follar de los años noventa, como el trip-hop de Portishead o la catarsis de guitarras de los últimos minutos de «Starla» de los Smashing Pumpkins, el tipo de ruido que se ponía para bailar chocando los unos con los otros en los pequeños infiernos portoalegrenses de aquellos estertores del milenio. La banda sonora, en suma, era lo único que parecía aleatorio en la estética del vídeo, como si aquella fuese simplemente la canción que estaba sonando cuando decidieron apretar el botón de grabación de la Handycam. El chico se desplazaba a paso de cangrejo hasta la tercera muchacha, la pelirroja, que estaba más a la izquierda del encuadre, y con la mayor parte del cuerpo fuera de cuadro. De ella no veíamos más que la cabeza de pelo ondulado color cobrizo, los pechos pequeños y un par de costillas salientes. La postura del chico me hizo recordar otra cosa, la secuencia del juicio en la película *The Wall*, de Pink Floyd, cuando el juez se metamorfosea en un gigantesco trasero bípedo. La pelirroja pasaba la lengua por los huevos hasta llegar al pequeño hueso saliente del sacro en la parte superior de las nalgas del chaval, iba y volvía. Escupía hacia arriba y dejaba que la saliva le cayese de nuevo sobre la lengua estirada. Era la que más se esforzaba en hacer algo que mereciese ser tachado de sórdido. Incluso en el mosaico de píxeles, se podía entrever el vigor de su cuerpo, todo él tendones. Transcurrían algunos segundos y entonces, con un movimiento repentino, la pelirroja salía de debajo de las piernas del chico y lo agarraba por el pecho con fuerza, desequilibrándolo y derribándolo de lado en el suelo. Era un salto de fuerza y elasticidad notables, como el ataque de una serpiente, pero no tenía nada de agresivo. Al contrario, era una embestida amorosa que parecía derivarse de un afecto contenido que había irrumpido antes de tiempo. Los dos se abrazaban y reían en el centro de la habitación. El pelo liso y largo de ambos se mezclaba en un único tejido sedoso que los cubría casi hasta los codos. Se abrían y cerraban ranuras en esa cortina lustrosa revelando orejas, labios, hombros. Entraban ganas de

abrazarlos también, de oler aquellos cabellos. En los momentos finales, las otras dos chicas se colocaban la una frente a la otra, como instadas a improvisar, y después de un instante de duda también se acurrucaban, aunque sin el ímpetu de los otros dos, y sus piernas se entrecruzaban despacio. Se encendían cigarrillos con explosiones de claridad amarilla. En ese momento sucedía algo extraño. La cámara se movía por primera vez, temblando y ganando altitud, como si la hubieran desencajado de un trípode, y empezaba a girar lentamente hacia atrás. Esperábamos ver la cara de la persona que grababa el vídeo, pero lo que aparecía después del giro de ciento ochenta grados era una pared con una inscripción. Podíamos imaginar que el operador de cámara había desplazado el propio cuerpo para no aparecer en la imagen, pero el movimiento era realizado con tanta estabilidad, y la expectativa de encontrarse con un rostro humano era tan inevitable, que la ausencia del mismo tenía un efecto fantasmagórico. En aquella ausencia, algo no humano nos observaba fijamente en su lugar. En cuanto a la inscripción, el foco demoraba unos segundos en ajustarse solo o en ser ajustado manualmente, pero al cabo de unos instantes podía leerse, escrito con rotulador negro sobre la pared blanca: «La peor vanidad es esperar reconocimiento por nuestros sacrificios». En su momento más previsible, el vídeo terminaba.

Me reacomodé en el sofá y encendí otro cigarrillo. Un indigente que recogía basura en la calle destruía algún objeto descartado en la acera de enfrente del edificio. Quizá un lavabo o un retrete. El ruido de los fragmentos se imponía a la discusión que mantenía con los vecinos furiosos. Las fotos y el vídeo eran pruebas de un pasado que, en ese momento lúgubre de la madrugada, inundaba mi mente con la fuerza de un dique roto. Como si la mera visión de un trozo de roca volcánica reactivase el volcán. El chico que protagonizaba el vídeo, y que había tenido la idea de hacerlo, era Antero Latvala. Tenía dieciocho años cuando se grabó, justo antes de convertirse en una pequeña celebridad del underground. La pelirroja que lo abrazaba al final era su novia de entonces, Priscila, una chica que pasó a ser una de las colaboradoras más habituales del *Orangotango*, aunque no formase parte del equipo

fijo. No conseguí recordar quiénes eran las otras dos. Probablemente unas locuelas que él había encontrado en las raves de la desaparecida discoteca Neo o en fiestas de la universidad. Y el apartamento donde se había grabado el vídeo era el estudio alquilado donde Duque vivía en aquellos años. Fue él quien manejó la cámara digital, y fue él quien escribió la máxima en la pared. La frase acabó siendo el epígrafe de su primera novela publicada, atribuida a un sabio chino ficticio. Algunos lectores sabían que se trataba de una referencia a un vídeo de culto de los inicios de la red, y esa información constaba en su entrada de la Wikipedia, pero casi nadie sabía que el mismo Andrei Dukelsky era quien había estado detrás de la cámara y que la frase era suya.

El timbre del interfono me perforó los oídos, un timbrazo prolongado, seguido de otro breve, que era marca registrada de Manfredo. Al principio no me moví, saboreando la tonta ilusión de que pensaría que no estaba en casa, pero la luz de la lámpara del comedor, encendida cerca de la ventana del apartamento del segundo piso, denunciaba mi presencia. Esperé el segundo toque, que llegó según lo previsto, aún más largo que el primero. Eché un vistazo por la ventana. Su bicicleta de rueda fija ya estaba amarrada con el candado a la verja del edificio, lo que demostraba que no solo tenía la esperanza sino también la certeza de que iba a subir. Cerré el portátil y fui a la cocina para responder al interfono. Aproveché para coger un KitKat de la nevera.

—¿Sí?

—Hola, Emiliano. ¿Qué tal?

—Bien.

—Sé que no debería estar aquí, pero quería saber si puedo subir a hablar contigo.

Abrí el KitKat.

—Creo que quedó claro que era buena idea evitar vernos durante una temporada.

—Joder, tío.

El KitKat empezó a derretirse al instante entre los dedos. Me lo metí entero en la boca.

—¿Qué estás comiendo?

—Un KitKat. Oye, Manfredo, no es un buen momento. Me apetece estar solo, he tenido un día duro y tengo que pensar en algunas cosas. Podemos charlar mañana. Vamos a comer si quieres.

—¿Comer? Estoy aquí abajo, Emi. Me he pasado semanas durmiendo en tu casa y de repente parece que ya no soy bienvenido. ¡Qué fácil es para ti pisotear a la gente!

Las puertas del drama empezaban a crujir e iban a abrirse en cualquier momento. Entre los inconvenientes de ser un hombre gay estaba el sube y baja entre el puterío total por un lado y ese apego romántico desesperado por otro, sin absolutamente nada en medio. Era follar con tres tíos la misma noche sin intercambiar más que una docena de palabras o caer en las garras de compromisos dependientes y obcecados, que a la mínima señal de inquietud se transformarían en un debate recursivo sobre el carácter y los sentimientos. Entre ambos polos, solo había encontrado hasta entonces la soledad y la angustia, la certeza de la inviabilidad de los afectos, de que lo ideal era ni empezar. Estaba hasta los cojones de toda aquella mierda. Manfredo era el tío más joven y delicado con quien había intentado liarme, y obviamente había salido mal. Militaba por los carriles bici y por la conservación de los espacios públicos de Porto Alegre. Era editor de vídeo y también entendía un poco de animación 3D, pero, desde que lo conocí, solo había trabajado gratis para los demás. Vivía de una mensualidad que le pasaba su padre, empresario, aunque lo negase. Ni siquiera me excitaba mucho sexualmente. Me gustaban su larga barba y su cuerpo fornido, pero tenía una piel muy suave y una sensibilidad mojigata que me sacaba de quicio. Manfredo era vegano y tenía dos gatos. No veía ninguna contradicción entre ser vegano y castrar a sus gatos, pero yo sí. Matar para comer era inmoral, mientras que castrar a un animal doméstico era, utilizando su propio término egoísta y antropocéntrico, humanitario. Lo que pensaría de eso el gato, si lo que este prefería era procrear sin límites, pelearse con otros gatos y salir huyendo, la vida interior del gato, nada de eso era importante para él. Me acusaba de no entender nada sobre animales de compañía. Ese fue el tema de la

discusión que me hizo mandarlo a paseo. Reconocía, después de acabar unilateralmente con nuestro rollo de unas semanas, que me había sentido atraído por su juventud y nada más. Una tentación tonta, como si él pudiese ser un paliativo para la sensación que tenía desde los cuarenta de encontrarme ya en proceso de descomposición. En aquel momento, sin embargo, prefería ser un cadáver a dejarlo subir.

Después de varias negativas más por mi parte, lo oí desenganchar la bicicleta de la verja y dejar atrás solo las vibraciones de su pena en la cálida noche. Abrí otro paquete de Camel y una lata de cerveza, volví a ver el vídeo, media docena de veces, indiferente a las imágenes en sí, sensible solo a la presencia de Duque detrás de la cámara, participando intensamente sin participar, que era la forma en la que él participaba de las cosas. Fue a causa del vídeo por lo que, a principios del noventa y nueve, me acerqué a Antero en una fiesta en el Bar Ocidente para felicitarlo por lo que fue, de hecho, el primer vídeo viral producido en suelo gaucho. Mientras él me decía sin modestia alguna que la estética de su vídeo prenunciaba un futuro en el que las redes electrónicas y la realidad virtual promoverían una sexualidad vicaria y distante que terminaría por destruir el sexo presencial, se nos acercó un amigo suyo a quien me presentaron como «Duque, el único verdadero escritor de nuestro fanzine». Un chico con un rostro maduro que pedía a gritos unos patillones que combinaran con la ropa que llevaba, una camisa blanca y una americana de terciopelo marrón que desentonaban entre las camisetas con estampaciones de los Smith, camisas de franela y chalecos de piel. El encuentro se produjo en una de las fiestas que se celebraban los viernes en el Ocidente, con público predominantemente gay, pero también con muchos heterosexuales a quienes les gustaba bailar las canciones de Madonna, Duran Duran y Village People con cierto sabor a subversión pero sin arriesgarse demasiado. Gente como aquellos jóvenes universitarios del *Orangotango*, a quienes yo ya leía con gran interés pero con los que nunca me había encontrado en persona. Antero se excusó y fue al baño. Duque me miró con interés y me preguntó si le estaba tirando los tejos a su amigo. La pregunta trabó mi sistema operacional. Yo era uno de esos tíos que frecuentaba las

fiestas gais del Ocidente sin admitir, aún, que era gay. Me había pasado toda la adolescencia sospechando que mi desinterés casi general por las chicas era fruto de una combinación de timidez y una selectividad excesiva, y que mi deseo por cierto tipo de hombres no pasaba de ser una apreciación apolínea, perfectamente intelectual y distanciada, de las virtudes físicas masculinas. Y les gustaba a las mujeres, porque conseguía disimular con mis buenos modales y sentido del decoro la frustración sensual que todas ellas me proporcionaban en cuanto se producía alguna proximidad física. No tenía miedo de los coños ni ninguna de esas chorradas que se dicen sobre los hombres gais. Simplemente no les veía la gracia. No me sentía estimulado por un cuerpo femenino expuesto delante de mí. Los cuerpos femeninos reales me parecían aún más vulgares y banales que los que se exhibían en los medios de comunicación, en la publicidad o en el arte, algo sin poderes, que no merecía ser reverenciado ni profanado, y que por tanto no podía ejercer ninguna atracción erótica real. De todos modos, almacenaba suficiente libido juvenil para representar el papel esperado como hombre. Iba tirando sin hacerme demasiadas preguntas, evitando el oscuro terreno de las inestabilidades. Pero cuando Duque me preguntó si le estaba tirando los tejos a Antero, la mirada del muy cabrón me dijo que me estaba leyendo de cabo a rabo. Era nuestro primer contacto, solo había durado unos segundos, pero ya me conocía mejor que yo mismo. Y entonces, en vez de negarlo, en vez de tomarme su pregunta como una broma de mariconeo entre dos heteros o como una ofensa pura y dura a mi masculinidad, tal como ya había hecho en otras ocasiones, di una respuesta simple y franca.

—No, no es mi tipo.

Duque dio una calada a su cigarrillo, miró hacia abajo mientras tiraba la ceniza al suelo, después volvió a mirarme.

—¿Cuál es tu tipo?

La respuesta a esa pregunta también estaba preparada desde hacía mucho tiempo, pero solo ahora me sentía libre para enunciarla a mí mismo y a un extraño. Mi tipo era más o menos yo mismo. Hombres grandes, peludos, con marcas en la cara dejadas por crisis de acné o de

varicela. Hombres con cicatrices, arrugas, irritaciones. Hombres un poco vulgares, rudos, fuertes, pero no demasiado musculosos. Albañiles, luchadores de peso medio, porteros, mecánicos. Hombres viriles a quienes les gustaban otros hombres, sin concesiones a las afeminaciones. Esos eran los que me gustaban. No solía imaginarme intercambiando besos o acostándome con ellos, sino que tenía fantasías extrañas en las que me los encontraba en baños públicos y los aplastaba contra la pared, acariciando sus cuerpos tensos. Los levantaba en mis brazos, los cargaba, arrastraba, izaba, los derribaba al suelo a la fuerza e intentaba impedir que se levantaran como en una pequeña pelea entre chicos o hermanos, hasta que se entregaban y me agarraban también, en toscas danzas y complejas coreografías de dominación. Ese era mi tipo. Pero no tenía tiempo de ofrecer una respuesta tan elaborada a Duque en aquel momento, así que tomé un atajo.

—Tú eres mi tipo.

No lo era, pero su aspecto no importaba tanto en aquel instante. Lo que importaba era que me había adivinado y me había quitado un peso, o una oscuridad. Cuando nos besamos, sentí el mismo escalofrío de asco que sentí cuando besé por primera vez a una chica, a los catorce años. Después pasó. Se me puso dura. Duque se apartó de mí y me preguntó si quería ir a su casa. Aunque primero le apetecía pasar un rato más en la fiesta. Habló durante horas con otras personas, evitándome. Intenté beber cerveza de forma moderada y fumé en la ventana, extasiado por la exclusividad de mi existencia.

Hacia las cuatro de la mañana, tomamos juntos un taxi. En cuanto entramos en el comedor, me avisó de que nunca había estado con un hombre y que no sabía si iba a conseguir avanzar mucho. Mentira, pensé. No encajaba con la forma directa en que me había abordado. De todos modos, no mencioné que también era mi primera vez. No reconocí el escenario del vídeo de Antero en el apartamento. Eso solo lo descubriría después. Fue Aurora quien me lo contó. Nos tomamos unos chupitos de cachaza Seleta. Nos chupamos la polla un poco el uno al otro, nos corrimos haciéndonos pajas y dormimos juntos, revolcándonos en las sábanas que apestaban a cigarrillo, hasta que el

sol empezó a quemarnos por la ventana sin cortinas ni persiana de su habitación.

Al despertarnos, después de bebernos una botella entera de zumo de naranja en silencio, como fingiendo que no estábamos allí, le pregunté si podíamos quedar otra vez al cabo de un par de días o a la semana siguiente o cualquier otro día. Él frunció el ceño y metió la mano en una bolsa de pan de molde. Me fijé en que las rebanadas habían empezado a cubrirse de moho y tuve la certeza de que se las comería más tarde sin darse cuenta de ello.

—No soy gay —fue su respuesta.

Tuve ganas de propinarle un puñetazo en la cara. Pero al mismo tiempo caí en lo joven que era. Un chaval sentado al otro lado de la pequeña mesa de formica incrustada de salsa de tomate, vestido con la misma camisa blanca de la noche anterior, toda arrugada y medio remetida en los pantalones tejanos. Lo mandé a la mierda y empecé a recoger mis cosas para largarme de allí. Duque intentó minimizar el malestar diciendo que le había gustado la experiencia, que, si de él dependía, podríamos seguir hablando y ser amigos. Al final, le di un apretujón afectuoso en el cuello, utilizando un poco más de fuerza de la que era necesaria, con la intención de mostrar que yo era mayor y más fuerte. Solté un «Nos vemos por ahí, flacucho», en tono de burla. Salí caminando por el centro histórico, bajando por Demétrio Ribeiro en dirección al centro cultural Usina do Gasômetro, consolado en parte por la agradable temperatura de la mañana de domingo, aprovechada ya por los vecinos de las casas cercanas a la orilla para montar barbacoas en la calle y poner a Lupicínio Rodrigues en el radiocasete de sus coches aparcados. En el fondo estaba contento, aunque sabía que todavía estaría obsesionado con Duque durante una buena temporada, y que sufriría más tiempo del necesario por ello, como de hecho ocurrió. La sensación de pérdida derivada de aquel episodio no acabó nunca. Lo que tal vez me convirtiera tan solo en otro sentimental, yo que tanto había torturado y me había burlado del pobre Manfredo.

Meses después, Duque publicó en internet un cuento en el que el lector descubría, en las últimas líneas, que el narrador en primera

persona que se enamoraba de un tío y follaba con él era en realidad un hombre, y no una mujer, en contraposición con lo que los condicionantes o preconceptos de la inmensa mayoría de los lectores nos llevaban a creer. Era un poco simple en lo referente al estilo, pero también muy ingenioso, una exhibición de técnica narrativa. Y eran de admirar los cojones de Duque para explorar el tema en una época en que el sexo entre hombres era algo invisible o solo insinuado en la literatura nacional, e incluso incómodo entre los universitarios más enrollados de humanidades. Él siguió escribiendo cada vez mejor, haciendo lo que tenía que hacer. Duque y yo continuamos siendo amigos, e intenté volver a acostarme con él, ya lo creo, pero siempre me rechazó con amabilidad y con la condescendencia del heterosexual liberal e informado, llevándome a entender y a aceptar, al fin, que nuestro primer y único embate íntimo no había sido nada más que una aventura irónica, como lo era todo para él y sus amigos, el tipo de aventura irónica que se dedicaban a construir y diseminar con todas sus fuerzas, y que con el paso de los años ya no se distinguiría de la vida en sí, y que solo terminaría, para él más pronto que para el resto, con la muerte.

Andrei Dukelsky estaba muerto. Su trayectoria había sido coronada por la antítesis de la aventura, por el acontecimiento menos irónico que pueda concebirse. Lo que pensé, al final, reflexionando sobre él aquella madrugada, fue que solo después de conocerlo fui capaz de amar a alguien además de a mí mismo, de enamorarme. Y creí, con toda la entrega posible de mi fantasía, que aquella era su intención desde el instante en que me abordó, que sabía de antemano todas las repercusiones posibles de nuestro encuentro, tanto para mí como para él, y quién sabe si hasta para los que estaban a nuestro alrededor. Él hacía eso. Lo había amado, sí, y conservaría siempre el amor que sentí por él. Hubo un momento fugaz en su existencia que había sido para mí y para nadie más.

Me levanté con resaca y con una cagalera llamando a la puerta, después de toda una noche entregado a las tácticas de tortura del insomnio y de un sueño matutino en que despertaba cada tanto

sintiéndome espiado por el sol. Era poco antes del mediodía. Antes de cagar, tumbado todavía en la cama, me encendí un Camel, cogí el móvil y envié un wasap a Frank diciendo que escribiría el libro.

—Cuando era un joven estudiante de comunicación, organizaba veladas literarias donde leía mis propios textos —conté al público, que permanecía invisible mientras mis ojos se ajustaban a los chorros calientes de luz de los focos. Frente al silencio esperado, conté cinco segundos—. Se suponía que ahora debían reírse.

La risa resonó en el palco del Teatro São Pedro.

—Gracias, son ustedes increíbles. Pero es cierto, organizaba y participaba en muchas veladas. Eso fue antes de los blogs y de las redes sociales. Para publicar en la red, uno debía entender de programación y tener cierto espíritu pionero, que es una palabra importante en el evento de hoy. ¿Alguien aquí se acuerda del ICQ?

Un miembro del público gritó el «¡Uh-oh!» que era el aviso de nuevo mensaje de la pionera aplicación de mensajería instantánea. Risas en el teatro.

—Genial, nos estamos entendiendo —dije asintiendo con la cabeza.

Ahora, con los ojos ajustados al brillo de los focos, ya podía ver el auditorio lleno de gente bajo la portentosa araña de cristal del teatro. Publicistas, programadores, inversores de startups, periodistas, cazadores de tendencias, consultores creativos, empresarios de la cultura y estudiantes de humanidades soñando con su puf retro en la sala de juegos de la economía creativa. Mi conferencia era la tercera de aquella edición del TEDX Porto Alegre, cuyo inmenso logotipo esculpido en bombillas LED esparcía una luz rojiza a mi espalda, y todavía me quedaban un poco más de catorce minutos en el escenario. La tela de la camisa me rozaba el prominente lunar que tenía a un lado del cuello, provocándome irritación. Hacía tiempo que debería haber

pedido cita en el médico para que me pasaran un bisturí por aquella cosa. La quemazón me llevó a perder la concentración, y con eso hice lo que no debe hacerse nunca en esas situaciones, que es convertirse en espectador de uno mismo, ver al payaso sobre la pista y la tristeza medular de todo. Una tos seca viajó por la acústica perfecta del edificio neoclásico. Levanté la cabeza y volví a centrarme. «Para unos, intentar encontrar y comprender el valor. Para otros, definir qué es el valor.» La tentación de improvisar se apoderaba ya de mí.

—Uno de los textos que me gustaba leer al público en aquellas ocasiones era *Los 120 días de Sodoma*, del Marqués de Sade. Supongo que la mayoría de ustedes sabe quién fue Sade, y que el erotismo fetichista y cruel de sus textos dio origen al término «sadismo».

Presioné el botón de avanzar diapositiva en el pequeño mando y el panel formado por dieciséis pantallas HD mostró la portada de mi edición de 1980 del libro de Sade, publicada por la editorial Aquarius, con la ilustración a grafito de una mujer desnuda flotando en el espacio sideral, tumbada boca arriba con los brazos estirados por encima de su cabeza y enroscados en el pelo ondeante, y con las piernas abiertas enmarcando un glande esférico que asomaba como un planeta sensible y contemplaba la posibilidad de penetrar la mata de vello púbico. Nadie se rio, pero la atmósfera del teatro se llenó del sonido mucho más deseable, y mucho más discreto, de nalgas cambiando el lado de apoyo en los asientos tapizados.

—Un libro muy bueno. Sade lo escribió cuando estaba preso en la Bastilla, en 1785. Cuenta la historia de cuatro aristócratas libertinos que se encierran en un castillo aislado en las montañas para poner en práctica todas sus perversiones y fantasías de una forma, digamos, metódica. Les acompañan sirvientes, decenas de muchachos y muchachas de tierna edad, todos ellos llevados a la fuerza, está claro, y algunas viejas y experimentadas prostitutas, que tienen la misión de contar historias picantes para avivar la imaginación de los cuatro señores.

Hice una pausa y miré la portada del libro en la pantalla gigante.

—Bueno, podría estar hablando mucho tiempo sobre esta obra, pero

voy a intentar ir al grano. Como pueden imaginar, los cuatro amigos no se conforman con tomar Viagra y hacer la típica peli porno. Las *pasiones* descritas y elogiadas por Sade empiezan con sodomía, coprofilia, o sea, caca, pedos en la cara y latigazos en la espalda, todo eso solo para empezar a ponerse a tono. Después la cosa se pone seria. Incesto, mutilaciones, asesinato. Sade celebra el éxtasis que esas prácticas conllevan y enseguida las condena como terribles, en la misma página, a veces en la misma frase. Esas contradicciones hacen que el texto resulte aún más incómodo. Existen varias lecturas políticas y filosóficas del libro. Fue condenado como inmoral, nihilista y misógino, y al mismo tiempo defendido como liberal y crucial para el entendimiento de la naturaleza humana, incluso por feministas como Simone de Beauvoir.

Alguien aplaudió, de forma absurda.

—Pero lo que me interesa de este libro es algo muy específico. Tiene que ver con la estructura y con la estética, y también con la tecnología y la monetización. Acompáñenme. La historia que se cuenta en *Los 120 días de Sodoma* está dividida en cuatro partes. Están dedicadas, respectivamente, a las pasiones *simples*, las pasiones *complejas*, las pasiones *criminales* y las pasiones *asesinas*. Cada parte contempla nada menos que *ciento cincuenta* pasiones, o descripciones de prácticas sexuales, distribuidas a lo largo de treinta días. Vayan haciendo sus cálculos en esas cabecitas.

Volví a darle al botón y las pantallas mostraron un diagrama de la estructura del libro, con las partes ramificándose en días, y los días en pasiones.

—Aquí está. —Cogí el ejemplar que había dejado sobre el taburete y lo blandí en alto—. Este es el libro. Es grueso, tiene casi cuatrocientas páginas. —Lo abrí y fui pasando las hojas con el pulgar—. La letra es muy pequeña. Es un texto largo, descomunal para los estándares actuales. Ahora tengan en cuenta lo siguiente. Las trescientas páginas iniciales solo contienen la primera parte, que fue la única que Sade pudo desarrollar en prisión. La tinta disponible era insuficiente y tenía pocas hojas de papel, que fueron pegadas juntas en forma de papiro.

Quizá Sade supiera desde el principio que no podría escribir el libro entero, tal vez temiese que le confiscaran la obra. No se sabe. El hecho es que rellenó aquel papiro con la primera parte y después solo *esbozó* las tres restantes, con una letra que era como cagaditas de mosca, aprovechando el espacio al máximo. Eso quiere decir que el libro completo, escrito tal como él pretendía, habría contado con unas mil doscientas páginas en fuente pequeña y espacio apretado. Imaginen, por tanto, los que no hayan leído *Los 120 días de Sodoma*, el nivel de detalle con el que Sade narra las peripecias sexuales de sus libertinos. Piensen en lo obsesivo de las descripciones, en lo metódico de la estructura. Piensen también en ese hombre en una celda húmeda de la Bastilla, a finales del siglo XVIII, a solas con sus pensamientos y su furor libertino, transido de odio y deseo reprimido, con una pluma y un papiro demasiado corto, escribiendo este libro compulsivamente en tan solo treinta y siete días.

Entre los bastidores del teatro, a mi izquierda, la organizadora de aquella edición del evento, una profesora de medios de comunicación digitales de la Pontificia Universidad Católica de Rio Grande do Sul llamada Leandra Hmpfelstein, me lanzó una mirada inquisitiva mientras se estrujaba los botones de la blusa. La conferencia que estaba dando ya se alejaba mucho del texto que había sido sometido a varias injerencias suyas y de los especialistas del TED durante el proceso de revisión del ensayo, un proceso que hacía que todas las charlas del evento fuesen aceptables y se ajustasen a un modelo motivacional. El público siguió en silencio mientras yo hojeaba mi ejemplar del libro hasta encontrar las páginas marcadas con tiras adhesivas fosforescentes.

—Voy a leer aleatoriamente algunas sinopsis de escenas anotadas por Sade para las tres partes del libro que no tuvo tiempo de desarrollar. Pasión número cuarenta y cinco. «Caga en presencia de cuatro mujeres. Exige que le observen y en realidad le ayuden a liberarse de su fardo; a continuación quiere que ellas lo dividan en cuatro porciones y se lo coman; después cada una de las mujeres hace su propio montón. El hombre lo mezcla todo y engulle toda la masa, pero sus suministradoras de mierda no pueden tener menos de sesenta años.»

Se oyeron algunas risitas entre el público.

—Otra. Pasión número ochenta y uno. «Se hace azotar mientras besa el culo de un muchacho y folla a una muchacha por la boca, después folla al muchacho por la boca y besa el culo de la muchacha, durante todo el rato recibiendo los latigazos de otra mujer, después manda al muchacho que lo flagele, se folla oralmente a la puta que lo estaba azotando, y después es azotado por la muchacha cuyo culo estaba besando.» OK. Estos son ejemplos de pasiones *complejas*. Ahora voy a leer algunas de las pasiones *criminales* y *asesinas*.

Escogí al azar algunas escenas en las que aparecían cuerdas, brasas, puñales y sevicias varias. Cesaron las risas. La sensibilidad políticamente correcta de los innovadores presentes no se decidía a cómo reaccionar, y la tensión en el ambiente se hizo más densa. Leandra meneó la cabeza en el lateral del escenario e hizo un gesto que me exhortaba a interrumpir la lectura.

—Creo que ya es suficiente. Mi intención con esto no es impactar a nadie, entre otras cosas porque sería una ingenuidad por mi parte. Al contrario, una idea básica de mi charla de hoy es que en nuestra época ya no nos impacta nada. Quedaron atrás los tiempos en que un ser humano podía impactar a otro. Lo que me gustaría que vieran en este texto de Sade es el modo en que discrimina los diversos elementos de sus fantasías sexuales, cada ínfima unidad de todo aquello que excita su imaginación, para después organizar, combinar y recombinar todo hasta la saciedad. Concibió nada menos que seiscientas escenas de este tipo. Solo tuvo tiempo de desarrollar ciento cincuenta, pero imaginó *seiscientas* variaciones de creciente intensidad, trabajando con un conjunto de elementos recurrentes. No se trata de una estrategia narrativa común. No intenten encontrar aquí ningún periplo del héroe, arquetipos, realismo psicológico. Sade escribió una narrativa *algorítmica*.

Presioné algunas veces más el botón y presenté en una rápida sucesión una secuencia de imágenes en la que aparecían thumbnails de vídeos pornográficos sacados de páginas web.

—Lo que potencializa las ideas de Sade es un procedimiento

semejante a un análisis combinatorio. Siendo más preciso, lo que la forma de esta novela evoca en nuestra época es el procesamiento de información realizado por ordenador. Hoy en día todos estamos familiarizados con esta lógica, hasta el punto de no reparar en ella. La pornografía que formatea el imaginario sexual de mi generación y de todas las que vinieron después es producida y distribuida conforme a gigantescos bancos de datos de hábitos de navegación y consumo online. Cuando consumimos pornografía en la red, como todos aquí hacemos de una manera u otra, observamos y alimentamos esa lógica en la producción de erotismo, pero esta se extiende a todos los campos de la experiencia humana. Es lo que hacemos con nuestro propio material genético, con la sucesión de dietas de moda, con nuestro comportamiento en cuanto espectadores y lectores, con el sueño, con nuestras rutinas de trabajo, con nuestras ideas de felicidad, con la investigación científica, con las aplicaciones de citas o las que cuentan los pasos y los latidos cardíacos del usuario. Estamos hablando de la *cuantificación total de la existencia*. Estamos hablando de convertir a formato digital todas las manifestaciones culturales imaginables. El tratamiento que Sade dio a sus deseos, confinado entre las paredes de piedra de una celda en el interior de un castillo, es el tratamiento que damos a nuestros deseos en el mundo libre.

Estaba a punto de acabarse mi tiempo. «Para unos, el flujo del pasado, presente y futuro. Para otros, un único instante inmóvil para cada configuración posible del universo.» Me remangué la camisa.

—Nuestros clientes no son exactamente libertinos confinados en una torre. Son hiperconsumidores condenados a la libertad de un capitalismo cada vez más acelerado. Pero la tecnología digital los condiciona a convertir sus deseos en información recombinable, lo que da como resultado esa medición de todo, esa búsqueda del agotamiento de las posibilidades. Ninguna experiencia humana, ni siquiera el arte, escapa de las mandíbulas de este proceso. Esa profanación de todo lo que antes era vago, inalcanzable y elevado es un procedimiento *sádico*, no con la connotación de crueldad que el sentido común atribuye al término, sino en el aspecto de soñar con el agotamiento metódico del

deseo mediante estrategias de procesamiento de la información.

Iba accionando el mando para cambiar la imagen de la pantalla, mostrando granjas de servidores en Silicon Valley, fotografías publicitarias inspiradas en el sadomasoquismo, un cerdo modificado genéticamente con pelo verde fosforescente, un videoclip de Lady Gaga y un montón de cosas más seleccionadas sin mucho criterio tras un paseo de media hora por Google Images. Había llegado a un punto de la charla en el que podía mostrar cualquier cosa, decir cualquier cosa.

—Sale la intensidad, entra la cantidad. Sale lo sublime, entran los paradigmas. Como Sade nos enseña, eso no elimina el éxtasis, ni siquiera la belleza, pero ciertamente los transfigura en algo distinto. La belleza que surge es la belleza de los paradigmas, de las formas de almacenamiento, de los algoritmos, de los montajes y de los contrastes extraídos del exceso de información. En este nuevo mundo no existe la menor posibilidad de transgresión y trascendencia. No existe ninguna verdad durmiente bajo la superficie. Las flores que pueden nacer en tanto exceso mueren de un día para otro.

Dejé la pantalla en negro durante unos instantes e hice otra larga pausa antes de concluir.

—Flores del exceso. Era el título de esta conferencia. El año pasado hicimos una campaña con la que quedó probado que podemos utilizar al Marqués de Sade para vender pañuelos de papel. Las palabras clave de ese anuncio son «deseo», «paradigma» y «exceso». Solo se pasó en la televisión de pago de madrugada, pero desde el comienzo el objetivo era que se viralizase en las redes, sin necesidad de emitirlo en la televisión o en plataformas de anuncios oficiales. Las ventas de Kleenex aumentaron en más de un 40 por ciento, y ahora son líderes de mercado con holgura.

Por último, puse el anuncio de un minuto de duración que produjimos para la marca de pañuelos de papel. Eran varias escenas de sexo sadomasoquista que combinaban perversiones del Marqués de Sade con el erotismo popular de *Cincuenta sombras de Grey*, protagonizadas por la cantante de funk astronómicamente popular Tamara Dalai y por actores secundarios seleccionados con cuidado en

agencias de modelos de segunda categoría y en tumblrs fotográficos para atender los cánones de belleza que se declaraban fuera de los cánones. La banda sonora consistía en una banda de posrock del interior de Espíritu Santo que se había hecho casi famosa después de que Jonny Greenwood de Radiohead la hubiera elogiado. Al final venía la pequeña broma con el producto, insinuando que toda aquella gente iba a necesitar pañuelos Kleenex para limpiarse después. Cuando terminó el anuncio, agradecí la atención de todos y recibí los aplausos. Entre las palmas, sonaron algunos abucheos. Nunca había oído hablar de abucheos en una conferencia TED. Había muchas posibilidades de que mi charla tuviera repercusión en las redes.

Después de escapar del cargado ambiente del camerino en el subsuelo del teatro, donde se produjo un intenso intercambio de tarjetas, elogios y promesas de colaboración que se volvió más frenética y sin sentido a medida que el aire acondicionado capitulaba y el exceso de cuerpos transformaba el estrecho recinto en un calabozo dantesco, bajé hasta General Câmara para beber una cerveza a solas en el bar Tuim y tomé un taxi en la calle Riachuelo hasta casa, donde Giane me esperaba para que me hiciera cargo de Miguel y le diese la oportunidad de arreglarse para salir.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Me he salido un poco del guion. Leandra preguntó por ti en el camerino. Quieren una conferencia tuya en el próximo.

—Me lo pensaré, siempre que no sea sobre chicas que juegan a videojuegos —gritó desde el baño, mientras esperaba a que el agua de la ducha se calentara—. Sería bueno para la empresa.

El pánico a hablar en público era el punto flaco profesional de Giane. No era agradable admitirlo, y nunca lo reconocería ante sí misma, pero justamente esa flaqueza era la que me había conmovido y estimulado a arriesgar un acercamiento cuando la vi por primera vez en otoño de 2008, mientras participaba en un debate sobre literatura y juegos electrónicos durante un festival literario en Brasilia. La timidez le impedía encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que pensaba ante los oyentes, y en los peores momentos parecía físicamente

abrumada por la ansiedad, pero sus ideas eran tan buenas que incluso así robaron la escena. Giane esgrimió un argumento bien fundamentado sobre la idea de que los juegos electrónicos no debían tener como parámetro la sofisticación narrativa de la literatura y del cine, ya que eso desviaba la atención de la fuerza original que conllevaba su lenguaje, localizada en las narrativas emergentes y procedimentales. Los demás contertulios torcieron el gesto cuando afirmó que la trama, la calidad de los diálogos, la sofisticación gráfica y ese tipo de cosas eran secundarias y en algunos casos incluso descartables en el mundo de los juegos. El placer y el significado estaban en otro lugar, en la interacción, en los modelos y en las reglas, en las formas como los procedimientos propuestos por el juego se volvían metáforas de la vida.

Cuando fui a buscarla después del debate, le comenté que su concepto de la narrativa procedimental me había hecho pensar en muchas cosas. Giane me pidió que elaborase más mi impresión. ¿Pensar en qué? No tenía nada bueno que decir. Solo esperaba invitarla a tomar un café. Dejé caer un mogollón de idioteces sobre la pobre, y en cuestión de minutos era ella quien sentía cierta pena por mí. En privado, lejos de los escenarios, las cámaras y los micrófonos, escuchar a Giane era como leer un ensayo revisado tres veces antes de su publicación. Hablaba como la mayoría de las personas sueña con escribir. Aquel año había inaugurado su empresa de creación de juegos electrónicos, y yo empezaba a pensar en ampliar la utilización de estos en las acciones de marketing que concebía para mis clientes. Intercambiamos tarjetas y quedamos en encontrarnos unos días después en Porto Alegre, con el pretexto de discutir sobre posibles colaboraciones. Ansié aquel encuentro como pocas cosas en mi vida. De regreso a casa, no dejé de mirar alrededor en el aeropuerto, esperando verla, y, al embarcar en el avión, fantaseé de forma estúpida, con total entrega, con encontrármela sentada en el asiento junto al mío. No la encontré en el asiento de al lado, pero estaba dos filas por detrás de la mía y me saludó. Me encogí en mi sitio, paralizado, pensando en intentar un cambio de asiento, en ir al baño durante el vuelo para ver si ella también iría, etcétera. No hice nada de eso. Pero nos encontramos

en Porto Alegre, y pocos meses después estábamos viviendo juntos.

Jugué con Miguel mientras Giane se secaba el pelo, se maquillaba, se vestía. Era la primera vez en mucho tiempo que había conseguido quedar con sus amigas para una salida nocturna. Miguel entró en un bucle infinito cuyas etapas consistían en traer hasta mí un gorila de plástico, esperar a que yo fingiera ser un monstruo que intentaba comerse al muñeco, tener un ataque de risa seguido de saltos espasmódicos, huir con el muñeco hasta la maceta de dracena en el rincón del comedor, colocar al muñeco trepando por el tallo de la planta y esperar a que yo simulara estar distraído, para entonces agarrar de nuevo al gorila y traérmelo. Intenté estimular al máximo ese circuito, con la esperanza de que entrara en un coma autoinducido antes de las diez y no volviera a despertarse hasta la mañana siguiente. Oí sonar en la habitación la alarma de la aplicación de llamada de taxis, y al momento Giane apareció un tanto apresurada en el comedor, con sandalias planas, falda negra y una blusa de seda verde clara. Se inclinó sobre mí, cogió mi tetilla izquierda entre sus dedos y acercó la boca a mi oído.

—Voy a volver muy loca.

—Dejaré la camisa de fuerza en la cama.

Cuando se marchó, pasé un rato más supervisando a Miguel, que hasta cerca de las diez no empezó a gimotear de sueño. Se había puesto un poco nervioso con el atípico ajetreo de la noche. Chafé un plátano para que se lo comiera, comprobé el pañal, lo metí en la cuna y canturreé mi versión de la nana de Claudinho y Buchecha, muy bajito, hasta verificar que se hubiera sumergido en las profundidades del lodo de la inconsciencia. Me quedé un rato mirando al niño, intentando imaginar qué soñaba, si soñaba. Me acordaba de haber tenido pesadillas a los tres o cuatro años, de sentirme abandonado o ser presa de monstruos y despertar aterrorizado e ir a acostarme con mis padres, que comían platos de sopa de salmón y fumaban en la cama mientras yo me acurrucaba entre sus piernas y las varias mantas amontonadas, perfumadas por sus cuerpos. Un buen olor que en algún punto del camino hacia la vida adulta se volvió repelente, como el olor de

desconocidos. Miguel resolló. Lo imaginé soñando con un gorila que intentaba morderle la cara. «Para unos, la locura y el sueño. Para otros, la certeza de que locura y sueño son fantasmagorías inconfundibles ante la realidad.»

Dejé encendida solo la lamparilla de la mesa del cuarto del crío y fui a la cocina a servirme un vaso de whisky. Me puse dos dedos de malta y añadí un hililllo de agua helada. El whisky se contorsionó en espirales oleosas y los vapores de turba y vainilla subieron hasta mi nariz. La etiqueta también mencionaba notas de pera y cuero, pero había un límite a lo que me autorizaba a fingir detectar. Me llevé la botella al comedor. Encendí la televisión en silencio, abrí el portátil y me senté en el sofá.

Respondí algunos e-mails, intenté adelantar la lectura de los artículos online que había guardado para leer el fin de semana en una aplicación diseñada para eso, pero la pantalla que mostraba el telediario de GloboNews al fondo secuestraba mi atención con imágenes de guerra, corrupción, cambio climático y violencia urbana. Me acordé de las palabras apocalípticas de Aurora el día del entierro de Duque. Si ella no hubiera estado frente a mí, habría dudado de que salían de su boca. Era la diferencia entre un animal salvaje y uno domado. Entre una loba y una perra encerrada durante años en el patio. Lo que había sucedido aquella noche tras el funeral tenía, para mí, un sabor de reparación histórica, fue divertido e intrascendente, algo de lo que deberíamos haber salido más alegres. Pero ella estaba aún más amargada cuando nos despedimos por la mañana. Y eso hacía que no consiguiera olvidarla.

Volví a llenarme el vaso de whisky. Fui a echar un vistazo a la habitación de Miguel sin motivo alguno, ya que no había llorado ni podía haberse ido a ningún lado. Apoyado en el marco de la puerta, aspirando el olor a bebé que procedía de la acogedora penumbra del cuarto, recordé cómo en 1999 había surgido lo que algunos llamaron «tensión premilenio». De repente, internet y hasta las páginas de las revistas más serias estaban repletas de noticias sobre profecías de Nostradamus y sobre las inteligencias artificiales que un día

amenazarían a la humanidad. «Para unos, la fe en lo oculto. Para otros, la fe en la ciencia.» Supersticiones escatológicas a un lado, existía una esperanza que no ha vuelto a darse nunca más. El mundo seguía siendo una mierda, pero fluctuábamos en una relativa calma. Recuerdo cuando mi padre recibió el último pago del dinero confiscado de sus ahorros por el gobierno de Collor, ajustado por la inflación, algo que él dudaba que fuera a suceder algún día. La moneda se mantenía estable y la burbuja de internet creaba un clima de futuro próspero en la economía mundial. El fin del mundo en los albores del milenio era una gran fiesta. El mayor enemigo, el famoso Efecto 2000, era algo que, quince años después, parecía el mal argumento de un taquillazo de ciencia ficción. Un error de código, presente en la mayoría de los programas de ordenador, que registraba los años con solo dos dígitos en vez de con cuatro, un detalle que supuestamente provocaría crisis globales catastróficas en el momento en que entrásemos en el año 2000. No sucedió absolutamente nada, claro. Seguimos bebiendo y follando y posponiendo cualquier clase de compromiso profesional, como si el futuro estuviese garantizado, y nuestro diario de a bordo era un fanzine electrónico leído por miles de personas como nosotros, unos cutres apocalípticos, apocalípticos de puenting.

Poco después cayeron las torres gemelas. Un nuevo sentimiento de extrañeza afloró cuando pensé, en el cuarto de mi hijo, en las semanas y meses que precedieron al ataque y sus consecuencias inmediatas. Tuvimos la oportunidad de escenificar nuestro apocalipsis de mentirijilla, Aurora, Emiliano, Andrei y yo. Para que el fin del mundo no nos alcanzase, pasamos el cambio de milenio acampados cerca de una casa de campo aislada que pertenecía a la familia de Emiliano, un lugar de montes pedregosos, cerca de la región carbonífera, sin electricidad ni otros seres humanos en un radio de muchos kilómetros. Brindamos por el apocalipsis con cachaza minera y asamos cordero en una hoguera. Las fiestas de Año Nuevo del 2000 transcurrieron en todo el mundo con una normalidad decepcionante y el Efecto 2000 fue olvidado durante la resaca del primer día de enero. Quince años después, lo que empezaba a extender sus tentáculos por la sensibilidad

de personas adultas e informadas como Aurora era otra cosa, una angustia diferente a la tensión premilenio. La nueva zozobra era esa expectativa difusa de una asfixia lenta e irreversible, después de la cual no quedaría *nada*. No deseaba pensar como ella, no quería que aquel pesimismo me contaminara. Me había construido una buena vida, lideraba una empresa próspera y tenía que criar a un hijo. Yo era un humanista, donaba dinero para guarderías comunitarias y crowfundings de investigaciones para el perfeccionamiento de paneles solares. Creía en el futuro, en la economía creativa y en la capacidad del capitalismo de digerir todas sus contradicciones, inclusive los apocalipsis. Creía que el mundo no necesitaba que lo salvaran, y por eso lo salvarían justamente aquellas personas que no creían que necesitaba ser salvado. Tolstói, pensaba yo, fue quien dijo que la certeza respecto a lo que sería el bien común era un hábito de los criminales. Era quien pensaba en sí mismo el que, inadvertidamente, conseguía cambiar el rumbo de las cosas.

Regresé al comedor con vagas inclinaciones masturbatorias. Iba a apagar la televisión para intentar relajarme con un poco de maría orgánica que uno de mis becarios plantaba en casa, pero una imagen que apareció en el telediario justo en ese momento me detuvo. Se trataba de una noticia sobre un soldado al que estaban juzgando por la agresión a un chaval durante las manifestaciones contra el aumento del precio de los billetes de autobús en Porto Alegre, en junio del año anterior. Miré atento la pantalla, en busca de un personaje especial que a veces se veía en las imágenes de las cámaras de seguridad que servían de prueba para el caso. Y de repente allí estaba yo, con una sudadera roja y una camiseta atada alrededor de la cabeza, que escondía el pelo y solo dejaba los ojos a la vista, corriendo de un lado hacia otro y dando un pequeño salto por encima de alguien caído antes de desaparecer de cuadro.

Cuando aquella tarde de la manifestación salí más pronto de la empresa junto con algunos de mis empleados y becarios que se habían pintado la cara de verde y amarillo y escrito carteles contra la corrupción, no tenía la menor intención de disfrazarme de *black bloc*. La

marcha había empezado en el Paço Municipal, donde miles de personas se reunieron bajo una fina lluvia. Los paraguas e impermeables de colores, combinados con los ánimos exaltados y con la retahíla de carteles y consignas, conferían a la concentración un clima festivo, más de celebración que de protesta. A aquellas alturas de las llamadas Jornadas de Junio, la manifestación de grupos de izquierda organizados contra el aumento del precio de los billetes ya se había metamorfoseado en un movimiento catártico contra la corrupción, el Mundial de fútbol, las injusticias con las minorías y todo aquello que no funcionaba del país y del ser humano. Las enseñas de los partidos políticos eran atacadas y aquellos que las blandían acusaban a la derecha de haber usurpado las protestas en nombre de sus causas burguesas. Aun con el corazón alineado con las voces de la calle, mi motivación aquella tarde era de naturaleza más etnográfica. Quería ver la marcha con mis propios ojos, observar a la gente, sentir su energía en mi piel, captar con la mayor precisión posible sus deseos, sueños, anhelos y frustraciones. Al fin y al cabo, aquellos eran los consumidores del futuro próximo, y debía entender qué tipo de productos y de ideas casarían de forma más perfecta con sus egos y carencias. En un determinado momento, cuando los manifestantes entonaban el himno de Rio Grande do Sul, una botella de cachaza con sabor a miel y canela pasaba de mano en mano y una amalgama de aromas de marihuana se mezclaba con el olor de los pelos mojados y de la suciedad incrustada en los pantalones, vislumbré con nitidez el calidoscopio de vídeos virales, hashtags y acciones en los medios de comunicación que dirían a aquellas personas lo que deseaban oír sobre sí mismas. Y yo ya sabía qué clientes de mi cartera se subirían al carro.

Un poco más tarde, aún bajo la lluvia, la manifestación comenzó a entrar en ese ritmo inerte de salida de festival de música, pero en la entrada del Túnel da Conceição los gritos de guerra, palmas, silbatos y cornetas regresaron con todo, tal vez debido a la protección provisional de la lluvia o al ambiente un tanto irreal del interior del túnel, incrementado por la luz mostaza que emanaba de las bombillas de sodio y los grafitis de colores que cubrían las paredes. Una chica de piel

traslúcida y mejillas rosadas por el frío, con el pelo negro recogido en un moño un tanto suelto, que vestía una chaqueta tejana sobre un vestido estampado y sujetaba un paraguas violeta, me miraba con insistencia mientras caminábamos uno al lado del otro. Todo indicaba que nos conocíamos.

—¿Eres Antero Latvala? —preguntó—. ¿Del *Orangotango*?

Asentí y me acerqué a ella. Tenía purpurina verde y amarilla esparcida por la cara y los antebrazos mojados. Marchaba junto con dos amigas, a quienes fui presentado en un intercambio de breves saludos.

—Pareces demasiado joven para ser lectora del *Orangotango*.

—Tenía catorce años. Me suscribí allá por la centésima edición.

La marcha salió del túnel y continuó por la calle Sarmento Leite. Los vecinos tiraban papel troceado sobre los manifestantes y hacían sonar vuvuzelas en las ventanas de los pisos. La chica abrió el paraguas violeta, que tenía una varilla rota, y me ofreció abrigo. Yo ya estaba completamente mojado, pero acepté. En la nuca llevaba una especie de diagrama astronómico tatuado. Una de sus amigas me alargó una fiambrera de plástico llena de trozos de bizcocho.

—Es vegano —dijo la amiga.

—Bueno saberlo —respondí, alargando la mano para tomar un pedazo.

Mi alianza relució y se hizo un silencio en el ambiente. La otra amiga iba fotografiando la manifestación y se alejaba del grupo de vez en cuando para registrar escenas como la de un barbudo maquillado y vestido de bailarina ofreciendo una flor a un policía, o la de una chica en un monociclo posando con un cartel contra los abusos de la FIFA y la represa de Belo Monte.

—Tío, me encantaban tus textos. ¡Y sigues llevando el pelo largo! Como en las fotos que colgabais en la página web.

—Si las publicásemos hoy nos encerrarían en la cárcel.

—Siempre salías desnudo. Era supergracioso. Tus antepasados son de Islandia, ¿no?

—Finlandeses. Mis bisabuelos emigraron a Brasil en los años treinta.

—Ah, sí. Publicaste unos relatos muy bonitos sobre su historia.

Era increíble que se acordara de todo aquello. Los textos a los que se refería, como tantos otros que había publicado en internet en los años noventa, estaban metidos en el fondo del cajón de la memoria y parecían haber sido escritos por alguien que había sido yo, sin duda, pero que hacía mucho que había dejado de serlo. A los dieciocho años, había viajado en autocar y haciendo autostop hasta Penedo, en Río de Janeiro, para rastrear las andanzas de mis bisabuelos a su llegada a Brasil. La historia de los finlandeses en la ciudad estaba bien registrada en museos y relatos aún vivos en la comunidad. Mis bisabuelos habían arribado al país en un grupo de inmigrantes que buscaban en Brasil una vida utópica, más cercana a la naturaleza. La colonia finlandesa no tardó mucho en entrar en crisis, incapaz de mantenerse sobre la base de una agricultura familiar. Mi bisabuelo, por el contrario, que era un ebanista muy habilidoso, ya desde el principio no se adaptó muy bien al ethos hippy de la comunidad y buscó otro lugar en el que instalarse el mismo año en que llegó. Él y mi bisabuela vinieron a Rio Grande do Sul con su único hijo, sin un céntimo, hablando un portugués rudimentario. Parece ser que vivieron un tiempo en la sierra, pero poco después se establecieron en Porto Alegre. Esa parte de la historia estaba un poco borrosa, pero mi abuelo, que se casó con una gaucha, abrió una pequeña ferretería en el barrio Azenha, a finales de los años cuarenta. Cuando murió de neumonía, avasallado por el clima húmedo de la ciudad, mi padre asumió el negocio. Empezó con dos tiendas pequeñas y un par de empleados. Pero mi padre era un comerciante nato y en dos décadas había transformado la pequeña Ferretería Latvala de la Azenha en una cadena de hipertiendas de herramientas y material de construcción. Yo había publicado tres textos en el *Orangotango* donde explicaba esa historia. Eran relatos estratégicamente sentimentales, mezclados con el relato de mi viaje egotrípico a Penedo, en los que intentaba mistificar la historia de mi familia con el propósito traicionero de, en la conclusión del tercer texto, ridiculizar el conservadurismo político de mis padres y abuelos, y también de mi bisabuelo, que había huido cobardemente de un experimento social utópico en la Sierra Fluminense. Ahora que tenía familia y empresa

propias, me dolía recordar que otrora me había burlado de sus vidas para ganar puntos con mis lectores.

En ese momento, la marcha seguía por la avenida João Pessoa y se acercaba a la de Ipiranga. El destino final, me dijeron las chicas, era la esquina con la avenida Erico Verissimo, frente al edificio del periódico *Zero Hora*. La policía montada corría por los costados como si condujese un rebaño a través del valle entre los bloques. Uno de los contenedores de basura municipales echaba humo y llamaradas rojizas. En aquel instante me sentí dominado por una angustia de origen incierto y pensé que tal vez sería mejor marcharse a casa. Le pregunté su nombre a la chica. Me lo dijo, pero lo olvidé esa misma noche y no he vuelto a acordarme. Poco después le pedí el teléfono. Me preguntó por qué mi mujer no había venido a la manifestación conmigo.

—Tienes razón, perdona —respondí, y apreté el paso entre la multitud, hasta estar seguro de haberlas dejado atrás.

Me entraron ganas de incendiar también yo algo, o de robar la pistola de la funda de un policía, solo para pagar las consecuencias. El paso acelerado hizo que alcanzara la esquina antes de lo previsto. Y a partir de ahí todo sucedió muy rápido. La policía que vigilaba el edificio del periódico embistió contra la cabeza de la manifestación. A la conmoción de las bombas antidisturbios le siguió la cortina de humo y los gritos. Parte de los manifestantes reculó hasta la avenida de la Azenha, donde ruidos de vidrio estrellándose contra el suelo indicaban la transición hacia algo diferente a la manifestación pacífica, una escalada de algunos grados en la violencia y la agitación. Y entonces se me ocurrió una idea muy extraña. En pocos minutos los disturbios llegarían delante de la ferretería de mi padre. La tienda original de los Latvala. El comercio que mi abuelo había fundado en aquel mismo punto de la Azenha en los años cuarenta, después de abandonar, junto con su familia, la mísera colonia finlandesa de Penedo, en Río de Janeiro, y bajar hasta Porto Alegre en busca de mejores oportunidades y un clima más frío. A partir de aquella tienda inicial, una tiendecita popular, mi padre había edificado a lo largo de décadas la cadena de tiendas de material de construcción de la familia Latvala, que ahora

tenía siete puntos de venta en la región metropolitana de Porto Alegre y dos en Santa Catarina. «Orgullo de construir», decía nuestro lema. Miré alrededor. Algunos enmascarados habían empezado a saquear el concesionario de motos de la esquina.

Me quité la sudadera roja mojada por la lluvia, me quité la camiseta gris, me la até alrededor de la cabeza y volví a ponerme la sudadera. Salí corriendo a toda velocidad en dirección a la tienda, que quedaba a dos manzanas de allí. Un grupo de seis enmascarados utilizaba un caballete de madera como ariete para destrozar el escaparate de una sucursal del Banco do Brasil. Se me acercó alguien y me empapó de vinagre la camiseta que llevaba atada a la cabeza. Embriagado por mi performance secreta, me sentí con veinte años de nuevo. Era como si el escenario de la confrontación fuese un sofisticado simulador de realidad virtual activado para mi conveniencia. La simulación era increíblemente realista, pero lo que se me había grabado en la memoria por encima de todo eran los ruidos. El estallido de las bombas, aquella taladradora sónica de las sirenas de los vehículos de la Brigada Militar, unas sirenas cuyo volumen y frecuencia pretendían causar el mayor trastorno mental posible en su radio de alcance, los subgraves guturales de las hélices del helicóptero de la prensa que sobrevolaba la manifestación, los gritos breves de los que se comunicaban en grupo para alertar u orientar a los que estaban o deberían estar a su lado en la confrontación, las deportivas y botas de policías y manifestantes en desbandada pisando el asfalto y aplastando aquí y allá, con un ruido harinoso, los cristales rotos de los escaparates y las ventanas de los coches aparcados, las palabras de llamada al orden de la masa de manifestantes que se encontraba próxima al cruce con la avenida Ipiranga, separada unas decenas de metros del combate con los policías y de los saqueos, manifestantes intentando alejarse de una violencia que no entendían y que los asustaba, los ladridos de alerta y miedo de los perros confinados en los solares en construcción y en los patios residenciales escondidos en el corazón de las manzanas, el mismo ruido de la lluvia fina que caía sin cesar desde última hora de la tarde, el sonido extrañamente sordo y seco de patadas, puñetazos, piedras, palos

y similares alcanzando cuerpo humanos, como si estos estuvieran hechos de cartón en vez de carne, el delicado chasquido del radio o del cúbito de un antebrazo partiéndose como un palillo de dientes por una porra a dos metros de mí, clic, dejando la mano de la persona herida colgando del lugar de la fractura. Yo había lanzado adoquines de la acera contra los cristales de los coches. ¿Por qué? No había una respuesta satisfactoria. Era un figurante, un personaje secundario. No necesitaba motivos y prescindía del protagonismo. No habría consecuencias, estaba en mi simulador. No intervine cuando destrozaron el escaparate de la tienda de mi padre, la tienda que ostentaba mi apellido en el letrero. Se llevaron herramientas, sierras de mano. Que se lo llevaran todo. En el calor del momento, la justicia de aquello era evidente para mí. Plantado donde estaba, imaginaba cómo las cámaras de seguridad grababan todo aquello. Sabía cuál era la disposición de todas las cámaras de la tienda. Sabía que aparecería en las imágenes, aunque en aquel momento no pudiese saber que me convertiría en un figurante en las noticias de los telediarios, corriendo al fondo durante una escena de agresión, de incógnito para siempre. Porque nadie en la faz de la tierra se atrevería a imaginar que yo estaba allí.

Terminó el telediario. La cabecera de inicio de un programa sobre economía absorbió los ecos de mi cosplay de *black bloc*. Me hice un porro sin mucho cuidado y fumé de forma compulsiva mientras miraba los álbumes de fotos de algunas amigas desconocidas en Facebook. Sentí la llamada de la paja. Nunca pediría disculpas a nadie, jamás. Yo era lo que era, hacía lo que hacía. «Para unos, la totalidad de lo que existe. Para otros, alternativas que se excluyen.» Volví a llenar el vaso de whisky de malta hasta la mitad y abrí la página de inicio de mi portal de pornografía favorito. Me puse un auricular en la oreja izquierda y dejé la derecha libre para oír el llanto de Miguel o la improbable llegada de Giane a casa antes de la hora esperada. Eché un vistazo a los thumbnails de los vídeos más recientes, buscando detalles que ni yo mismo sabría decir cuáles eran, una cara, una mirada, una polla entrando en un culo de un modo que encajaría a la perfección con

preferencias táctiles y visuales arraigadas en mi organismo. Revisé la primera media docena de páginas del portal, escogiendo vídeos y abriéndolos en pestañas separadas con un ctrl+clic, para que se fuesen cargando en segundo plano mientras seguía con mis pesquisas. Después elegí páginas aleatorias del timeline de vídeos, probando suerte en publicaciones un poco más antiguas, que siempre parecían reservar preciosidades a punto de escaparse a mi acceso. Los vídeos que deseaba abrir tenían que obedecer a un conjunto un tanto complejo de criterios. Actores blancos como yo. Nada de escenas con dos o más actores. El hombre en escena, cuando el vídeo no estaba grabado en primera persona, tenía que ser alguien en quien poder proyectarme hasta el punto de sustituirlo por completo en la acción de la película, y para eso era preciso eliminar las diferencias más flagrantes. Nada de chicas con aspecto adolescente o impúber. Ni pensar en prótesis de ningún tipo, en ninguna parte del cuerpo. Nada de ropa grotesca ni simulaciones contextuales avanzadas, como vender a la mujer por dinero, *cuckolding*, madre e hija. Nada de hardcore extremo, humillaciones, vómitos de saliva, prolapsos rectales, máquinas de follar. Sumaban puntos el sadomasoquismo casual, cuerdas y collares de perros, mordazas, asfixia. El arreglo que buscaba era el del sometimiento voluntario por parte de la mujer a la condición de objeto y el de la mayor invisibilidad posible por parte del hombre, un tipo de sexo ilustrativo y desprovisto de cualquier sofisticación. Lo que buscaba eran detonadores de excitación con eficacia pavloviana. Maniquíes de cuerpos bellos y saludables, explorando las posibilidades motoras y lúbricas de la especie con empeño performático y una entrega convincente, con espasmos y fluidos y ojos en blanco y ese grito silencioso, paralizado de felicidad y agonía, del orgasmo de ciertas actrices que hacía que todo el cosmos cesara su actividad durante los segundos necesarios para que el esperma hiciera cosquillas en la raíz de los huevos y saliera a chorros sobre los pañuelos de Kleenex del Marqués de Sade.

Después del paseo inicial por las páginas de los vídeos más recientes, llegó la hora de seleccionar algunas categorías y explorarlas una a una, manteniendo el cursor sobre el thumbnail para mostrar la vista previa

de escenas en miniatura hasta encontrar algo que pareciera prometedor. Elegí las categorías «squirting», «ebony + teens», «russian» y «amateur». De cada una extraje tres o cuatro vídeos en pestañas separadas del navegador. Al terminar esa fase, ya se habían cargado los vídeos de las primeras pestañas abiertas. Procedí al streaming de cada uno de los vídeos en orden de apertura, haciendo clic en la barra de progreso para visualizar escenas en busca de los mejores momentos. Esos momentos ideales tenían una cualidad inefable y eran difíciles de encontrar, pero iban formando una narrativa que tenía sentido para mí a modo de polvo imaginario. Las escenas seleccionadas no eran necesariamente las más excitantes, plásticas o bien ejecutadas, al contrario, casi siempre resultaban poco favorecedoras para los cuerpos de los actores o eran técnicamente torpes. Corrompían el contenido impecable de mi imaginación. No buscaba imágenes que calcasen mis fantasías, sino imágenes que las pisotearan con la suela sucia de sus zapatos. La mayoría de los vídeos preseleccionados no pasaron la criba y los fui cerrando hasta que, una media hora más tarde, llegué a un conjunto de una docena de vídeos en pausa con escenas o instantes aprobados por mi sentido estético onanístico.

Hice crujir el cuello y los dedos de las manos. Me levanté para echar un vistazo al cuarto de Miguel y fui a la cocina a beber un vaso de agua para quitarme la sensación de lengua seca. Volví, me serví otra dosis de whisky y procedí a organizar en pequeñas ventanas uniformes por todo el escritorio los vídeos elegidos, formando un mosaico de escenas que podrían accionarse en el orden específico que había planeado. Del caos del puterío digital yo hacía nacer una obra de arte que duraría solo el tiempo de mi glorioso pajote, para ser destruida inmediatamente después y para siempre como un mandala de arena tibetano. Encendí la punta del canuto, di un par de caladas profundas, conteniendo el humo en los pulmones, y empecé a ver los vídeos en el orden premeditado, blandiendo la polla siguiendo el ritmo de la acción. Pronto empecé a sudar y me saqué la camiseta. En algunos momentos recurría al trackpad para retroceder de nuevo al principio de una escena, hasta quedarme satisfecho con aquella parte y saltar al vídeo siguiente. A

veces sentía que era inevitable meterme el dedo en el culo y me quedaba allí, medio de pie, medio sentado, a punto de correrme, pero conseguía aguantarme y seguía hacia delante, encadenando los fragmentos de streaming, tanteando y tocando el trackpad como si fuese un tejido sensible, moviendo las caderas en sincronía con el actor que le comía el culo a una morena que solo llevaba unas medias rotas, en cuclillas en el suelo, con el rímel deslizándose por las mejillas, lamiendo leche de un platillo. El sudor me corría por el pecho y la barriga y empezaban a dolerme las rodillas. Volví a meterme el dedo lleno de saliva en el culo, como la bendita Giane me hacía con sus pequeños dedos fusiformes y teledirigidos en dirección a la próstata, blanco que no me atrevía a alcanzar yo solo. Aún faltaba encadenar las últimas tres o cuatro escenas de la secuencia cuando no aguanté más y tuve que recurrir a la almohadilla de papel higiénico que había dejado sobre la mesa de centro para correrme sin ensuciar todo el comedor, al mismo tiempo que gruñía una letanía de gemidos y palabrotas. El placer llegó mezclado con esa frustración inmediata del clímax solitario, que es algo así como despertar de un sueño erótico a la patética escena que se está representando. Sobrevino una laxitud profunda y una leve náusea provocada por la bebida. «Para unos, el pináculo sensual. Para otros, las profundidades abismales del deseo truncado.» No había llegado a las últimas escenas de mi obra de arte fílmica, que incluía dos cumshots faciales hermosísimos, y el leve vacío causado por la narrativa incompleta se hizo aún más triste ante la modestia de la emisión seminal obtenida después de tanto empeño y entrega.

Me quedé un rato sentado en el sillón, esperando a que se me ablandara la polla mientras sentía un leve ardor en la uretra. Cerré todas las ventanas y pestañas. Miré el reloj en la esquina de la pantalla y vi que había pasado más de una hora. Todas las contradicciones de mi vida se habían visto reducidas a una carpeta insulsa e inofensiva. Abrí bien los oídos para comprobar si Miguel emitía algún sonido. Por un instante, solo oí el rugido estereofónico de los coches circulando abajo en la calle. Tras un momento de silencio absoluto, empezó a

llover de forma espectacular. Los estallidos de gruesas gotas golpeando la caja metálica del aparato de aire acondicionado Split colgado por fuera de la ventana del comedor pronto dieron paso al ruido espumoso de una lluvia gruesa que fustigaba las aceras, los árboles y las carrocerías de los coches. Un trueno sonó a lo lejos.

Me subí los pantalones y arrastré las piernas tambaleantes por el pasillo hasta el cuarto de baño. Retiré el asiento infantil que llevábamos un tiempo usando para que Miguel aprendiera a hacer caca en el inodoro y oriné con gemidos de satisfacción. Me lavé la polla en la ducha para que no oliera a paja. Entré en la habitación del niño, que todavía dormía como si no hubiera pasado nada. Lo cual era adecuado, puesto que no había pasado nada. Cuando Miguel nació, un capullo traslúcido con una cabecita de finlandés encima, se parecía mucho a mi padre. Con dos años y medio, se asemejaba más a su madre, o mejor dicho, al hermano de esta, un pintor hiperrealista de éxito que tenía cejas prominentes y recordaba un poco a Mastroianni. No obstante, si dependiese de la madre, el pequeño no sería artista. Giane tenía planes para él. Estimular las matemáticas, sumergirlo en la tecnología a temprana edad, guiarlo subrepticiamente en dirección a la informática o la ingeniería. El niño ya jugaba con aplicaciones en el iPad que aceleraban su cerebro de bebé. Giane también hablaba de entrenarlo en krav magá, en agricultura familiar, en construcción sostenible. Solo eran proyecciones, yo sabía que ella no pretendía imponerle todo eso al niño, pero era imposible no reparar en que, de forma inconsciente, deseaba prepararlo para un mundo muy diferente de aquel en el que habíamos crecido nosotros. Un mundo de recursos escasos donde los pocos empleos que quedaran implicarían proyectar y supervisar las máquinas que se encargarían del resto.

El LED verde del móvil palpitaba a cámara lenta. Desbloqueé la pantalla y vi una notificación de llamada perdida. Aurora me había llamado mientras me masturbaba. Me estremecí al pensar que pudiese estar todavía en Porto Alegre tantos días después del entierro, o que hubiese vuelto a São Paulo y le hubieran entrado ganas de hablar conmigo a aquellas horas. Pasaba de medianoche, Giane podía llegar en

cualquier momento, pero aun así le devolví la llamada. Aurora no respondió. Esperé cinco minutos y volví a intentarlo, sin éxito. Después otra vez. La pantalla de la televisión, que seguía en silencio y mostraba interminables anuncios de los programas de la propia cadena de noticias, hacía que todo el comedor titilara en su luz elíptica, y, al apagarla, me dio la impresión de que el ruido de la lluvia aumentó. Me quedé unos minutos suspendido en el momento vacío, alerta a las fuerzas suaves e invisibles que me rodeaban. Los objetos que me hacían compañía en el comedor ejercían sobre mí su ínfima fuerza gravitacional, como si me observasen, hasta el punto de que imaginé que tenían, como yo, algún tipo de vida interior. Esperábamos juntos, yo, las novelas de Andrei Dukelsky en la estantería, la mesa de centro, el sinfín de juguetes de mi hijo desparramados sobre la alfombra y en el asiento del sillón, la lámpara Tiffany, el viejo helecho que Giane había traído de su anterior hogar y el libro de polaroids de Araki, que aquel momento fuese perturbado por otra llamada de Aurora, diciéndome lo que quería, llamándome para algo nuevo que no podía prever, destruyendo lo que ya estaba consolidado. No debería significar casi nada para mí, me aseguré a mí mismo que sería fácil olvidarla, intenté pensar en ella como en una amiga que tuve durante quince años, y sin embargo allí estaba yo, otra vez, recordando nuestra madrugada en el motel A2, adonde fuimos después de la borrachera en el Sabor Um, tras el entierro de Andrei, el mismo hotel al que solía llevar a las chicas en la época del *Orangotango*. Recordando cómo habíamos follado totalmente borrachos, intentando emular cómo podría haber sido cuando teníamos veinte años.

Aurora me despreciaba en la época del fanzine y aún lo hacía después de todos aquellos años. Comprendí que ella quiso abrir las piernas a ese desprecio, porque habían matado a Andrei, porque la vida era una mierda y el futuro había dejado de existir en algún momento, y ahora era tarde. Apenas me miró durante todo el tiempo que pasamos juntos en aquella habitación, y gimió de forma un tanto teatral, buscando siempre el reflejo en los espejos empañados y marcados por el óxido que decoraban las paredes y el techo. Estaba amargada y

asustada. Yo estaba henchido de un sentimiento de retribución. Estaba casado y ella lo sabía. En suma, todo estaba mal, y por eso mismo estaba todo bien, era una de esas ocasiones en que el sexo parecía haber sido hecho exactamente para eso, crear un abrigo temporal para aquello que estaba mal pero no obstante necesitábamos, y follamos con rabia y gratitud hasta acabar exhaustos y sucios. Recordé mis manos agarrándole el culo, ella de bruces en el fino colchón, duro y redondo, con la columna y los hombros arqueados. Estaba admirando las contorsiones de su espalda sedosa cuando gruesas gotas de sangre empezaron a salpicar sobre su piel dorada, como en una alucinación de película de suspense psicológico. Catatónico, vi cómo las gotas se transformaban en hilillos rojos que comenzaron a encharcarse en el surco dorsal, y solo entonces me llevé la mano a la cara y verifiqué la hemorragia.

—Me sangra la nariz.

Aurora no me entendió, creyó que estaba gruñendo alguna guarrada entre dientes y murmuró cualquier incentivo, pero dejé de metérsela y repetí que me estaba saliendo un montón de sangre de la nariz. Ella no se había dado cuenta de nada y se asustó cuando viró la cabeza para mirarme. Busqué el espejo en la cabecera de la cama y vi mi boca y mentón ensangrentados.

—Joder, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, ha empezado a sangrar. Nunca me había pasado.

—Estoy toda manchada.

Nos miramos unos segundos, los ojos muy abiertos, la respiración contenida. Podía sentir en mis músculos faciales una sonrisa infantil atrapada en los labios.

—Parece la escena aquella de *El corazón del ángel* —dijo, con más sarcasmo que entusiasmo.

—Sí —convine, exultante, cogiéndome la nariz y levantando un poco la cabeza. Era una buena escena. Mickey Rourke y la mujer de Lenny Kravitz, sangre lloviendo del techo. Mi polla pulsaba al ritmo de los latidos del corazón y parecía a punto de gangrenarse—. El personal de la limpieza va a tener en qué pensar.

Fui a limpiarme al baño. Volví con un tapón de papel higiénico en la nariz y otro montón enrollado para secarle la espalda.

—Es como en los animes japoneses, ¿sabes? Cuando los tíos se excitan y empiezan a echar sangre por la nariz.

—Vale —fue su comentario, y me di cuenta de que sería un error transformar el episodio en alguna especie de conexión espiritual entre nosotros, por lo menos en aquel momento. Aurora no tenía paciencia para ese tipo de cosas.

Todavía no me había corrido, lo que se había convertido en una absoluta necesidad, de modo que me callé la boca y empecé a comerle el coño sin prisa, hasta que las cosas volvieron a su cauce. Minutos más tarde me aseguró que podía correrme dentro y fue lo que hice, con toda la polla dentro de ella, sin moverme, sujetando su cuello con ambas manos, sin apretar mucho, solo sujetando, sintiendo en las palmas y en los dedos todas las venas y tendones bajo su fina piel. Los condones de cortesía del motel permanecían intactos sobre el suelo frío, y volví a preguntarme una vez más dónde había ido a parar el terror al sida y a las enfermedades venéreas que en mi época de la facultad hacía que la gente llegara al extremo de comerle el coño a alguien con un film transparente.

Solo después de ducharnos, cuando nos estábamos abrochando los pantalones para irnos, Aurora hizo un gesto que podría considerarse cariñoso, pasándome la mano por el pelo.

—¿Nunca lo has llevado corto, desde aquella época?

Respondí que no. No contuvo una leve sonrisa sin sentido, la de quien tan solo contempla el paso del tiempo, y a continuación se olió las muñecas.

—Jabón de motel. Hacía tiempo.

—Yo he utilizado solo agua —comenté—. Más seguro.

—Cierto.

—Creo que voy a caminar un poco y después tomaré un taxi.

—Bien hecho. Yo todavía estoy borracha. Con muchas posibilidades de pegármela con el coche o de que me paren en un control.

Salimos del motel en su coche, pagué, como todo buen chico hacía

antiguamente, me bajé en la calle José de Alencar y caminé por la avenida Erico Verissimo casi hasta Ipiranga, donde me metí en un taxi y me fui a casa. No habíamos vuelto a hablar, ni por Facebook, donde la veía online de vez en cuando. Era terrible, pero no podía dejar de pensar en el momento en que me pasó la mano por el pelo en el motel, tampoco en la leve sonrisa de justo después. Aquel instante congelado remitía a un pasado añorado, y era terrible porque no éramos la clase de personas que deberían pensar en el pasado de esa manera. La quise conmigo en el sofá, desnuda como aquella noche en el motel, pero libre de la actitud de autocastigo, cediéndome poco a poco alguna muestra de cariño.

La llave giró en la cerradura de la puerta del comedor. Estaba tan perdido en mis pensamientos que no oí el ascensor ni los pasos en el pasillo. Giane entró como solía hacerlo, dejando la puerta abierta tras de sí y volviendo después a cerrarla, como si se hubiese olvidado. Cerró, se quitó los zapatos y vino hacia mí en el sofá.

—Estoy empapada.

Inclinó la cabeza, dejando que el pelo color ámbar y mojado por la lluvia me rozara la cara. Estiré los brazos y coloqué las manos en su cintura.

—¿Cómo ha ido?

—Genial —dijo bajito, con voz pastosa—. Había unos cócteles hechos con granada. Mônica se muda a Bélgica en mayo, no lo sabía. Una beca para artistas. Hablamos de marcharnos de Brasil. Cada una tiene un plan para huir después del Mundial. Lari se va a trabajar de acompañante de lujo a Portugal, ya ha conseguido el teléfono de Cristiano Ronaldo. Suzana y Beto se van a Israel, la madre de él es judía.

—¿Y nosotros adónde nos vamos?

—¿Puede ser Canadá? Necesitan gente, y allí la industria de los videojuegos es potente. Y me gustan la nieve y el frío.

—Canadá entonces. O Finlandia.

—Canadá. Allí les gustará mi juego.

Giane se refería al proyecto personal que desarrollaba desde hacía

cerca de tres años, entre las decenas de jueguecitos por encargo que sostenían su empresa. Era un juego experimental rarísimo, en el que el jugador asumía el control de objetos variados, desde cosas simples, como pelotas y sillas, hasta equipamientos complejos como ventiladores y tractores. Había visto una versión alfa en un ordenador en mi última visita a su estudio y me había quedado a cuadros. Era bonito y misterioso, sin objetivo ni sentido en apariencia. Era posible viajar con los objetos entre mundos lejanos que parecían los pequeños planetas dotados de gravedad del Super Mario Galaxy, pero con un grafismo muy diverso, que evocaba el estilo visual de juegos más antiguos, de las eras de 8 y 16 bits. Era formidable ver a Giane trabajar en aquello mientras coordinaba a un equipo de treinta personas en la producción de juegos más simples y convencionales. Me enseñaba su esmerada planificación de *game design*, organigramas coloridos en los que las mecánicas de los juegos cobraban vida para después ser codificadas por los programadores, ilustradas por los artistas y animadas por los animadores. Su equipo, que reunía a graduados en diseño industrial, artes plásticas, informática y arquitectura, así como a varios autodidactas en modelado 3D y lenguajes de programación, recurría a ella como un faro dentro del amplio espacio del estudio, una sala diáfana, decorada con carteles de personajes de juegos realizados por la empresa, de matones con armaduras futuristas y animalillos de dibujos animados. El trabajo de Giane era creativo como el mío, pero era de una creatividad de otra naturaleza, depurada y numérica, un reino de exactitud y elegancia. Mi trabajo brotaba de la impureza y la deshonestidad. A todo necio que había escrito una novela o dirigido una película le gustaba decir que el arte no podía prescindir de la honestidad, que la mentira y la simulación solo servían a una sinceridad anterior. A ellos les diría que la deshonestidad en forma pura era la estética del futuro. Eso no lo entendía casi nadie. Giane, sin duda, no lo comprendía. Cuando le hablaba de mi trabajo, escuchaba atenta y con respeto, asintiendo levemente con la cabeza, como si tuviera la deferencia de ignorar un forúnculo en mi mejilla.

—Canadá, entonces. Donde tú quieras.

Se sentó en mi regazo. La abracé, pero estaba rígido. Yo mismo lo sentía.

—¿Migs se ha dormido pronto?

—No ha caído hasta las diez, pero no se ha despertado ninguna vez.

—¿Pasa algo, Antero?

—No creo. Estoy un poco cansado.

—Vaya peste a whisky. Quien se levante mañana con menos dolor de cabeza lo lleva a la guardería. Voy a lavarme los dientes y a dormir.

La oí ir a la cocina, llenar un vaso de agua en el fregadero y beber, y después entrar en el cuarto de Miguel, de donde tardó unos tres minutos en salir. Orinó, se cepilló los dientes, se quitó la ropa y se acostó. Esperé un poco más en el comedor y luego fui al dormitorio y me metí en la cama. Giane se despertó, me pasó la pierna por encima de la cintura y me besó en el cuello y el pecho. Colocó la mano entre las piernas, bajo la colcha, y empezó a meterse los dedos en el coño.

—¿Lo oyes?

—Sí.

Giane retiró la mano de entre las piernas y metió los dedos mojados en mi boca. Después me dio la espalda, deslizó la colcha hasta las rodillas y me restregó el culo contra la polla. Sus muslos, caderas y abdomen formaban un conjunto aerodinámico y flexible, como algo esculpido por el viento y que de repente comenzaba a cobrar vida. Pero yo me parecía a un pollo deshuesado tras varios vasos de whisky y una paja épica seguida de una significativa sacudida moral, y solo podía pensar en cuál sería el motivo por el que me habría llamado Aurora y después no me había respondido, y me sentía atravesado por la horrenda sensación, rara pero no inédita, de que Giane era una persona superior a mí, más justa, talentosa y limpia, y que su mera existencia parecía ser una afrenta que no estaba dispuesto a aguantar, y el rencor que brotaba de eso me hacía pensar que su cuerpo cada vez más flácido e hinchado ya no me resultaba tan atractivo como en la época en que nos conocimos, antes de que tuviera a Miguel, lo que a su vez me llevaba a pensar en las becarias de la agencia y en las decenas de chicas a las que acosaba en las redes sociales y con quienes intercambiaba

desnudos en el móvil, pero por encima de toda esa mierda estaba la imagen de la tienda de mi padre siendo destrozada por unos alborotadores, y el recuerdo poco fiable de que yo mismo, vete a saber por qué, había lanzado algo contra el escaparate. «Para unos para otros blablablá.» Quise que mi hijo se despertase en mitad de la noche y empezase a llorar para librarme de aquella trampa, escuché atento el silencio del piso, como si mi fuerza de voluntad bastara para despertar al crío, o como si mi aflicción pudiese alcanzarlo por medio de un éter existente entre padres e hijos, pero no fue necesario, porque Giane fue frenando, marchitándose, hasta que se volvió hacia mí, susurró un «vale», suspiró y se durmió con aterradora rapidez.

Nadie quería ver el horror en la abundancia, en aquello que rebosaba y proliferaba hasta reventar su espacio. El horror que el vacío podía provocar en el alma humana resultaba reconfortante al lado del horror de aquello que pululaba de seres o cosas. Lo que sentía mientras caminaba por el pavimento del Largo da Batata aquella mañana de viernes, mientras iba de la parada de autobús hasta la dirección en una callejuela de Pinheiros donde me practicarían un aborto, era una especie de horror. Había llovido un poco antes y las alcantarillas aún bebían del caldo grisáceo que se escurría por los sumideros. Para avanzar entre la multitud, debía andar en un zigzag improvisado, como una cucaracha en fuga, sin parar. Era importante no parar. El conductor de la USP que solía llevarme hasta los cañaverales experimentales en Araras, el señor Gregório, me lo había enseñado. Era hindú y visitaba la India una vez al año para estudiar y meditar con su maestro. La mejor manera de atravesar una avenida en Bombay, me contó, era moverse siempre en diagonal, sin detenerse bajo ninguna circunstancia. Funcionaba para las personas y para los vehículos. También para las cucarachas y las ratas.

Una rata era un animal bello si lo considerábamos de forma aislada, separado de otras ratas y de su asociación a enfermedades y plagas históricas. Un animalito suave y curioso, inteligente a su modo, feroz cuando se sentía amenazado, una criatura susceptible de ser admirada. A partir de una determinada concentración, surgía el horror. Miles de ratas devorándose unas a otras en la bodega de un barco abandonado a la deriva era una escena repulsiva, digna de una película de terror. Toda infestación de organismos tenía la capacidad de provocar espanto

en el corazón de los seres humanos. Cualquier organismo. Si reuniéramos suficientes mariposas en un espacio limitado, la densidad burbujeante de sus abdómenes y el ruido del roce de sus alas no tardarían en ponernos los pelos de punta y revolvernos las entrañas. No tenía por qué ser diferente con los seres humanos. Habíamos infestado el planeta, o por lo menos las calles de São Paulo. Una de las características de un organismo, filosóficamente hablando, era la de estar dotado de alguna clase de interés propio, y era la elevada concentración de esos intereses propios lo que convertía la multitud en un ambiente nauseabundo. Linchamientos, mítines y conciertos de rock eran situaciones capaces de revertir esa lógica, pero en las calles de São Paulo de aquel viernes por la mañana solo existían el terror y la sensación de que aquello no era posible, de que algo había salido mal para que hubiera tanta gente intentando sobrevivir en el mismo lugar. La proliferación humana ya era algo constrictivo para la humanidad, pensaba yo. Toda la especie parecía destinada a conquistar un premio Darwin a escala cósmica, por la proeza de alcanzar la propia extinción mediante la mejora de la expectativa de vida. Porque pronto ya no quedaría lugar ni comida en la bodega del barco, y las ratas comenzarían a devorarse. A no ser, claro, que científicos como yo nos sacáramos de la manga una nueva Revolución Verde. Las agencias espaciales estudiaban la viabilidad de que la humanidad colonizase planetas semejantes al nuestro. Para colonizar, necesitaríamos comer. Para comer, necesitaríamos plantar. Para plantar, necesitaríamos entender cómo hacer que las plantas crecieran en un nuevo fotoperíodo, con otro sol, con un nuevo concepto de día y noche, estaciones, etcétera. Hola, encantado, me llamo reloj circadiano, ¿y tú? Pero para mí era cada vez más evidente que los milagros, tanto los de las películas de *Sesión de tarde* como los llamados «milagros científicos», no eran más que la condición necesaria para la aparición de un nuevo y más grave tipo de problema. «Milagro científico.» La clase de concepto que entusiasmaba a Antero.

Me había hecho dos pruebas de embarazo después de una semana de retraso en la menstruación y ambas habían dado positivo, y me

despertaba dos veces plena madrugada para orinar. La noche que me hice la segunda prueba, llamé a Antero, pero no respondió. Estaba lista para informarle de la forma más seca y directa posible sobre lo que sucedía. No me había tomado la píldora todos los días durante la semana en que visité a mis padres y murió Andrei. Solo me había dado cuenta de ello mucho más tarde. Antero se enfadaría, pero ya no se podía hacer nada, a veces se me olvidaba, y el conjunto de acontecimientos de aquellos días había alterado demasiado mi rutina y mi cabeza. Después de que Antero asimilase la primera noticia, le comunicaría sin mucha ceremonia mi decisión de abortar, con la cual esperaba, por la clase de hombre que era y por su situación familiar, que se mostrase de acuerdo automáticamente, o casi, porque primero me preguntaría si estaba segura, o algo así. En el momento en que presioné con la punta del dedo la fotito un poco andrógina de Antero en la lista de contactos del móvil, mi plan era viajar a Porto Alegre con objeto de abortar. Imaginaba que Antero me acompañaría a la clínica y participaría en todo. Al fin y al cabo, él era el padre.

Pero no contestó al teléfono, y después, en lugar de repetir la llamada, me quedé mirando los iconos de la pantalla del iPhone hasta que se desvanecieron. Detrás de los mismos estaba la imagen de fondo, una fotografía de mis plantas de caña de azúcar en el campus de la Universidad de São Carlos en Araras, los entrenudos castaños y las hojas verdes reluciendo al atardecer, bañados en un naranja vivo incandescente. Llevaba preparándome desde principios de marzo para el nuevo examen de calificación, que tendría lugar al cabo de tres semanas, durante la primera mitad de abril. Nada muy complicado, pues lo cierto era que mi proyecto y mis resultados eran sólidos y esa vez César no estaría en el tribunal de evaluación para sabotearme. Pensé en todos los años que había dedicado a mi investigación, en el traslado a São Paulo, una ciudad que me oprimía con sus excesos, la densidad de hormiguero, el olor nauseabundo del asfalto caliente y el ambiente inhumano de competitiva cordialidad. Pensé en la soledad de mis noches y de los trayectos de autobús diarios de Santa Cecília a la universidad. ¿Qué tenía que ver Antero con todo aquello? Él no sabía

nada de mí y no tenía la menor capacidad de entender lo que yo hacía, él con su vida de publicista adúltero de familia adinerada, rico y engreído, una sonrisa sarcástica a punto de brotar eternamente en su cara imberbe que se había hinchado con el paso de los años, él planeando en las corrientes de viento del capital social alternativo que había acumulado desde joven. Ni su innegable vitalidad creativa ni su magnetismo sexual tenían nada que ver con mi temperamento y mi mundo. ¿Por qué, entonces, debería acompañarme a una clínica abortista? ¿De qué manera un episodio de fecundación accidental lo transformaba en un compañero, en cómplice? Era mi amigo, sí, podría darme todo el apoyo y cariño esperado, podría estar incluso presente como padre, o por lo menos ayudarme financieramente en caso de tener el bebé, pero ¿cómo iba a ser capaz de entender las jornadas de doce horas que pasé extrayendo el ARN de centenares de muestras de tejidos de caña de azúcar, sufriendo infecciones urinarias bimestrales por no poder alejarme de la mesa ni siquiera para ir al baño, volviendo a casa sin energía para nada excepto para hacerme un bocadillo con lo que hubiese en la nevera y ver la mitad de un capítulo de *Mad Men* en el portátil antes de dormirme babeando en el sofá, interactuando socialmente solo con mi orientador y mis colegas de laboratorio durante meses, personas con las que en general era agradable convivir y que compartían algunos intereses conmigo, pero que estaban absortas en sus investigaciones como yo? Hasta me daría vergüenza intentar explicarle que, incluso en un mundo cuya destrucción no estuviese en marcha, una persona como yo no estaba en condiciones de criar a un hijo sola y puede que ni siquiera al lado de alguien, que solo tenía alguna esperanza de encontrar un compañero y formar una familia con colegas de profesión capaces de entender y aguantar aquella misma rutina y sus exigencias específicas, que el bromuro de etidio que utilizaba para colorear ADN en las electroforesis en el laboratorio conllevaba riesgos nada despreciables de provocar gametogénesis, malformaciones en los gametos, y que aquel era solo uno de los varios compuestos mutagénicos, inflamables o tóxicos que me rodeaban a diario, y que convertía la misma gestación en una empresa un tanto

temeraria.

¿Y por qué ir a Porto Alegre para librarse de un feto? No era más que una reacción instintiva. Era donde había nacido, donde vivían mis padres, mi origen. En mi subconsciente, Porto Alegre todavía era el hogar al que regresar en momentos de fragilidad, el lugar del planeta que me acogería en cualquier circunstancia. Pero nada de eso resistía un análisis más racional. La ciudad nunca había sido tan insegura como ahora y mis vínculos con ella habían ido perdiendo sentido en los últimos años. Hacía tiempo que no tenía trato con mis amigos de Porto Alegre, ni siquiera quedaba motivación para intercambiar enlaces de vídeos tontos con ellos por chat. Las bolitas verdes junto a sus nombres en Facebook y en Gmail eran suficientes para mantener las apariencias de que un día habíamos estado unidos y nos importábamos los unos a los otros. Y obviamente tampoco diría ni una palabra sobre el asunto a mis padres, que sabía que estaban «a favor de la vida», en el sentido oscurantista, atávico, vagamente religioso y científicamente ignorante de la expresión. Todo lo que necesitaba para lidiar con la situación estaba en mi interior o en un radio de pocos kilómetros de donde me encontraba, excepto tal vez el dinero, en caso de que el precio que cobrase la clínica resultara demasiado elevado para mi pobre economía de becaria de doctorado. Si no pudiese costearme yo sola una clínica de confianza, pediría a Antero que contribuyera. Pero, si podía pagarla, no había ningún motivo para no ir yo sola a abortar, en São Paulo mismo, sin hablar con Antero ni con nadie. Aún estaba perdida en ese devaneo cuando empezó a sonar el móvil. Era Antero devolviéndome la llamada. Pasaba de medianoche y me lo imaginé buscando un lugar reservado para hablar conmigo donde no pudiera oírlo su mujer. No se quitó la alianza cuando folló conmigo después del entierro de Andrei, porque estaba demasiado borracho o porque no le importaba. El anillo de oro le brillaba en el dedo mientras se apretaba la nariz para detener la hemorragia, el semblante acribillado con la expresión maníaca de un niño que había comido azúcar en exceso. El aire acondicionado me refrescaba la espalda empapada de sangre y sudor y yo solo pensaba en decirle que no parase, que siguiera follándome mientras continuaba

sangrando, que me gustaba la sangre, pero qué clase de psicópata iba a pensar que era yo, de modo que fui a lavarme. Y después quise más. Tenía tantas ganas. Hacía tiempo que no me follaban bien. Me preguntó varias veces si tomaba la píldora y yo le di la respuesta que no nos interrumpiría. Era también una réplica honesta, yo creía que todo estaba en orden. No quise engañar a nadie, solo necesitaba correrme con una polla para variar.

Dejé que sonara el teléfono hasta que desistió, después de tres intentos. Cuando el móvil se quedó finalmente en silencio, oí gritos de celebración de gente que bebía en los bares de la calle de detrás de mi edificio. Respiré profundamente para no llorar, pero todo estaba bien, todo estaba bien, me insistía a mí misma. Aquello era más alivio que tristeza.

A la mañana siguiente, antes de ir a la universidad, llamé a la consulta de mi ginecóloga y concerté cita para el martes. En cuanto llegué a mi despacho en el laboratorio, volví a llamar a la secretaria y cancelé la visita. La doctora Nívea se ocupaba de mí desde hacía tres años y no tenía queja alguna, me indicaba medicamentos acertados para los cólicos y la cistitis y me había recetado antibióticos con una naturalidad reconfortante. Ese era precisamente el problema. La complicidad casi maternal de la doctora Nívea, una mujer de cincuenta años, robusta y con un apretón de manos cálido y firme, siempre con el pelo negro bien peinado hacia atrás y carmín rojo en los labios, era lo que ahora me asustaba, cuando se trataba de poner fin a un embarazo. El tono empleado por ella en nuestras consultas se acercaba más al de una sexóloga para adolescentes que al de una mujer adulta e informada que pudiera ser considerada una cómplice en las cuestiones más espinosas de la vida adulta. Siempre me preguntaba si practicaba el sexo con protección y utilizaba eufemismos infantiles como «ahí abajo» y «ñaca-ñaca». Tenía la sensación de que, por mucho que fuera una médica competente, tenía una visión machista de la mujer como criatura reproductora y esclava de las hormonas, y creía en aquel mundo idealizado en el que el sexo podía ser una forma de interacción humana plenamente consensuada, planeada y segura, en el que nada

podía salir mal si había información, buena fe, respeto y una inclinación moral adecuada. Sentí en mi interior que sería un error tratar el tema del aborto con ella. El peligro era justamente que me recibiese con excesiva empatía, cuando lo único que yo quería era una dirección anotada en un papel.

También podía comprar un puñado de pastillas de Cytotec a cincuenta reales cada una a algún vendedor ambulante de la calle Vinte e Cinco de Março, dejarlas treinta minutos bajo la lengua, tragármelas y esperar los cólicos y la hemorragia que pondrían fin al asunto o me garantizarían ser atendida en el hospital. Era la alternativa más privada y barata, pero no tenía estómago para eso.

Encendí el ordenador jurásico de mi mesa de trabajo, un PC amarillento al que yo llamaba mi juguetito Pense Bem, abrí una ventana del navegador anónima e hice búsquedas sobre procedimientos abortivos. Cuando mucho más tarde llegó Sabrina, posdoctoranda que compartía despacho conmigo, tuve que cerrarla. Abrí otra, entré en Facebook y fui pasando la lista de amigos en la pantalla. Allí estaba Rita, compañera de clase que había abortado en el tercer año de instituto, después de que dos tíos se propasaran con ella durante una excursión escolar a la playa de Ferrugem. Me acordé también de Marta, la hermana mayor de Gil, un tío con el que salí unos meses en la época del *Orangotango*. Había abortado dos veces simplemente porque no quería tener hijos, lo que entonces me sonó extravagante y un tanto inmoral. Marta me había contado que, en ambos casos, los proveedores de esperma estuvieron de acuerdo con la decisión, aunque el desastre sobrevino, respectivamente, en forma de ruptura y divorcio. Pero Rita y Marta vivían en Porto Alegre. Si las estadísticas eran correctas, casi un tercio de las mujeres a mi alrededor en São Paulo habían interrumpido o interrumpirían una gestación.

De repente, me acordé de quién podría ayudarme. Salí del despacho, bajé las escaleras, pasé temblando de miedo y rabia por delante de los galones de disolventes orgánicos altamente inflamables que aún estaban abandonados en los pasillos del pabellón, entré en el siguiente pasillo a la izquierda, lo recorrí hasta el final y llamé a la puerta de

Vanessa Lieberknecht, la profesora más poderosa del departamento de Bioquímica, una figura infatigable que dirigía investigaciones punteras sobre reacciones redox y una de las dos mujeres que integraban el Consejo Deliberativo del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico junto a dieciséis hombres. Además de eso, decían que había escrito en su juventud un libro sobre juegos de rol que había sido muy popular, y que a día de hoy seguía jugando con un grupo de amigos. Cuando llegué a la universidad me daba miedo incluso estar cerca de ella, pero hacía cosa de un año que habíamos mantenido una conversación un tanto íntima, lubricada con mojitos, durante la fiesta de defensa de tesis de uno de sus doctorandos en un karaoke de Liberdade. Vanessa y su marido, un investigador en bioinformática, se habían conocido en la universidad y tenían dos hijos pequeños. En algún momento de la noche habíamos cantando juntas «A maçã» de Raul Seixas en el karaoke. Ella había formado parte de la coral del colegio y a mí tampoco se me daba mal, de modo que arrancamos aplausos del público. De vuelta a la mesa, tras las bromas sobre nuestro talento como cantantes la conversación acabó derivando hacia el trabajo al que nos dedicábamos, y yo le pregunté cómo conseguía conciliar tan bien trabajo y maternidad. Mientras un fortachón con camiseta sin mangas y pantalones militares cantaba «Woman in Chains» de Tears for Fears con sorprendente desenvoltura, me contestó que, la verdad, no lo conseguía, y dibujó un panorama de crisis conyugales trimestrales y falta de convivencia con los niños. Me preguntó si planeaba tener hijos. Lo negué con una firmeza un poco falsa, pues en ese momento lo consideraba una cuestión pendiente y todavía veía el mundo como un lugar que sí, por qué no, podía mejorarse de cara a futuras generaciones. En un arranque de franqueza, me confió que recientemente había abortado del que hubiera sido su tercer hijo.

Vanesa no estaba en su despacho cuando fui a buscarla, pero le envié un e-mail y me respondió diciéndome la hora a la que podría atenderme. Ella creía que el motivo del encuentro era la segunda calificación y me aseguró que el nuevo tribunal me aprobaría, ya que los entresijos de la reprobación anterior habían circulado por todo el

Instituto de Química y eso había hecho mucho daño a César. Fue reconfortante oír aquello de una mujer a la que admiraba tanto. Podía imaginar a Vanessa convirtiéndose en rectora algún día, ella que conseguía imponer sus puntos de vista en las altas esferas institucionales, jugando a la misma altura que los hombres en el Olimpo del politiqueo académico, todo eso sin perder del todo la gracia y la levedad. Del mismo modo que me resultaba fácil imaginármela como la empollona de rizos rubios que había ingresado en la universidad hacía dos décadas. Me entraron ganas de confesarle que a veces la observaba de lejos con fascinación, viendo cómo alternaba continuamente al angelito vulnerable con la líder de la manada, esbozando una sonrisa dentuda para, a continuación, comprimir los labios en tensión, pareciendo dispuesta a arrullar y destripar a sus interlocutores varias veces en la misma conversación, independientemente de que fuesen estudiantes asustados o colegas con quienes disputaba fondos y recursos. Se preocupaba por mí, era evidente, pero yo no ignoraba que nuestra relación aún era más de buena voluntad que de amistad.

Tuve que esperar el momento en que la conversación se estancara para sacar a colación el verdadero motivo por el que había ido a verla. Le siguió un momento muy extraño en que ella se volvió la Vanessa-líder-de-la-manada y me miró fijamente como si hubiese sobrepasado un límite prohibido. Después de un silencio incómodo durante el que pensé simplemente en disculparme y levantarme, mudó por completo la fisonomía, como si comprendiese de repente que no le habría planteado el tema a ella si hubiera podido recurrir a otras personas. Incorporó pues a la Vanessa angelical y me pidió que le explicase mejor mi situación. A continuación, me contó que ella había pagado cinco mil reales por un aborto en la novena semana de gestación. No tenía el contacto de la clínica a mano, pero lo buscaría por casa. Unos días más tarde me envió un e-mail con el asunto «En nombre de la ciencia» y con un número de teléfono en el cuerpo del mensaje. Y ahora allí estaba yo, en el Largo da Batata, describiendo un zigzag entre la manada de transeúntes, rumbo a un callejón residencial situado en el sector más de

clase media del barrio.

Abandoné la infestación de la plaza, caminé unas manzanas por la calle de los Pinheiros, entré en una travesía y anduve un poco más hasta el callejón marcado con una estrellita en Google Maps. El edificio era una casa gris de dos plantas, sin jardín, a la que se entraba por una puerta menor que se abría en el portón del garaje. Me coloqué bajo la cámara de vigilancia y pulsé el interfono. La puerta se abrió en unos segundos. A las nueve y media de la mañana me hicieron un análisis de sangre para confirmar el embarazo. Salí para matar el tiempo y entré en la primera panadería que encontré. Debía seguir en ayunas, de modo que distraje el hambre viendo los timelines de Twitter y Facebook, desviando a veces la atención hacia la televisión del local, donde Ana Maria Braga y el Louro José hablaban con un especialista en zumos détox que sometía una variedad de frutas frescas a procesos de licuación, y poco a poco me fui deslizando hacia un nivel de conciencia semejante al sonambulismo.

Volví a la clínica a las once. Mi aborto de una gestación en la séptima semana costaría cuatro mil reales y el médico tenía hora a media tarde. De nuevo en la calle, consulté el extracto bancario por la aplicación del móvil. Tras pedir información en un quiosco de la esquina, me acerqué hasta la sucursal del Banco do Brasil más cercana e hice una transferencia. Caminé al azar, entré en tiendas de baratijas. A las dos y cuarto, regresé otra vez a la clínica.

El médico era un hombre casi calvo, delgado, bien afeitado y de aspecto tranquilo. Antes de ponerse la mascarilla quirúrgica, me advirtió de que me sedarían, solo un pinchacito, y que, cuando me despertase, podría sentir un poco de dolor y permanecería en observación durante una o dos horas antes de que me dieran el alta. No me proporcionó ningún detalle sobre el procedimiento, pero sabía que me introducirían una cánula en el cuello del útero para succionar al vacío el feto, o «el material», como leí en un testimonio anónimo que encontré en internet, escrito por una ginecóloga que hacía horas extras en una clínica abortista. Justo antes de tumbarme en la camilla, me subió un temblor por la garganta que expulsé en forma de aliento

caliente y con olor a algo fermentado. Oler el propio hálito, ser consciente del efluvio que subía del propio interior, resultaba siempre una experiencia desconcertante. Ciertas formas en las que el cuerpo impone su presencia no podían significar sino la existencia de una inestabilidad emocional. Andrei había escrito en alguno de sus libros que la depresión no era más que el cuerpo haciéndose notar, imponiéndose, domando la mente con fuego y látigo, hasta que esta se doblegaba a sus necesidades. Mi propio mal aliento era el estallido del látigo, y mi mente quería encogerse. Pero no tenía ninguna duda acerca de lo que deseaba hacer. Mi miedo se reducía al miedo común que todos sentimos a las puertas de una intervención médica, un instinto insurgente contra la violación física. La cuestión no era tanto el dolor como la repentina percepción de estar absolutamente sola, junto con la ansiedad que aparecía cuando estaba a punto de que me tocaran donde no solían tocarme o no aceptaría que me tocasen, la sensibilidad de interiores recónditos que jamás deberían ser estimulados. Me sedaron con Dormonid inyectable, la misma anestesia que, en su versión oral, era conocida como «Buenas noches, Cenicienta», una de las favoritas de abusadores y violadores. Saboreaba esa ironía cuando el médico me pidió que contase del diez al uno.

Me desperté sintiendo un cólico vitriólico. Me dieron comprimidos contra el dolor. Dos horas después me dirigía a casa en taxi, con una bolsa de farmacia que contenía un paquete de compresas. En palabras de la chica mofletuda que cuidó de mí en la sala de recuperación, era normal tener pérdidas leves, «casi como una regla», durante unos días. Podría volver a mi actividad habitual en dos o tres días, en caso de no haber «desajustes emocionales». Anochecía. Por la ventanilla del taxi, cuyo cristal estaba cubierto de una película oscura, São Paulo me parecía bonita por primera vez en mucho tiempo, sombreada en rojo, amarillo y verde por las luces de los vehículos y semáforos, y bañada en un azul cavernoso de procedencia indistinguible. Una belleza de luces artificiales donde después del fin del mundo solo quedaría la oscuridad. En la comodidad del asiento trasero del coche, que parecía resguardarme de la hostilidad de fuera como la cabina de una nave

espacial, me vino a la cabeza la imagen de un bebé con los ojitos un poco achinados de Antero. Ya lo esperaba, y lo recibí sin alardes. Si no era bien acogido en mi introspección, no lo sería en ningún lugar. Tranquilizado, el bebé fue desapareciendo poco a poco dentro de la oscuridad de mi mente, como si se durmiera. Las curvas del trayecto hacían que mi sien se pegara y despegara del cristal del coche, que se fue poniendo pegajoso con la grasa de mi piel.

Mi fin de semana de recuperación fue un recorrido un tanto delirante de analgésicos, vasos de Ovomaltine batido con leche en la licuadora y sesiones de lectura de artículos y ajustes en el PowerPoint. Llamé a mis padres el sábado por la mañana a primera hora. Contestó mi madre y, ya fuera porque llamaba a un horario poco habitual, o quizá debido al efecto de mi «hola» pastoso en su oído sagaz de madre, me preguntó al instante qué me pasaba. Dije que no me ocurría nada, que me acababa de levantar, solo eso. Ella estaba cocinando una corvina al horno con patatas para el almuerzo. Me explicó que le dolía un hombro y que sospechaba que se trataba de bursitis, me preguntó sobre el nuevo examen de calificación y quiso saber qué pensaba sobre la polémica que se había desatado en torno a los archivos de Andrei. Yo había seguido el «debate» por Facebook. La novia de Andrei, una tal Francine, que me recordaba un poco al actor francés Louis Garrel, estaba protagonizando una cruzada para eliminar no solo hasta el último material inédito dejado por él, sino también sus perfiles y contenidos en las más variadas redes sociales. Al parecer, el famoso rechazo de Andrei a las redes, de las que se había retirado unos años antes de que lo asesinaran, era la tapadera de un montón de perfiles falsos que mantenía en Facebook y Twitter, por no hablar de un gran número de cuentas en aplicaciones de citas y redes sociales antiguas o menos populares. Francine explicó a la prensa que Andrei las utilizaba sobre todo como fuente de investigación para su ficción, aunque algunas cuentas fueran de uso personal. También publicaba textos en una página de Tumblr que había sido descubierta de algún modo por uno de sus fans, y la *Folha de São Paulo* había reproducido uno de ellos en la última página del suplemento cultural «Ilustríssima», generando toda

una discusión sobre los derechos de un texto disponible en la red tras la muerte del autor responsable de un blog anónimo. Francine tenía una especie de testamento firmado por Andrei, registrado ante notario, en el cual determinaba, entre otras cosas, que sus escritos literarios inéditos, documentos, logs de chats y presencia online en su conjunto fuesen eliminados en caso de muerte. También le había dejado en un sobre sellado un listado con todos sus nombres de usuario y contraseñas. Francine estaba librando ahora una guerra personal con editores, periodistas y páginas web que negaban los medios para eliminar los contenidos. La familia de Andrei había divulgado solamente un comunicado en el que decía que su hijo era muy reservado en relación con sus procesos de trabajo y que esperaban que su deseo expreso en vida fuese respetado. Mi madre daba la razón a Francine. Yo creía que esta tenía que haberse inventado buena parte de todo aquello para llamar la atención y, aunque su actitud se basase de hecho en los deseos e indicaciones de Andrei, seguía siendo una idiotez. Él estaba muerto, había vivido en la época de internet y se había ensuciado las manos en él, había ayudado a «inventar» internet como medio de publicación en los años noventa con sus cuentos y experimentos literarios en el *Orangotango* y en otras publicaciones digitales de todo Brasil, y aquella cruzada por la privacidad era, a mi juicio, una tontería egocéntrica. Mi madre le pasó el teléfono a mi padre, quien, después de haberse recuperado bien de la operación, parecía haber canalizado su indignación general con el estado de las cosas en un odio festivo hacia el Partido de los Trabajadores.

—¿Has visto que a la guerrillera la están salpicando todos esos chanchullos de la Petrobras? —celebró—. Adiós, reelección.

—Lo único que sé es que ha sido buena para las mujeres investigadoras, papá. Llámame pro PT si quieres.

—No digas eso, hija, que sufro del corazón. No mates a tu padre de un disgusto.

—La voto por puro interés. Necesito las becas de investigación. Ideológicamente, soy anarcocapitalista.

—Tú ve haciendo bromitas, hija. La última vez que este país sufrió

una crisis, tú eras demasiado joven para entenderlo. Ya verás que no tiene ninguna gracia.

Casi nunca hablábamos de política en casa, y las pocas veces que surgía el asunto, la conversación se transformaba en un cuidadoso juego cuyo objetivo era evitar cualquier forma clara o radical de posicionamiento. Con mis padres resultaba más fácil hablar de sexo sentados a la mesa que de política. El primer tema era más incómodo, casi prohibido, pero cuando salía a colación, era capaz de sacar de nosotros posiciones adultas y firmes. Desde la adolescencia hasta el presente, nos enorgullecíamos, como familia, de hablar abiertamente sobre enfermedades venéreas y aborto en el intermedio del culebrón, y por eso sabía que mis padres estaban «a favor de la vida», y que para mí y para ellos la expresión tenía significados muy distintos, y que encajar en la misma ecuación la vida de un cigoto y la de una mujer adulta versada en feminismo y biología podía ser complicado. El segundo asunto, la política, era más trivial, pero solo en sus modalidades más frívolas y pueriles, únicamente una escala por encima de la meteorología en el ámbito de las conversaciones para rellenar espacios vacíos. Por eso era raro, para mí, que mi padre se volviese de repente una persona de derechas un poco grotesca, de las que introducían sus provocaciones en conversaciones sobre temas no relacionados con el asunto. Era casi como si el infarto hubiera dejado una sutil secuela neurológica. O tal vez solo eran los vientos un tanto siniestros que se hacían notar en las calles y el telediario.

Por mi parte, desde mi última visita a Porto Alegre, aún me dominaba aquella fatiga existencial. Cansancio que aniquilaba cualquier impulso de indignación. Ocho meses atrás, me había manifestado por las avenidas de São Paulo con un grupo de amigos de la universidad y me había dejado llevar por la catarsis de la multitud y sus gritos de guerra no partidistas contra el Mundial de fútbol, la corrupción, los agujeros sanguinolentos provocados por las balas de goma de la policía en la espalda, los brazos, los ojos de los manifestantes. Durante unos días, existió la impresión de que sería posible cambiar algo. Suprimieron los aumentos en el precio de los

billetes de autobús y el gobierno se humilló en un intento de responder a la presión de las calles con migajas de promesas, una reivindicación atendida aquí y allá, algunas piezas de propaganda vergonzosas. Daba casi para agarrarse a aquello a fin de albergar un poco de esperanza en el futuro. Pero después de la marcha, cuando las decenas de miles de personas se dispersaron, caminé en busca de un taxi entre latas de cerveza vacías y carteles con consignas dejados atrás, las rodillas doloridas y las pantorrillas endurecidas por el ácido láctico, desde la avenida Brigadeiro Faria Lima hasta mitad de la calle Rebouças y, al llegar a casa, me asaltó una sensación de futilidad y desperdicio. Tuve la convicción de que nada iba a cambiar, de que nada *podía* cambiar.

Lo que más se me quedó de aquella llamada telefónica fue la mención de mi madre a Andrei. Ahora que ya no existía, era como si volviese a estar cerca de mí y pudiese apoyarme y entenderme. Era un tanto absurdo, ya que nuestro trato se había enfriado años atrás. Imaginé que habría simulado su propia muerte y que en aquel preciso instante observaba las consecuencias de su salida de escena desde una cabaña aislada en la costa uruguaya, con sus cigarrillos y papeles dispuestos en una mesa rústica de cara al mar, acompañado de media docena de libros y un portátil con conexión por satélite, escribiendo una novela que acabaría estratégicamente colocada en algún sitio de modo que pareciese ser un original póstumo en el cual su propia muerte y las repercusiones de la misma ya estarían previstas con espeluznante exactitud. Era la clase de cosa que podría haber hecho.

Me acordé, no sé por qué, de una vez que salimos los dos de fiesta, borrachos y enfadados con la vida, cada uno con sus motivos, y él propuso que fuéramos en coche hasta Cidreira para ver cómo despuntaba el sol sobre el océano. En aquella época nadie se lo pensaba dos veces antes de conducir borracho, no había ningún tipo de control al respecto y casi ninguna noción del peligro, de modo que fuimos a ciento veinte por hora hasta la playa, escuchando una cinta de casete con el primer disco de PJ Harvey. Andrei conducía un Ford Del Rey gris con asientos de piel color crema, un viejo cacharro elegante y lleno de ruidos extraños, parecía que el suelo del coche iba a desprenderse en

cualquier momento. Le gustaba contar que se lo había comprado a un ganadero de la frontera, que era un vehículo de lujo cuando fue lanzado, y ahora valía menos que una motocicleta de baja cilindrada. Aquella noche de 1999 fue posiblemente el clímax de mi sensación de ser joven. Él, Antero, nuestros amigos de la facultad y del fanzine, y yo, todos bromeábamos con que aquel sería el año insuperable de nuestras vidas, sin saber que teníamos razón. Charlamos dentro del coche hasta que el sol empezó a calentarnos el pecho a través del parabrisas, asegurándonos uno al otro que nuestras frustraciones sexuales y afectivas y la ignorancia general del mundo no serían obstáculo para nuestras gloriosas trayectorias, que éramos muy buenos en lo que nos gustaba hacer y se nos acabaría reconociendo. En algún momento, apoyé la cabeza en su hombro, creo que fue la única vez en que se me pasó por la cabeza follar con él, pero no ocurrió nada. Sabía que aquella aurora junto al mar se convertiría en una escena en alguno de sus libros, lo que de hecho sucedió.

Una de las obras favoritas de Andrei era *El mito de Sísifo*. Me había dicho, en el semestre que fuimos colegas en la facultad de comunicación, antes de pasarme a biología, que todos los dilemas filosóficos tarde o temprano regresaban a la reflexión de Camus en ese libro. Si perdíamos la fe en la *terquedad* de empujar aquella piedra montaña arriba una y otra vez, a pesar de que el castigo divino determinaba que siempre rodaría de vuelta al pie de la misma, llegaría un momento en que nos quedaríamos sin nada, absolutamente nada. Me retorcí en la cama al pensar en aquello, apretando las piernas y comprimiendo los músculos de la barriga. De vez en cuando mi útero aspirado asomaba a la conciencia y me gañía como un perro recuperándose de una operación, plantado en medio de la habitación con un collar isabelino sujeto al cuello. Abrí el portátil, guardé y cerré el archivo de PowerPoint y, sin pensar mucho en lo que hacía, escribí una carta que le enviaría a Andrei si estuviera vivo. En ella le decía, básicamente, que Sísifo había tenido suerte de vivir en la Antigüedad. Si viviese ahora, sabría demasiado sobre la piedra, sobre la montaña y sobre sí mismo para entregarse eternamente al absurdo de su tarea.

Sabría demasiado sobre la tarea en sí. Tendría la ciencia y la tecnología. Tendría la historia de los últimos dos mil años y la nube de información. Tendría la superpoblación de Sísifos, los multiversos de los Sísifos. Si fuese una criatura de nuestro tiempo, Sísifo leería *El mito de Sísifo*. Llegaría al punto en que no entendería nada más, ni siquiera la libertad que había logrado encontrar en su castigo. ¿Qué pensaría si su absurdo heroísmo apareciese en forma de zonas de color en imágenes de resonancia magnética del cerebro, producidas en laboratorios de neurociencia? ¿Qué quedaría de su rebeldía en medio de consideraciones sobre el gasto calórico y explicaciones evolucionistas para el juicio moral del ser humano? Ni siquiera podría seguir creyendo en los dioses. No le quedaría ni la obediencia. Solo le restaría la prisión, la monotonía de la tarea.

Publiqué la carta a Andrei en mi página de Facebook. Se perdió en la cascada de publicaciones sobre él que inundaban internet desde su muerte. Era mucho más de lo que se podía prever, y no paraba, solo aumentaba. Pensé que, si estuviese vivo en algún lugar, siguiendo en secreto las consecuencias de su propia muerte, seguro que acabaría dando con mi texto. Quizá me enviara una pequeña señal de reconocimiento. Un GIF animado de Sísifo y su piedra. Un emoticono guiñando el ojo.

Sin embargo, quien contactó conmigo aquella tarde, unas dos horas después de haber publicado el texto, fue Emiliano. Nos habíamos intercambiado los números de teléfono la noche del Sabor Um, tras el entierro de Andrei. Recibí un «hola» por WhatsApp, me preguntó si podía hablar y le pedí que me telefoneara, ya que quería hablar de verdad con alguien.

—¿Va todo bien? —me preguntó después de los saludos de rigor.

Fue la cosa más rara del mundo, pero escuchar su voz me proporcionó un enorme alivio. Era como recibir la llamada de un hermano mayor con quien no hablaba desde hacía años. Un hermano mayor por quien albergaba una atracción física difusa, un hechizo inofensivo en la práctica pero que, precisamente por su carácter incestuoso, nunca desaparecía. Emiliano no era mi hermano, pero era

gay, y, si eso no llegaba a imponer una barrera, era suficiente para conferir un aura de contravención a mi sentimiento. A veces, el alineamiento ideal de todos esos factores provocaba un deseo inesperado, pero muy concreto, que saciaba mirando sus fotos en internet. En ellas, Emiliano parecía orgulloso de su cuerpo de albañil que mantenía a base de ejercicio, una forma física que contrastaba con las ojeras, los párpados hinchados de cerveza, los cigarrillos y el insomnio del cual se quejaba y se jactaba al mismo tiempo. Era uno de esos hombres que mantenían la buena forma solo para no tener que abdicar de los vicios. Me gustaba el conjunto. Pero también sabía que yo era físicamente invisible para él.

—He leído tu post dirigido a Andrei —dijo Emiliano, después de que yo le mintiera y le dijera que estaba genial—. Recuerda un poco a las cosas que escribías en la época del *Orangotango*. Me ha molado, pero también me ha parecido un posible síntoma de…

No concluyó.

—¿Depresión? —aventuré.

—Iba a decir soledad. Falta de personas vivas con quienes conversar.

Fue como si me hubiera tragado una espina de pescado y ahora tuviese que decidir entre meterme el dedo en la garganta o dejar que bajara.

—Siempre he sido un poco solitaria, ¿no crees? ¿Te acuerdas de mi tatuaje en la muñeca?

—Son unas letras.

—R, T, E, S. Es un acrónimo. *Remember to enjoy solitude*.

—Creo que nunca me dijiste lo que significaban.

—Nunca se lo expliqué a nadie.

—¿Es una cita de alguna canción?

—No, solo algo que no paraba de decirme a mí misma cuando era más joven. Un recordatorio. Me descubría sufriendo cuando estaba sola y de repente recordaba lo mucho que sufría el resto del tiempo por desear estar sola. Hoy en día ya no necesito tanto acordarme de eso, pero el tatuaje me recuerda que fue así alguna vez, es bueno. Pero estoy bien. Me alegra que hayas llamado. He escrito el texto

imaginando que Andrei estaba vivo en algún sitio, entrando en internet para ver cómo su muerte había afectado al mundo. Decidí publicarlo un poco en broma. No se ha puesto en contacto contigo, ¿no?

Emiliano rio.

—La verdad es que no tenía que saberlo nadie, pero está en la casa de campo de mis padres. Fingió su muerte con la ayuda de amigos poderosos y decidió plantar sandías hasta el fin de sus días.

—¿Aquella casa donde pasamos el cambio de milenio?

—Sí, esa.

Habían pasado casi quince años, pero me acordaba de los palmitos que no había vuelto a ver en ningún lugar, de los jacus y seriemas que avistamos en las sombras del camino de tierra, del yarará que Antero encontró bajo una piedra y que Emiliano mató con un palo enorme, de bañarnos en el embalse lodoso y cagar en el bosque, de la sofocante tienda de campaña en la que dormí con mi novio de entonces, de un potro recién nacido, de cementerios antiguos ocultos en medio de la vegetación, con tumbas de piedra sueltas y cruces confeccionadas con ramas de árboles, del silencio y del aislamiento que parecían dejar el lugar fuera del alcance de la civilización y de los cataclismos que tal vez pudiesen destruirlo.

—Estoy de broma, Aurora, evidentemente —dijo Emiliano, creyendo que mi pausa para rememorar era una falta de reacción ante una interpretación literal de lo que había dicho.

—Ya lo sé. Estaba recordando la casa. ¿Todavía existe?

—Sí. No he vuelto a ir, pero mis padres van de vez en cuando para ver cómo va todo. Está muy abandonada. Ha crecido la maleza y creo que solo hay unas cabras sueltas. Por otro lado, hace unos años que tiene luz eléctrica y cuarto de baño.

—Molaría volver algún día.

—Podemos hacerlo. Un tema más sobre el que poder charlar después. Todavía no te he contado el motivo de mi llamada. Estoy escribiendo sobre Andrei y quería hablar contigo. Entrevistarte.

—¿Qué estás escribiendo? ¿Un perfil?

—Un texto sobre él.

—¿Un artículo para una revista?

—Una biografía.

—¿Una biografía de *Andrei*?

—Sé lo que estás pensando. Que es demasiado pronto. Que Andrei nunca la hubiera querido.

—No es exactamente eso lo que estoy pensando. No sé decirte bien qué es. Es solo que…

Emiliano suspiró al otro lado de la línea. Oí cómo se abría la tapa de su famoso Zippo de Jack Daniel's.

—Antes o después alguien va a escribir su biografía, Aurora. Eso fue lo que argumentó la persona que me convenció para que aceptara el trabajo. Hay montones de imbéciles queriendo hacerla. Yo puedo hacer un trabajo digno sobre quién era él.

—¿No resulta perturbador escribir una biografía de una persona que fue tan íntima?

—Nunca fuimos íntimos. Hacía años que no hablábamos.

—Ya me entiendes, Emi. Fuimos todos del mismo grupo de amigos. Es raro que alguien *de dentro* haga eso. ¿Entiendes? Además, esta conversación sobre una biografía parece que lo mata para siempre, o de nuevo. Creo que todavía no he llegado a aceptar que esté muerto.

—Quería hablar sobre eso contigo en persona. Me gustaría que nos viéramos en São Paulo dentro de unos diez días. Voy a pasar una semana allí haciendo entrevistas.

Emiliano tenía razón. Alguien acabaría escribiéndola. Y, a medida que pensaba más en el tema, más difícil se me hacía no sospechar que Duque *desearía* una investigación póstuma sobre él, a pesar de haber conspirado para eliminar su rastro virtual. Versos de la misma canción. Me lo imaginé de nuevo en su escondrijo, saboreando las ramificaciones de la propia muerte.

—¿Te acuerdas de que Andrei decía que Andy Kaufman estaba vivo? ¿Qué aparecería décadas después para rematar el mayor chiste de todos los tiempos?

—¿Qué? No, no me acuerdo. ¿Qué tiene que ver?

—Nada, estoy aquí desbarrando. Claro que podemos hablar sobre él,

Emi. Solo que tendrá que ser después de mi examen de doctorado, que será el 4 de abril. Hasta entonces no voy a ser capaz de dar pie con bola.

—Vale. El 4 es viernes, podemos quedar el fin de semana o a la semana siguiente, si hace falta me quedo un poco más. ¿Qué examen es ese?

—El nuevo examen de calificación de doctorado. Me suspendieron el primero, ¿te acuerdas? Os lo expliqué en el Sabor Um.

—Es verdad. El reloj biológico de las plantas. Un profesor te jodió en el tribunal, ¿no?

En resumen, era eso, pero ¿cómo podría explicarle a Emiliano la historia completa, que no se trataba solo de la pequeña desavenencia con César y la reprobación, sino la historia de toda mi vida en los últimos diez años? César Moreira era uno de los capos del departamento de Bioquímica en el área de bioenergía. Había sido uno de los designados por el programa de posgraduación para integrar el tribunal que iba a evaluarme. César siempre me había parecido un tipo simpático, a pesar de tener un aliento terrible. Era amable conmigo en los pasillos del Instituto y una vez, cuando se estropeó mi congelador, me cedió espacio en el suyo para guardar las muestras de caña y ARN hasta que lo arreglaran. Yo lo idealizaba un poco, como tendía a hacer con cualquiera que hubiese dedicado su vida a la ciencia y la universidad. El adjetivo que me venía a la cabeza al pensar en él era «sólido». Tenía la impresión de que, si se me presentaba la oportunidad de conocerlo mejor, descubriría que había hecho algo increíble lejos de la vida académica, como correr una ultramaratón o ganar un concurso internacional de cocina.

Pocos días después de la designación de los componentes de mi tribunal, fui a almorzar sola a uno de los restaurantes de la universidad cercanos al departamento de Química. Estaba comiendo con prisas, ya que tenía que volver a casa para recibir al fontanero que iba a arreglar la cisterna del retrete, cuando César me pidió permiso para sentarse a la mesa conmigo. Me sorprendió verlo allí, pero el restaurante estaba lleno y él estaba obligado a compartir la mesa con alguien, de modo

que no le di importancia. Aunque no debía de tener mucho más de cincuenta años, tenía una voz de abuelo cariñoso que parecía salida de un anuncio de televisión navideño firmado por una gran empresa. César acababa de empezar a comer cuando tuve que irme para no perder el autobús. Al día siguiente, me envió un e-mail lamentando que me hubiese marchado tan pronto y proponiéndome que quedásemos para tomar un café y charlar. Aquello me pareció raro, y mucho, ya que profesores como él no se mezclan así como así con la plebe. Cuando comenté el asunto con Matias, otro becario de mi laboratorio, me dijo, con la sincera intención de gastarme solo una broma, que, si me ponía un vestido corto, seguro que me aprobaban. Podría haberle hablado a Emiliano de aquella ocasión, hace años, en que me vino la regla en medio de una prueba del máster, un inconveniente con potencial de calamidad, ya que llevaba puesta una falda blanca. Fui hasta el profesor, le expliqué la situación y pedí ir al lavabo. Lleno de comprensión y benevolencia, me dio permiso. Dos días después salieron los resultados y comprobé que había sacado una C, a pesar de haber respondido exactamente del mismo modo que el alumno cuya prueba fue referencia para la nota máxima. Fui a pedir explicaciones al departamento y descubrí que el profesor me había acusado de ir al baño a copiar, lo que no solo era falso, sino también una insinuación ridícula en un entorno de posgraduación. Me dio vergüenza enfrentarme a él, y aquella marca negativa permaneció en mi currículum, como un recordatorio de que debía demostrar más que los hombres para llegar al mismo lugar.

Lo que yo no había entendido, cuando Matias hizo su pequeña broma, era que tenía razón. Días después de entregar el resumen de la presentación a los evaluadores, César volvió a interceptarme en el pasillo. Hablamos un poco sobre *Juego de tronos* y acerca de un trabajo de reciente publicación sobre el revolucionario sistema CRISPR/Cas9 de edición de genes, lo que pronto disipó mis sospechas y mi malestar. Sin embargo, de repente César declaró que había encontrado algunas deficiencias inesperadas en mi resumen, que había percibido la falta de ciertos experimentos, un hecho que lo había sorprendido mucho. Era

un comentario inadecuado. No debería abordar la cuestión conmigo. Y entonces añadió algo sobre la importancia de ser lista en el medio académico y de saber relacionarme con la gente. Asentí con la cabeza, callada, en estado de shock. Fue muy sutil, pero para mí el mensaje era inequívoco. Después de volver la cabeza a ambos lados y acariciarme un hombro, César se despidió y me dejó plantada sola en el pasillo.

No era posible cambiar el examen a otro día o intentar sustituir a un miembro del tribunal. No había ningún suplente disponible para la fecha fijada. Podría haber intentado que Emiliano entendiera cómo aquella frustración se fue transformando en rabia, cómo la incertidumbre con respecto a mi lectura de la situación se fue mudando en impotencia, y aun así quizá me resultaría difícil explicar por qué me acerqué a César aquella otra tarde, días después de la mano en el hombro en el pasillo, y le sugerí que apagase el cigarrillo que estaba fumando. Yo iba por el corredor de la planta baja cargada con una caja de porexpán llena de hielo seco y vi a César hablando con un hombre justo al lado de las pilas de bombonas azules que contenían disolvente orgánico, fumando como si a dos metros de él no hubiese material inflamable suficiente para hacer explotar todo el Instituto de Química. De todos modos, estaba prohibido fumar en todo el edificio, y César desobedecía habitualmente dicha prohibición, como si su currículum rebosante de artículos en la plataforma Lattes le liberase de seguir las normas de seguridad. Pero aquello era simplemente demasiado. Ya me había quejado ante la administración acerca de aquellas bombonas almacenadas de modo irregular y olvidadas allí, y había obtenido como respuesta que un procedimiento burocrático estaba retrasando la contratación de la empresa que recogía y desechaba los disolventes. No parecía importarle a nadie, solo a mí. En la escena que tenía delante, mis dos fuentes de exasperación se fundían de forma diabólica, y perdí el control. Cuando me di cuenta, estaba interrumpiendo la conversación de los dos hombres y diciendo, con toda la dulzura posible en la voz, que estaba prohibido fumar allí, más aún cerca de *aquello*. Señalé el montón de bombonas y fruncí el ceño. Nunca supe quién era el interlocutor de César en aquel momento, pero debía de ser

alguien importante, ya que César comenzó a temblar de rabia y tardó varios segundos en balbucear que fumaba donde se le antojaba y que agradecía mi preocupación. Entonces repliqué que no veía otra alternativa y que presentaría una queja ante la administración de la universidad, cosa que no tenía la menor intención de hacer. César respondió que esperaría ansioso la llegada de la advertencia y, después de una rápida mirada de incomprensión, como si no creyera demasiado en el diálogo que acababa de entablar con aquella doctoranda, siguió hablando con el hombre. Ya les había dado la espalda y me alejaba de allí, cayendo en la cuenta de lo que acababa de provocar, cuando volví a oír la voz mansa de César.

—Jane Henderson.

Me detuve, pero no me giré.

—*Paris, Texas*, ¿no? Gran película.

Esa vez sí me di la vuelta, pero él ya no me miraba, si es que lo había hecho antes. Había proseguido su conversación con el hombre. Mi cuerpo oscilaba tanto que temí dejar caer al suelo la caja de porexpán llena de hielo seco. Me olvidé del material que iba a buscar en mi congelador y regresé a mi mesa en el laboratorio. Jane Henderson era el nombre del personaje que interpretaba Nastassja Kinski en el filme de Wim Wenders, pero janehendersonlove era mi alias en Chaturbate, donde una o dos veces al mes me exhibía en directo por la cámara de la pantalla de mi portátil. Era posible que César entrara en la página con suficiente frecuencia para dar con mi sala de chat por casualidad, aunque lo más probable es que alguno de sus alumnos me hubiera reconocido y se lo hubiera contado, a él y a saber a cuántas personas más. Nunca lo sabría. Mi cámara en Chaturbate no encajaba en el estándar predominante de sexo explícito mercantilizado que era practicado por la mayoría de los usuarios. Cuando entré por primera vez en la página web llevada por la curiosidad, en busca de algo inesperado y excitante, no me estimuló nada la dinámica de paga-para-ver-tetas que predominaba en las salas de chat. Lo que imaginaba como un terreno transgresor de exhibicionismo se reveló, en un primer momento, una galería de *peep shows* poco inspirados, que solo imitaban

los clichés de la pornografía hecha para hombres. Chicas canturreando hip hop con sonrisas artificiales, agradeciendo robóticamente las propinas recibidas para a continuación mostrar los senos o ponerse a cuatro patas y meterse un vibrador durante los dos minutos exactos prometidos en el menú de actos perfomáticos disponibles en sus perfiles, mientras que los hombres se comportaban como hombres en la sala de chat, escribiendo que, si ellas fuesen sus hermanas pequeñas, entrarían por la noche en sus alcobas, o que deseaban inundarles la cara de semen. Aun así, en las solitarias noches de los meses en que trabajaba tanto y no me quedaba energía para negociar encuentros reales con los escasos hombres que me interesaban en Facebook o en el reino de las relaciones presenciales, volvía a entrar en Chaturbate, pues había algo allí, en las salas de chat menos populares, más difíciles de encontrar, con lo que me identificaba. Con el tiempo, encontré a las personas que aparentaban estar allí solo porque querían, bailando solas en sus habitaciones de decoración gótica, sentadas de manera displicente en camas sin hacer y luciendo trajes sadomasoquistas como si fuesen pijamas, a veces con la cara fuera de cuadro u oculta por máscaras de animales, tan solo recibiendo elogios en cascada a sus pechos grandes y naturales mientras escuchaban música clásica, utilizando vibradores extravagantes y hablando sobre las novelas de Murakami, mostrando un poco de sus cuerpos y sus excentricidades a desconocidos, no a cambio de dinero, sino únicamente porque era excitante, o porque proporcionaba cierta sensación de control y poder, ya que eran ellas, las personas que se exhibían, las que creaban su pequeño escenario y dictaban las reglas, atrayendo o expulsando a voluntad a los visitantes con los que interactuaban protegidas por la distancia física.

O por lo menos eso fue lo que sentí cuando encendí la cámara por primera vez, en braguitas y sujetador, y esperé a ver qué ocurría. Al cabo de unos instantes, un tío me ordenó que le enseñase el coño, pero lo eché y me quedé allí un rato más, hablando con los usuarios que insinuaban algún interés humano que no fuera servil ni autoritario, y al cabo de más o menos una hora acabé desnudándome y satisfaciendo

algunas peticiones que me hacían en el chat, mostré mis pies, mi culo, me acaricié siguiendo instrucciones específicas, y me fue gustando tanto que tuve que apagar la cámara para masturbarme y correrme, lo que no estaba preparada para hacer por primera vez en directo. Cuando llegaba a ese punto, lo que me incomodaba era la incapacidad de ver a las personas que me estaban viendo a mí, ansiaba una mayor reciprocidad. Necesité un poco más de experiencia para descubrir lo fácil que era conseguir concertar encuentros en salas privadas, con acceso limitado por contraseña, con muchos de aquellos tíos que se quedaban recostados en sus sillas frente al ordenador, con la polla dura, iluminados casi siempre por la luz de la pantalla y nada más, esperando a que la lotería del Chaturbate los premiase con una chica dispuesta, en algún lugar del planeta, a echar un polvete virtual. Así era el tema, me exhibía un poco para calentar al personal, y después encontraba a alguien con quien mantener un encuentro privado. A veces eran parejas, o un par de hombres, o incluso tríos. Con algunos llegué a tener confianza para hablar por Skype, e incluso hice amigos virtuales de una manera que recordaba a la ingenuidad de la época de ICQ y de las primeras salas de chat de UOL de finales de los años noventa, cuando existía aquella sensación de deslumbramiento y descubrimiento ante la mera posibilidad de intercambiar mensajes con un hombre en Sergipe o San Petersburgo acerca del clima y los libros favoritos, administrando indirectas y provocaciones sexuales educadas, una sensación de pervertir las reglas conocidas de interacción social y poder experimentar el contacto con otros seres humanos sin las consecuencias y responsabilidades conocidas, o por lo menos con otras, y nuevas, no siempre nítidas, consecuencias y responsabilidades. Había una pareja de estadounidenses de cuarenta y tantos años a los que les gustaba follar mirándome, y otro yanqui de torso peludo y ojitos de bebé, con pelos en la barriga que siempre me parecían haber sido peinados, con quien me masturbaba simultáneamente, y un publicista uruguayo, con pinta de modelo de anuncio de calzoncillos, que a veces me pedía que me liara una camiseta negra a la cabeza, y que un día me presentó a su novia keniata que esperaba el plazo señalado para solicitar la

ciudadanía, una hermosa mujer que lucía un vestido de seda blanco, a quien no le gustaba participar en los chats pero que me envió un amable saludo y se despidió y luego fue pasando por detrás mientras hablábamos. Siempre tuve en cuenta que corría cierto riesgo al exponerme allí, y ese riesgo formaba parte del atractivo, pero ahora tenía que lidiar con la idea de que uno de los hombres que me había llamado maciza en el chat mientras me tomaba una copa con los pechos al aire a las dos de la madrugada, uno de los que me había enviado, mediante la moneda virtual de la página web, una propina que yo no pedía, y que a lo largo de los meses nunca pasaron de un puñado de reales en total, o uno de los hombres que simplemente estuvo espiándome un rato sin interactuar de ningún modo, uno de ellos había sido César, que en unos días formaría parte del tribunal.

El día de la calificación, podría seguir explicándole a Emiliano, César me saludó con efusividad a la entrada de la sala, como si ambos no supiéramos que estaba a punto de joderme. Llevaba puesta una de sus camisas holgadas de algodón grueso, de un tono beis tostado y con el típico corte de finales de los años ochenta que le confería el aspecto de un exmilitante comunista que iba a participar en un safari o algo así. Durante casi dos horas, detallé los progresos de la investigación a los miembros del tribunal. Mi misión consistía en entender mejor el funcionamiento del oscilador central del reloj biológico de la caña de azúcar. Desde que había empezado a estudiar biología, una de las cosas que más me fascinaban era la relación entre los organismos y el tiempo. Los organismos percibían el tiempo y los cambios asociados a él. Claro, oscuro, invierno, verano. Esa percepción era procesada por su reloj, que a su vez generaba respuestas fisiológicas o metabólicas rítmicas. El ciclo de días y noches era lo que más influía sobre los relojes, si bien algunos estudios con invertebrados marinos mostraban que ciertos organismos tenían múltiples relojes sincronizados con fases lunares, el movimiento de las mareas y otros ciclos naturales. Sobre la base del ciclo de días y noches, el cuerpo humano sabía controlar la división celular, el crecimiento de los huesos, el sueño y la vigilia, las hormonas y el hambre en función de los hábitos. El funcionamiento de todo eso a

nivel celular y molecular fue el tema que me cautivó en la época de mi graduación, y también el motivo que me llevó a investigar con plantas en vez de con animales. Comenzó con la percepción de que las plantas también tenían la vida controlada por su propio reloj y sin duda experimentaban el tiempo de algún modo. Investigar con esos organismos también me eximiría de la preocupación referente a la inmensa gama de restricciones éticas relacionadas con los experimentos con animales.

Años después de pasarme horas observando el jazmín que mi madre cultivaba en el patio, imaginando cómo sabía que era de día o de noche para lanzar siempre en el mismo momento aquella fragancia conmovedora y deliciosa, allí estaba yo recogiendo hojas y entrenudos de caña de azúcar para extraer ARN y analizar la expresión de genes en busca de cierta regularidad rítmica. Entre los procesos fisiológicos regulados por el reloj biológico de la caña estaban el crecimiento y la fotosíntesis. Si obtenía los resultados con los que soñaba, la investigación podía tener repercusiones revolucionarias para el cultivo de esa y de otras plantas explotadas como alimento y fuente energética, con una tremenda importancia económica y ambiental. Los fertilizantes sintéticos y la ingeniería genética habían promovido la Revolución Verde que nos proporcionaba la capacidad de alimentar a casi siete mil millones de personas, pero ¿cómo alimentaríamos a los diez mil millones previstos para finales del siglo XXI? Los fertilizantes dependían de los combustibles fósiles y generaban otra cadena de problemas ambientales, y los organismos genéticamente modificados se topaban con la resistencia de la opinión pública. Optimizar el crecimiento de las plantas a partir del reloj biológico podía ser la innovación que faltaba para alimentar a la humanidad durante algunas décadas o siglos más. En mis mejores días, cuando obtenía los resultados esperados y mi orientador estaba de buen humor, me permitía soñar con una portada en la revista *Science*.

Pero no aquella tarde, cuando, después de algunos comentarios positivos de los otros dos miembros del tribunal, César opinó que los datos que había recopilado parecían insuficientes, lo que según él

resultaba desalentador, ya que llevaba dos años trabajando en el proyecto. Era cierto que mi investigación había tropezado con algunos imprevistos y avanzado en zigzag en ciertos momentos, pero había reunido la mayor cantidad de datos posible y mi experimento principal me había exigido catorce meses de trabajo y análisis. Faltaba validar ciertos experimentos, y tenía una hipótesis nueva, surgida en mitad de la investigación, según la cual la sacarosa sería la molécula sincronizadora de la expresión del gen SCLHY, un gen extremadamente responsivo a la transición oscuro/claro, y por tanto capaz de facilitar pruebas de la percepción y la responsividad del reloj a la luz. Muchos resultados debían ser corroborados y ciertas carencias eran consecuencia de la misma naturaleza del método de investigación. Cualquier tribunal sensato tendría eso en cuenta en la evaluación de mi proyecto, que fue el caso de los otros dos profesores, pero César partió de la crítica a la insuficiencia de datos para alegar que le gustaría ver un nuevo análisis estadístico de la información obtenida, solicitar nuevas réplicas técnicas de experimentos e incluso cuestionar la fiabilidad de algunos resultados, solicitando su validación mediante técnicas distintas. Nada de aquello era realmente necesario, todos los presentes en la sala eran conscientes de ello, pero él tenía la prerrogativa y la autoridad para reprobar la calificación de mi tesis, y eso fue lo que hizo. En los días que siguieron, hablando con mi director, con otros profesores y con mis colegas de doctorado, constaté que ya sabían que aquello iba a ocurrir, que mi altercado con César en el pasillo había circulado y llegado a oídos de todos, de los ordenanzas a la dirección, aunque estaba muy segura de que no había habido ningún testigo aparte del hombre con quien hablaba César. Todos estaban de mi parte, era lo que decían, pero no se podía hacer nada y nada se haría, y durante semanas me conformé con ser la depositaria de la empatía piadosa del Instituto de Química, «ella, a la que reprobaron», lo que equivalía a arrastrarme como una leprosa por un pueblecito medieval, situación en la que me encontraba cuando recibí la llamada de mi madre informándome de que mi padre se encontraba en mitad de una cirugía de bypass.

«Un profesor te jodió en el tribunal, ¿no?» Aunque decidiese confiarle la historia completa a Emiliano ¿dónde comenzaba esa historia y adónde iría a parar? ¿No debería incluir también la muerte de Andrei en un atraco, la noche con Antero, el aborto de la tarde anterior, el calentamiento global, la necesidad de alimentar a diez mil millones de personas con una nueva Revolución Verde que no dependiese de los combustibles fósiles?

—Exactamente, un profesor me jodió bien. Pero tiene arreglo. Tengo que reorganizar los datos, añadir algunas cosillas. El tribunal del próximo examen me aprobará.

—Ese tío escuchará algunas verdades en tu discurso del premio Nobel.

—Lo voy a poner en su lugar mucho antes de eso.

—Eso. Siéntate sobre su cara.

—¡Emi!

—Perdona. A veces no consigo contener mi delicadeza. Quedamos así, entonces. Te llamo cuando llegue a São Paulo, nos vemos después del 4. Podemos ir al Acrópole a comer una moussaka.

—Pagas tú.

—Paga mi editor.

—Hecho.

Después de esa conversación, volví a mi investigación. No había mucho que retocar, todo aquello no era más que una pantomima, pero me dediqué a añadir algunos gráficos. Monté uno muy chulo, en el que mostraba la comparación de la expresión normalizada de algunos genes en hojas +1 entre plantas con cuatro meses y plantas con nueve meses de vida, con flechitas verdes apuntando a los picos de expresión en horas establecidas del día, según la luz. Quedó bonito, pero, en cuanto lo incluí en el documento de Word, sentí un fuerte calambre y corrí al baño, donde me cambié la compresa llena de sangre e ingerí el antiinflamatorio que me había olvidado tomar. Empezaba a anochecer y el viento sacudía los marcos de aluminio de las ventanas, anunciando temporal. Mi cuerpo pedía dormir, pero la cabeza procesaba información de forma descontrolada, como un ordenador

semiconsciente de su capacidad, tanteando los límites de lo que era capaz de hacer. Una dosis de Smirnoff con mi limoncello casero ayudaría, pero no podía beber debido al medicamento. Como siempre, el motivo de mi ansiedad parecía estar al alcance, pero no se encontraba entre las causas obvias. Estaba escondido y cerca, como una persona detrás de mí, tapándome los ojos y preguntando quién era. Recuerdos de las salidas de campo para recolectar muestras en el cañaveral daban vueltas en mi cabeza como la reposición de una serie de televisión. Sabrina, Matias, mi orientador, Clóvis, y yo, hospedados en un pequeño hotel de Araras, turnándonos en equipos para cortar caña cada dos horas durante un período de veintiséis horas, sometidos a un cronograma de sueño y vigilia que acababa por alterar nuestro propio ritmo circadiano. Después de cortar la caña con machetes, había que separar la primera hoja con vaina propia, la llamada hoja +1, y entonces pelar el tallo hasta encontrar los tejidos de drenaje, en especial el quinto entrenudo, que cortábamos y guardábamos en nitrógeno líquido para analizarlo en el laboratorio. Un cuarteto de empollones con botas de agua negras y delantales blancos sucios de tierra roja, delirando por la falta de sueño pero sumidos en una concentración total a la hora de preparar y acondicionar el material recolectado, aprovechando las pausas para comentar series de televisión y discutir si todos los granos y cereales pertenecían a la familia *Poaceae*, sin llegar jamás a un consenso. Por la noche, observábamos las estrellas que no existían en São Paulo. Al final de la jornada nos invadía una solemne circunspección, mezcla de cansancio y prolongada dedicación al trabajo repetitivo. La piel se nos quemaba y enrojecía con la exposición al sol, ya que desconfiábamos del dióxido de titanio presente en la composición de los filtros solares y éramos conscientes de los estudios que decían que la oxibenzona, ingrediente que absorbía los rayos ultravioleta, iba a parar a los océanos y corrompía el ADN de los corales, bastando una gota de protector solar en cinco piscinas olímpicas para decolorarlos y fastidiar su normal crecimiento. Nadie quería contribuir a eso, ¿no? Bebíamos café soluble y comíamos fideos instantáneos y bocadillos de supermercado en la

cafetería desierta del centro de investigación, pensando en todo el trabajo que aún teníamos por delante, escuchando el murmullo de los generadores fuera del edificio. Sabrina, que siempre estaba haciendo algún tipo de dieta, hablaba sin parar sobre la oxidación celular, los nutrientes, aporte de energía al cerebro. Para relajarnos, preparábamos bombas de hielo seco con botellas de plástico de agua mineral y nos reíamos con las explosiones como niños jugando en un bloque de apartamentos. Los perros callejeros del campus de la Universidad de São Carlos nos vigilaban de lejos y, recelosos ante nuestro comportamiento, nos escoltaban cuando recorríamos el campo con machetes y medidores de luz.

En esas salidas de campo era aún más fácil amar lo que hacía. Las plantaciones del centro de investigación contenían decenas de especies de caña en diversos estadios de perfeccionamiento genético. Plantas que prometían crecer más rápido, exigir menos fertilizante sintético y agrotóxicos, alimentar a más personas, generar más biocombustible, prosperar en climas y suelos más diversos. Y ahí radicaba, noté de repente, el meollo de la ansiedad. La ciencia era el carburador de aquel mundo cada vez más rápido y lleno de gente, gente que vivía cada vez más y consumía cada vez más lo que producía una industria también respaldada por la ciencia, y la ideología de todo ello era más lucro, sí, pero también más vida, *más y más vida*, cuando lo que yo sentía desde mi visita a Porto Alegre era lo opuesto, la visceral convicción de que ya habíamos cruzado la línea hacía mucho tiempo, de que los milagros científicos y tecnológicos, si llegaban, pues ni siquiera eso estaba garantizado, solo pisarían más a fondo el acelerador para generar más consumo, más gente, *más vida*.

El ser humano no sería el primer organismo en ansiar su propio genocidio por exceso de ventaja evolutiva, ni en eso éramos especiales. Me levanté de la cama, nerviosa, sintiendo en la planta de los pies las frías y pegajosas losetas de porcelana del suelo del pasillo y del comedor. Fui hasta la ventana, sentí el olor que las primeras ráfagas de lluvia empezaban a extraer del asfalto caliente de São Paulo, un olor que remitía de un modo muy extraño al excremento de algún animal de

gran tamaño, como si lloviese en el lomo de un paquidermo de asfalto, y grité «Menos vida» a pleno pulmón, unas tres o cuatro veces, como una idiota. Pero ayudó. Fui a tumbarme de nuevo, sintiéndome mejor, y me dormí en un momento.

El segundo examen de calificación de mi tesis transcurrió días después sin incidentes. Me aprobaron y conservé mi beca de doctorado. Mis padres me llamaron para saber el resultado, Emiliano también. En cuanto me despedí de los miembros del tribunal, la profesora Vanessa me abordó en el pasillo y me preguntó cómo había ido. Empecé a resumir lo que habían dicho los evaluadores, pero pareció desconcertada y me interrumpió.

—¿Tu calificación era hoy? Creía que era la semana que viene.

—Acaba de ser ahora mismo.

—¡Felicidades! Sabía que lo aprobarías sin problemas. Pero te preguntaba por lo otro.

Le conté que todo había ido bien y volví a darle las gracias por el contacto que me había proporcionado. Puede que pareciera una tonta. Pero en aquellos días ya nada me importaba demasiado. Las convicciones que siempre había tenido como científica y más específicamente como bióloga estaban siendo zarandeadas, no por ideas diferentes, sino por sentimientos como el miedo y la ansiedad. Empezaba a sospechar que nuestro mundo no estaba llegando a su fin ni avanzando. Estaba en estasis. Era muy posible que se quedase estancado, atrapado en la condición de estar muriendo para siempre. Cuando pensaba en ello, la rabia, el miedo y la ansiedad que me impulsaban a la acción o a la fuga cedían a veces a una pasividad que no dejaba de ser agradable, si se comparaba con el resto.

Eran decenas de contraseñas diferentes. Estaban anotadas en una hoja de papel guardada en un sobre sellado. La novia debía abrirlo en caso de muerte. Las contraseñas de Duque, me dijo Francine, eran muy difíciles de adivinar. Las elegía formando acrónimos a partir de frases de apertura extraídas de novelas y cuentos. Me parecía raro que Francine se definiese como la novia de Duque, y no como su mujer, compañera o algo con más peso. Habían pasado cinco años juntos. Era evidente que había confiado en ella más que en su propia familia. Después de entrar en el piso y saludarla, le pregunté cómo estaba afrontando la pérdida. Respondió que intentaba moverse lo menos posible, para ver si *todo aquello* pasaba pronto. Francine hablaba despacio. Su voz era como la de una adolescente bajo los efectos de calmantes. No parecía abatida, sino resignada con el luto y con el papel que se esperaba de ella tras la muerte del compañero. En el primer instante de vacilación mutua, sacó el iPhone y comenzó a leer y teclear mensajes con robótica diligencia. Le palpitaban los bordes de la mandíbula. Cerca de un minuto después, puso el aparato en silencio, lo dejó sobre la mesilla más próxima y me dio a entender con la mirada que a partir de ese momento tenía su completa atención.

La sospecha, que se me había ocurrido el día del entierro, de que Duque le había dejado instrucciones que debían ser observadas en caso de muerte no solo se confirmó, sino que superó todas mis especulaciones. Sus precauciones con respecto a la posteridad reflejaban un grado inconcebible de obsesión y paranoia. O, quién sabe, de exceso de imaginación. Francine no quiso mostrarme la carta, pero me confirmó que contenía instrucciones para destruir todos los

originales, pruebas, textos inéditos y anotaciones, así como para eliminar cualquier rastro dejado por el difunto en internet. También había disposiciones relativas a qué hacer con sus bienes e inversiones, recomendaciones para su entierro y todo tipo de cuestiones prácticas. De vez en cuando, Andrei actualizaba el testamento informal que contenía el sobre. Fueron cuatro las actualizaciones en total. Un promedio de una al año.

Francine ya había borrado casi todas las cuentas de e-mail y perfiles online de Duque. Eso incluía algunos que había olvidado enumerar en su carta. Puso como ejemplo un perfil en la PlayStation Network. Tras comprarse una PlayStation 3, Duque se había pasado un mes y medio enganchado a un juego de rol llamado Skyrim. Jugaba por lo menos seis horas al día, todos los días, hasta que, tras gritar que ya no conseguía hacer nada más, guardó la consola en la caja y no volvió a acercarse a ella. Pero Francine también había encontrado algunos problemas para llevar a cabo la aniquilación completa de la existencia virtual de Andrei Dukelsky. Faltaban contraseñas, o la página web no ofrecía una forma clara de eliminar la cuenta. Eran excepciones de poca importancia, tales como un usuario registrado en una página de venta de entradas y un antiguo blog que no contenía más que unas cuantas publicaciones referentes a un proyecto literario abortado. Francine abrió esa página en su MacBook y giró la pantalla hacia mí. En media docena de post, Duque delineaba sus intenciones de escribir una novela que narraría la historia del universo tras la extinción de toda la vida en la Tierra. Solté una carcajada que dejó una estela de melancolía. Aquello era tan típico de Duque. Ella me miró como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaba borracho. Estaba un poco bebido, era verdad. Francine utilizaba una colonia masculina. No sabía cuál era, pero sabía que era de hombre. Mi lengua es un felpudo, pero siempre he tenido buena nariz. Notas de mandarina y nudo de pino. Su camisa parecía hecha de estopa. La falda simulaba ser un pantalón, o viceversa.

Francine había reaccionado mejor de lo esperado a la noticia de que me habían encargado escribir la biografía de Duque. De que me

remunerarían por ello. Al igual que Frank, opinaba que era inevitable, y que era mejor que el proyecto recayera en manos de alguien que lo hubiera amado y respetado. Preferí no preguntar por qué creía que yo había amado a Duque. Así había sido. Pero ¿cuánto sabía ella? En aquel momento, las implicaciones del trabajo que tenía por delante me golpearon de lleno. Podría descubrir más sobre lo que Duque pensaba de mí. Su versión de cosas que yo recordaba a mi manera. La perspectiva de remover aquel fango en el fondo del río no me agradaba mucho. En ese momento no me aguanté y pedí encender el primer cigarrillo, levantándome ya en dirección a la ventana del comedor. Francine dijo que no era necesario y me señaló un cenicero mugriento de ceniza sobre la mesita de centro. Bajo la ventana había una repisa con media docena de pequeñas macetas de culantrillos de pozo. Sabía que eran culantrillos porque Duque siempre los describía en sus libros. Decoraban los hogares de muchos de sus personajes. Le encantaban los culantrillos. Eran plantas difíciles de mantener, me contó Francine. Los de Duque y Francine estaban llenos de vida, verdes y delicados bajo la cálida luz que incidía sobre el piso de interior. Si los tocase, imaginé, se desharían.

Tenía la cara grasa por la humedad del aire. La temperatura había bajado después del verano más caluroso en décadas, pero la humedad no daba tregua. El pelo me apestaba por el hollín de la estación de autobuses del Mercado Público, donde había almorzado antes de mi encuentro con Francine. Mis calzoncillos estaban pegajosos por el sudor y podría jurar que el olor de mis huevos subía de entre mis piernas. A pesar de eso, Francine me observaba con una curiosidad que, poco a poco, iba pareciendo algo más que mera curiosidad. Era una mirada que solo alcancé a describir como de *disposición*. Ella estaba *dispuesta*. En aquellas circunstancias, que incluían la muerte aún reciente de Duque y la conversación un poco tensa sobre la biografía, su mirada me hizo constatar que era una mujer *dispuesta a absolutamente todo*.

Después de aceptar, con un bufido de resignación y pragmatismo, la idea de la biografía, Francine me explicó que los límites de su colaboración serían los impuestos por Andrei, de acuerdo con su

testamento y con lo que siempre habían hablado acerca de lo que debería permanecer privado en su vida. Dije que aquello me parecía razonable. Ella me dio acceso a la estantería de libros de Duque, que tenía unos mil quinientos volúmenes y debía ser donada a la biblioteca que le prometiese mejor destino. Con su autorización, fotografié los estantes. Los lomos de todos aquellos libros podrían muy bien contar una historia. Dejamos el despacho y regresamos al comedor.

Siguieron casi dos horas en las que ella no respondió a pregunta alguna. No habló sobre los hábitos de Duque. Ni sobre lo que sabía acerca de su método de trabajo. Ni sobre cómo se habían conocido, sobre los detalles de su relación. No quiso hablar de la familia de Duque ni revelar su color favorito. Prefirió abstenerse sobre los gustos del escritor fallecido con respecto a series de televisión y cocinas regionales, sobre su relación con la crítica y la prensa, sobre los sueños y frustraciones que aireaba en la intimidad. Tardé unos quince minutos en entender el juego. Tomé la decisión de jugarlo hasta las últimas consecuencias, preguntando sobre todo lo que se me ocurría, hasta que alcanzásemos la extenuación o algún tipo de callejón sin salida. La extenuación estaba próxima, por lo menos la mía, cuando pregunté acerca de las preferencias sexuales de Andrei. Por primera vez a lo largo de la entrevista obtuve una especie de respuesta.

—Le gustaban las chicas que se parecían un poco a hombres.

—¿Chicas jóvenes?

—No. Chicas en general. Mujeres.

—¿Y a ti qué te gusta? —pregunté, consciente de que la situación en su totalidad había escapado a mi control.

En mi pregunta, advertí cuando las palabras salieron de mi boca, resonaba la que Duque me había formulado la noche que nos conocimos.

—Los hombres confusos.

Miré el reloj en la pantalla del móvil. Estaba desorientado y pronto iba a empezar a decir o hacer tonterías. ¿Era posible que Francine estuviese jugando un jueguecito erótico conmigo? Fuera cual fuese la respuesta, en ese momento me olvidé de Duque por primera vez y me

di cuenta de que sabía muy poco de ella. Era una parte importante de la historia que debía escribir. Preguntando sobre ella, algunas cosas sobre Duque podrían salir también a la superficie. Sabía que Francine no daría respuestas satisfactorias a preguntas pertinentes. Había una estrategia para esos casos. Preguntas impertinentes.

—¿Cuánto pesas, Francine?

Hizo una mueca, pero una respuesta involuntaria salió de su boca.

—Cincuenta y uno.

El paso siguiente consistía en mantener la impertinencia con una pregunta no relacionada con la anterior.

—¿Sabes a quién vas a votar para presidente este año?

—Aún no lo sé. ¿Qué tiene eso que ver?

—Nada. Solo estaba pensando. Me gustaría saber qué opinas sobre la eutanasia, si no es mucha indiscreción.

Sabía que no podía forzar la situación, Francine era más inteligente que yo, pero ya estaba sonriendo, mostrando unos caninos puntiagudos. Una vez retirado el palo que parecía tener siempre metido en el culo, su belleza resultaba más vulgar y fácil de digerir. En veinte minutos, alternando quirúrgicamente seriedad y bromas, conseguí arrancarle varios datos. Tenía veintiocho años. Creía en Dios. Tuvo rabdomiólisis a causa de un antidepresivo a los diecinueve y casi murió. Aprendió, mientras estaba ingresada, que uno no debía perder el tiempo con problemas insignificantes. Procedía de una familia rica de Caxias do Sul. Su padre tenía varios negocios, entre ellos una fábrica de casas prefabricadas y una distribuidora de flores y plantas ornamentales. Su madre pertenecía a la alta sociedad. Francine había estudiado nutrición en el Centro Universitario Metodista de Porto Alegre, había dejado el curso a la mitad, y se había licenciado en letras por la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. En 2012, investigando para un libro, pasó una semana con una comunidad mística que se preparaba para el fin del mundo según la profecía del calendario maya. Le interesaba comprobar cómo reaccionaría aquella gente al darse cuenta de que no había llegado el fin de los tiempos. Nunca escribió el libro y se negó a detallar el motivo. Había traducido algunas obras del italiano y del

inglés, para ganar algún dinero. Duque le había dejado el apartamento, pero pretendía venderlo y dividir el dinero con los padres de él. Cuando empezó a ponerse impaciente, decidí correr algún riesgo.

—¿Pensabais tener hijos?

—¿Andrei y yo?

—Sí.

Apoyó los codos en las rodillas y se apretó los labios con los dedos. Creí que no respondería.

—Pensábamos tenerlos. Andrei quería esperar hasta 2016.

—¿Por qué?

—Porque no conseguía decidir si era ético o no traer a otra persona a este mundo.

—¿Sabes por qué ese año en concreto?

Frunció los labios, un tanto pensativa, y sacudió la cabeza. Sus ojos se volvieron cristales empañados. Noté que su mente ya no estaba en la estancia con nosotros. Había migrado a algún lugar del pasado o de una realidad no concreta. Aquello me provocó un malestar incomprensible. Anuncié, en el tono más suave posible, que era suficiente por el momento y que ya me marchaba. Se levantó y me dijo que siempre estaría a mi disposición, bastaba con llamar. Me deseó buena suerte en la investigación para la biografía.

—Antes de que me olvide, para que no te vayas sin nada, hay algo que creo que a Andrei le gustaría que tuvieras. Llevaba un año recopilando información para una nueva novela. Decía que tenía que darse prisa porque, cada vez que conseguía vislumbrar cómo sería el libro, se daba cuenta de que ya había quedado obsoleto debido a todo lo que había acontecido mientras tanto en el mundo. Es que el libro…

No terminó la frase. Me hizo un gesto para que esperase y desapareció por el pasillo. Oí ruido de cajones abriéndose y revolver de papeles. Cuando regresó, traía un fajo de materiales impresos.

—Es su investigación. El borrador del libro ha desaparecido con todo lo demás, estaba en una carpeta que ordenó borrar y ya lo he hecho. Pero no creo que le importase que le echaran un vistazo a esto. Son recortes, fragmentos de libros transcritos, páginas de internet impresas,

cosas así. Da una idea de lo que le interesaba últimamente.

Cuando cerró la puerta, me quedé unos segundos parado en el pasillo. Creí que la oiría llorar o maldecir. Pero no oí nada.

Más tarde, en casa, sosteniendo un vaso de Jim Beam con amaretto y con un cenicero limpio haciéndome compañía en la cama, estudié el contenido de aquellas doscientas o trescientas hojas de papel. Como había adelantado Francine, no había nada parecido al borrador de una novela. Eran fragmentos de libros de ensayo, obras de ficción, artículos y noticias. Todos sobre el fin del mundo. Duque había subrayado pasajes con lápiz y, en algunos casos, había escrito anotaciones en los márgenes de las hojas. Los títulos de las obras en cuestión eran cosas como *En el tiempo de las catástrofes*, *¿Queda mundo por delante?*, *Hiperobjetos. Filosofía y ecología después del fin del mundo*, *Viviendo en el fin de los tiempos*. Había un montón de citas antinatalistas grapadas, que predicaban que lo ideal era no nacer. Schopenhauer, Cioran, un tipo llamado David Benatar. En los márgenes de las citas de este último, Duque había anotado: «No tiene sentido el imperativo moral contra el sufrimiento después de todo; la cuestión de si la vida vale la pena es estética». En general, las anotaciones no tenían ningún sentido para mí. Una gran cantidad de textos trataban la idea del Antropoceno, la nueva era geológica bautizada en razón de las marcas que el hombre dejaba en el planeta. Artículos científicos sobre el cambio climático, extinciones en masa, los efectos de la revolución agrícola, el carbono y la radiactividad que alteraban la atmósfera y la corteza terrestre. Había un texto titulado «Uncivilization. The Dark Mountain Manifesto», que preconizaba la reversión del proceso civilizatorio como el único remedio posible para la inminente catástrofe generada por la modernidad. Otra carpeta llena de hojas se centraba en cosas como ciborgs, inteligencia artificial, poshumanismo. Un artículo versaba sobre el «fetichismo celestial» y criticaba la fantasía de que deberíamos acelerar el capitalismo y el progreso tecnológico para que la humanidad se emancipara del planeta Tierra, comparándola con la fantasía del motor perpetuo. ¿De dónde vendría, al final, el sustrato material de ese cambio de dirección hacia las estrellas?

Leí hasta bien entrada la madrugada. La utilidad de todos aquellos papeles para la biografía era poca, como máximo daría para un párrafo o una página hacia el final del libro, en los últimos días del escritor. Pero la lectura me afectó tanto que tuve la primera noche de insomnio grave en semanas. Cuando amaneció, seguía con los ojos abiertos, yendo de la cama al sofá, intentando entender por qué Duque, precisamente Duque, se había dejado llevar por aquel aluvión de ideas apocalípticas. Puede que aspirara justamente a denunciar aquel catastrofismo como la pequeña moda del momento. No lo sabríamos nunca. Fuera como fuese, el sol estaba saliendo y los coches volvían a llenar la calle bajo mi ventana cuando establecí la conexión entre todo lo que había leído y el reciente estado de ánimo de Aurora. Nuestras conversaciones el día del entierro y después por teléfono me hacían temer por su estado psicológico. Era el recuerdo de su entrega a ese sentimiento de catástrofe, más que la lectura de las pesquisas de Duque, lo que me afectaba hasta el punto de ahuyentar el sueño. Sonreí ante la idea de que la novela nunca escrita de Andrei podría haber tratado justamente sobre ella, o mejor, sobre personas como ella, ni lo bastante viejas ni lo bastante jóvenes para escapar a la trampa del pesimismo en aquel momento de la historia humana. Deambulé como un zombi por las calles del barrio de Petrópolis, asustando a las abuelas que paseaban con sus perros y obligando a los atletas con ropa deportiva a esquivarme en su camino rumbo a parques y gimnasios. Anduve hasta la cafetería del parque, donde pedí un zumo de sandía y una tostada con salami. Los viejos que solían tomar su desayuno allí ocupaban las mesas de siempre, con sus tazas de café y empanadillas arrugadas, observando cómo aumentaba el movimiento. Se quedarían allí hasta las once o las doce, sin nada mejor que hacer. Los mismos viejos. La misma cosa. Hacía quince o veinte años.

Después de comer, la noche insomne me golpeó de lleno. No podía dormir al final de la mañana, ya que eso supondría otra noche de insomnio, seguida de un largo ciclo de ellas. Durante semanas me había librado de esa mierda. Me fui de nuevo a casa y busqué cosas no intelectuales para distraerme. Sobre la mesa de la cocina encontré dos

papeles relevantes. El aviso de la llegada de un paquete a Correos y una carta del banco con una propuesta para renegociar la deuda de mi tarjeta de crédito anterior. Aquello era lo que necesitaba, notas que contuviesen misiones. Me di una ducha fría, cogí los dos documentos y tomé un autobús al centro. Pasé primero por Correos. El caos reinaba en la central de distribución debido a una huelga de empleados que había terminado pocos días antes. Una docena de personas reclamaba información sobre sus paquetes atrasados. El calor y el olor a sobaco me trajeron a la mente la expresión «antesala del infierno», leída en una novela de Thomas Bernhard. Un hombre empezó a llorar delante de un empleado que gritaba desconocer el paradero de su paquete. Un muchacho de bigote ralo gimoteaba a mi lado diciendo que su iPad encargado hacía dos meses seguía retenido en Correos. No debía de tener ni dieciocho años y ya era un hípster extremo. En mi época, un bigote púber y gafas con montura metálica roja como las suyas eran el colmo de la inadecuación. La certeza de recibir una paliza y suscitar piedad en un radio de varios metros, sin distinción de sexo y edad. Pero aquel chaval debía de practicar el poliamor desde los catorce. Le pregunté si ya había oído hablar del Atari. El mequetrefe respondió que había jugado en una sala de juegos que frecuentaba. ¿Y del Odissey? Ese no lo conocía. Vino antes del Atari, hijo de puta, pensé. El empleado de Correos, un negro obeso sin afeitar, gritó mi número. Estaba aún más sudado y desesperado que los destinatarios que exigían sus paquetes. Me dio pena. Me entregó un paquetito fino en el que solo faltaba que apareciera escrito «Primer libro de un autor». Rasgué el cartón. En efecto. *Frêmitos*. Poesía. Recibía aquel tipo de cosas debido a algunas reseñas publicadas por ahí, y también a causa del *Orangotango*. Era increíble que mi dirección todavía figurara en los mailings de editoriales debido a un fanzine electrónico de hacía quince años. Metí el libro en la mochila y caminé unas manzanas hasta la sucursal del Banco do Brasil de la calle Siqueira Campos. La gerente Micaela llevaba un reloj dorado y las uñas a juego. Su pelo teñido tenía un reflejo grafito y estaba alisado con tal perfección que parecía un tejido sintético. Su perfume contenía vainilla y yerba mate y había sido

aplicado con una generosidad diametralmente opuesta a la del sistema bancario. Mi deuda de unos dos mil reales se había transformado en ocho mil debido a los intereses criminales, pero salí de allí debiendo los dos mil originales, en doce plazos. Con el anticipo que pronto recibiría por la biografía, tendría cierta estabilidad financiera durante unos meses.

Lleno de energía por las tareas pendientes resueltas, no solo olvidé el cansancio sino que me invadió una disposición inusual. Pasaba un poco del mediodía. En vez de almorzar, tomé un autobús de regreso a casa, metí gafas, bañador, toalla y útiles de baño en la mochila, y me dirigí al Parque Deportivo de la Pontificia Universidad Católica. Llegué allí a la una y cuarto, hora en la que casi nadie solía utilizar la piscina. Pagué treinta reales de entrada y nadé en el carril olímpico durante cuarenta minutos, alternando crol y espalda, parando para descansar cada doscientos o trescientos metros. Hacía meses que no nadaba, por desidia y contención de gastos. Seguía haciendo musculación, a veces corría y utilizaba las barras de ejercicios en el parque Redenção, pero mi preparación para la práctica de la natación se había atrofiado considerablemente y mis brazos y hombros estaban menos fuertes y dolían un poco. Dejé flemas de tos de fumador por toda la piscina, tosiendo fuerte con la cabeza sumergida, divirtiéndome con la explosión de burbujas. A la salida, me tumbé en una colchoneta de espuma junto a la piscina e hice algunos abdominales. Me quedé un rato allí tumbado, sin aliento, sintiendo el olor a cloro y a pies que apestaba el ambiente, saboreando las endorfinas como si hubiera tomado un éxtasis.

En el vestuario, un cuarteto de idiotas bromeaba sobre la poca cantidad de mujeres que había en su grupo de natación. Comenzaron a meterse con una profesora buenorra a la que habían despedido, una joven que nadaba en el carril libre, una señora de la limpieza de la planta. Eran dos gordos decrépitos, un flaco desgarbado y un tipo con pinta de atleta que tenía manchas de vitíligo en las costillas y en las manos. Uno de los gordos empezó a gritar que iba a presentar una queja formal a los sacerdotes dueños de la universidad, alegando que

había demasiados hombres en la piscina del Parque Deportivo. Todos se echaron a reír. Por más favorable que fuese a la objetivización de los otros con finalidad sexual, siempre me sorprendían la banalidad y la jodida estupidez de las confraternizaciones de un vestuario masculino. Lo ofensivo, para mí, nunca era convertir al otro, hombre o mujer, en objeto de deseo, sino hacerlo con pobreza de espíritu y falta de imaginación. Yo mismo, había que admitirlo, miraba al cachas con vitíligo como si fuese un trozo de carne. De reojo, claro. Si pudiese abrir la boca sin arriesgarme a que me lincharan, diría algo mucho más creativo que las mierdas que estaba escuchando. Pero no reparaban en mí. Desear hombres en un vestuario masculino exigía un talento para la invisibilidad que había perfeccionado con los años. Había que tener cuidado para no dejarse engañar por la camaradería libre y por la carencia afectiva que rebosaban de ciertos heterosexuales, comportamientos muy parecidos a señales de apertura. En los vestuarios masculinos los hombres se masajeaban el ego unos a otros sin pudor alguno, seguros de que en ese ambiente no importaba lo que hiciesen, no había la menor posibilidad de que los consideraran maricas. Cuando el tío se quitó el bañador, vi que tenía manchas de vitíligo en la polla y no pude evitar un inicio de erección. Nunca había visto algo así. Fue una reacción puramente visceral. Mi polla no llegó a subir del todo, pero creció. La oculté con la toalla, encontré las bermudas en la mochila y me vestí a toda prisa, sin secarme del todo. Protegido de la evidencia corporal, seguí fantaseando mientras terminaba de vestirme. Para empezar, podría volverme hacia ellos con la polla dura. Todos manifestarían indignación y asco inmediatos. Los gordos y el flaco desgarbado no se atreverían a enfrentarse a mí, pero el del vitíligo se encararía conmigo, sin saber exactamente qué era lo que yo deseaba. Le daría unos guantazos y lo inmovilizaría. Después se la metería por el culo en el suelo inmundo, mojado y lleno de pelos de huevos. Restregaría bien su cara contra la superficie. En algún momento se rendiría y empezaría a disfrutar. Los otros ya habrían huido hace rato y llegaría un ruido de escándalo de los pasillos del edificio. Los guardias de seguridad del Parque Deportivo irrumpirían en

el vestuario porras en mano y walkie-talkies crepitando y me pillarían atragantándome con aquella polla llena de manchas blancas. Y ahí comenzaría la pelea de verdad.

Aquel vínculo entre sexo y violencia no era ningún misterio para mí. Había nacido, creía, durante los años en que me negaba a aceptar que mi admiración estética por los hombres era deseo por los hombres. Siempre se me había dado bien pelear, desde niño. Daba puñetazos en el brazo de mis compañeros de los primeros años del colegio solo por el placer de verlos llorar o, mejor aún, intentar defenderse. En cursos más avanzados, me metía con cualquiera que respondiese a una provocación. Más que en la sangre en sí, obtenía placer en inmovilizar a otros chavales, en arrojarlos al suelo con una llave de brazo o algo parecido, hasta que me arrancaban de encima de ellos o la fuerza de los cuerpos se disipaba despacio, poniendo fin al enfrentamiento por pura necesidad física. Transcurridos ya tantos años, podía colocarme en el lugar de mis compañeros y ver la rareza de aquellas peleas, la insinuación de los motivos ocultos que nadie podía nombrar. Solo pasé a reconocer mis impulsos como lo que realmente eran tras mi noche con Andrei. Y la ironía de nuestro encuentro, el rechazo irónico al que fui sometido, inyectó el componente final de rabia en mi relación con los hombres. No era sadismo propiamente dicho, pero me regodeaba con la imposición de poder, con la distribución unilateral y controlada de pequeñas dosis de sufrimiento físico. Por eso los hombres que me atraían tenían que ser varoniles. Y durante mucho tiempo no supe muy bien qué hacer con ese deseo.

Los primeros años que siguieron a aquella noche en el piso de Duque, tras la fiesta en el Bar Ocidente, adquirí la costumbre nada saludable de fijar la mirada hasta las últimas consecuencias en los hombres por los que me interesaba, sin importar si eran gais o no. Hasta prefería a los que evidentemente eran heteros, a los que sentirían repugnancia y odio, a los que sin duda contraatacarían. Antes de familiarizarme con la noche gay de Porto Alegre, hacía eso en los bares de la avenida Goethe o de la calle de la República, en los parques a la luz del día, en las cafeterías donde me tomaba mi café con *farroupilha* por las mañanas. La

reacción casi siempre era agresiva, claro, y entonces transitaba, en un abrir y cerrar de ojos, de la lubricidad a la violencia. Creaba, astutamente, las condiciones para justificar esa violencia. Ganaba todas las peleas. Disfrutaba dando puñetazos en los dientes del mismo hombre al que acababa de tirar los trastos. El placer del sexo era tan raro que fui aprendiendo a confundirlo con ese placer de la agresión. La virilidad, iba comprendiendo, era un recurso que podía ser canalizado hacia la ternura y hacia la violencia con la misma eficacia, con un retorno igual de intenso por lo que se refería a las sensaciones obtenidas. Una vez, cuando estaba con mis padres en una casa alquilada por la familia en verano en Imbé, me atacaron dos tíos al mismo tiempo delante de los bares abarrotados por la temporada estival. Uno de ellos me acertó en la cara con un golpe de cinturón. La hebilla me abrió una brecha cerca del ojo. Un grupo más grande empezó a reunirse para darle una paliza al maricón. Conseguí salir corriendo y llegar a casa. Fue la primera vez que me preocupé de verdad por el territorio en el que me adentraba y pensé en hacer terapia o algo así. Estaba llegando a los treinta y era un periodista freelance solicitado. Iba a acabar matándome por culpa de neuras que parecían brotar de un adolescente con algún tipo de complejo.

Pasado algún tiempo, una de mis miradas de seducción incisiva recibió una acogida diferente por parte de André, un chaval al que conocí en el banquete de bodas de un excompañero de la facultad. Tenía la sensación de poder pasarme el resto de mi vida mirando su cara. Pasé semanas durmiendo más en su piso que en el mío. Era DJ y solía volver borracho a casa al amanecer o ya bien entrada la mañana. A veces, al acostarse, entraba en un extraño estado de sonambulismo alcohólico durante el que necesitaba follar a toda costa. Yo, que en general estaba descansado y lúcido, sentía que estaba echando un polvo con un androide medio averiado, cuando no con un cadáver. André balbuceaba cosas semicoherentes en un tono monocorde, frases guarras como las de una película porno, pero sin ninguna emoción ni entonación, como si narrase los actos de otra persona. Su cuerpo y su conciencia parecían disociados. Me acordaba mucho de André en las

noches de insomnio, cuando mi cuerpo y mi conciencia también parecían disociados, aferrados a experiencias no solo separadas, sino antagónicas. André fue mi primer amor correspondido. Lo que había querido que Duque fuese para mí dos años antes. Nuestra historia no duró más de unos tres meses, pero me calmó. Después de él, dejé de pelearme en la calle cuando me ponía algún tío. Sin embargo, en los dominios de mi introspección ambas cosas, el deseo y la violencia física, seguían entrelazadas. Y me gustaba cultivar ese entrelazamiento. Me parecía bonito. Me gustaba verme desde fuera y percibir que yo era así. Sentía cierto orgullo en ello. Suponía que era lo que suele decirse una persona con carácter.

Llegué a casa, pedí por teléfono una hamburguesa con beicon y queso, me preparé un café muy fuerte en mi taza promocional de Ibope y me senté ante el ordenador. Durante una hora, organicé en carpetas el material que ya tenía para la biografía. Después transcribí los fragmentos relevantes de las conversaciones que había mantenido con Francine y con Antero. En el caso de este último, la charla había revelado pocas cosas que ya no supiera sobre Duque. Antero era demasiado egocéntrico para recordar detalles de cualquier cosa que no lo atañese directamente. Su relato más interesante tenía que ver con una ocasión en la que él y Duque intentaron escribir una narración interactiva a cuatro manos para publicarla en internet. El resultado fue una mierda, según su parecer, y el texto nunca llegó a estar disponible online. Aun así, la experiencia sirvió para conocer más de cerca el proceso creativo de Duque. No le gustaba hacer esbozos ni esquemas. Tecleaba el texto solo cuando ya lo había elaborado con todo detalle en su imaginación. La primera versión era la definitiva. Ese había sido uno de los problemas, ya que Antero quería hacer gráficos de la trama y sus ramificaciones, crear fichas de personajes, enumerar conceptos relevantes, reunir JPG de referencias visuales. Duque permanecía en silencio, maquinando mentalmente. Después de ese relato y de algunas anécdotas un tanto inútiles, Antero pasó a hacer lo que sabía hacer mejor. Hablar de sí mismo. Y aquel día tenía tema. Después de sentarnos a la mesa del Lagom de la calle Bento Figueiredo, noté la

ausencia de la efusión que le caracterizaba.

—Giane me ha echado de casa —se desahogó en cuanto el camarero trajo nuestras pintas de ale artesanal.

—¡Bah! —me limité a replicar. Entonces recordé la noche de después del entierro y no me contuve—: ¿Aurora?

La mención del nombre le sorprendió. Frunció el ceño como un comisario hurgando en la inconsistencia de una declaración.

—Perdona, tío, pero soy zorro viejo —añadí—. Hice como que no me daba cuenta, pero estaba clarísimo lo que iba a pasar esa noche.

—Pues sí, también pasó aquello —dijo, volviendo a relajarse—. Pero no fue eso lo que descubrió Giane. Una chica de São Paulo con la que había salido algunas veces le envió un mensaje por Facebook. Con fotos.

—Joder.

—Y luego colgó algo en público, y entonces otras chicas colgaron más cosas. En fin. El asunto está feo, ya no tengo valor de seguir mirando.

A lo largo de las tres rondas de cerveza que se sucedieron, mientras él hacía lo posible por decirme algo útil sobre Duque, yo intentaba decidir, en segundo plano, si se merecía o no mi empatía. Antero era rico y hacía lo que le daba la gana. Una palabra suya llevaba a empresarios a descartar campañas en las que ya habían invertido millones. Era el único que había vivido una relación de años, el único que tenía un hijo. ¿Cómo, entonces, me parecía tan frágil, tan ridículo? No parecía estar lidiando bien con el hecho de que su cuerpo era adulto. De que las personas a su alrededor eran adultas. Había adquirido esa forma de pera que se aprecia en tantos publicitarios de éxito. Estaba seguro de que, cuando se miraba al espejo, veía al Antero del noventa y nueve, para quien las limitaciones del mundo material y las responsabilidades que conlleva la vida no eran dignas de consideración. Sin su mujer, sin su hijo, parecía haber aterrizado en la realidad de la noche a la mañana. Decidí que sí se merecía mi empatía. La misma ternura que sentía con tanta facilidad por Aurora, el deseo de que ella fuese feliz en el futuro, se manifestó ante aquel Antero que se

mordía las uñas y consultaba el móvil cada veinte segundos.

—Si hablas con Aurora, dile que me llame o me envíe un e-mail —me pidió cuando nos despedimos con un apretón de manos delante del bar —. Ya no me habla, no sé por qué.

—Tío, puede que no tenga suficiente confianza contigo para decirte esto, pero… pídele perdón a tu mujer. Olvídate de Aurora.

—No sabes cómo es.

—¿Cómo es el qué?

Se encogió de hombros y no respondió. Creí que daría media vuelta y se marcharía, pero se quedó allí quieto, como un niño abandonado por sus padres. Y entonces caí en la cuenta de algo.

—¿Dónde te alojas?

—Ayer dormí en casa de un colega, pero hoy entra una gente de Airbnb. Voy a buscar un hotel.

—Si te sirve un sofá cama, puedes dormir en mi casa.

Aquella noche nos acabamos media botella de Jim Beam y las cervezas de la nevera. Me gorroneó media docena cigarrillos y se terminó la punta de un porro que llevaba en la cartera. Confesamos detalles de nuestras vidas sentimentales, concluimos que el amor no era una cosa fácil y no debería ser tratado como tal, hablamos sobre guarradas como dos chavalillos y aireamos frustraciones y preconceptos. Vimos su vídeo maldito de los años noventa. Él había perdido el archivo hacía años. Después de verlo unas cinco veces seguidas, se sumió en un profundo silencio durante más de un minuto.

—Lo grabó Andrei —murmuró por fin, arrastrando las palabras.

—Lo sé.

—Tío, qué subnormales éramos.

Me reí.

—Es una forma de verlo, sin duda.

No sé a qué hora nos quedamos dormidos, pero eran las tantas de la madrugada. Sobre las siete de la mañana, Antero llamó a la puerta de mi habitación. El día estaba nublado, todavía parecía de noche.

—Me ha escrito Giane —anunció sin mirar en mi dirección, apoyado en el marco, tecleando en la pantalla con los dos pulgares y un vigor

frenético—. Quiere que hablemos. ¿Me abres la puerta para que pueda irme?

Me levanté maldiciendo por lo bajo, en calzoncillos, y fui a abrir la puerta. Tecleó algo más, apartó la vista de la pantalla por un segundo y me ofreció una sonrisa triste.

—Déjame bien en tu biografía, ¿vale?

Salió casi corriendo, sin decirme adiós. No parecía tener resaca. ¿Cómo era posible? Sería un adolescente hasta el final de sus días, pensé. Me quedé escuchando sus pasos en la escalera, después la puerta se cerró de golpe. Por algún motivo, supe que no volveríamos a vernos nunca más.

En cuanto terminé de transcribir las anotaciones de la conversación con Antero, bajé a comprar cigarrillos. Vi cómo un perro callejero meaba encima de otro que estaba cagando. De vuelta al despacho, fumé e hice unos estiramientos de cuello, hombros y antebrazo, lugares en los que la tendinitis me atacaba si no tenía cuidado. La natación me había dejado con un hambre insaciable. Abrí unos Doritos y una litrona de Patricia caducada que había comprado rebajada en el Mercado Público. Media hora después, me animé a escribir de nuevo. Busqué las anotaciones que había tomado dos días antes durante mi conversación con Sara, la madre de Duque. La muerte de su hijo todavía estaba fresca y le afectó mucho la idea de la biografía. Le expliqué que era un proyecto a largo plazo. Era importante empezar pronto para realizar un trabajo a la altura de Duque. Se ablandó cuando comencé a recordar historias de la época del *Orangotango*, de las barbacoas, de los primeros reportajes en los periódicos sobre nuestro fanzine electrónico. Me mostró los recortes de prensa que guardaba en una carpeta. Allí estábamos Duque, Antero, Aurora, yo y algunos otros colaboradores, posando como rockeros a petición del fotógrafo. A diferencia de ellos, que resultaban perfectamente adecuados para la escena, jóvenes, piel lisa, sonrosados y sin nada que perder, yo parecía completamente fuera de lugar en una esquina de la foto, el tío más viejo del grupo, el adulto con la cara marcada de acné. Antero me llamaba Kátia Flávia, como la canción de Fausto Fawcett, porque decía que me parecía a él. Yo se lo

toleraba, pero entonces no veía el parecido. Al mirar la foto en aquel momento, pensé que Antero tenía algo de razón. Me parecía un poco a Fausto Fawcett sin gafas.

Entonces decidí concentrarme en las historias de la familia, evitando la vida de Duque. Eso podía dejarlo para otra ocasión, dentro de algunos meses. Sara me enseñó una fotografía antigua de los bisabuelos de Andrei, tomada en Buenos Aires y pegada en una tarjeta manchada por el tiempo, con decoración en relieve. La bisabuela, Elena, lucía un vestido y guantes blancos, gafas de montura metálica ovalada, tiara en el pelo ondulado, y posaba delante de un biombo de madera. El bisabuelo, Jacobo Dukelsky, vestía traje negro abotonado con corbata blanca y llevaba un bigote al estilo del zar Nicolás II. Habían emigrado desde diferentes regiones de Rusia y se conocieron a bordo del barco rumbo a Buenos Aires. En la capital argentina vivía un personaje llamado barón Hirsch, que utilizaba su fortuna para ayudar a los judíos rusos que huían del servicio militar o de los pogromos. Elena y Jacobo se casaron y siguieron al barón cuando este decidió ir a Brasil para fundar una comunidad judía en el corazón de la inhóspita pampa. La comunidad dio origen a la ciudad de Quatro Irmãos. Según Sara, Elena llevaba collar de perlas y zapatos de tacón en medio de aquella tierra primitiva, y después de algunos años pasó a encargarse del colmado que la familia abrió en la ciudad. Jacobo iba a trabajar en la construcción del ferrocarril local con traje y corbata. Cuando recibió del gobierno un saco de semillas para plantarlas, cavó un agujero enorme en el suelo y lo enterró entero. Mis anotaciones sobre la vida de los bisabuelos de Duque ocupaban varias páginas del cuaderno. No había nada sobre el resto de la familia. Sara se había cansado de hablar y concertamos un nuevo encuentro. Entre aquellas historias antiguas de inmigrantes judíos en el sur del país y la realidad de la muerte de Duque, del mito póstumo que lo rodeaba, de su existencia permanente en los medios de comunicación, en internet, en las universidades, librerías y bibliotecas, había un espacio gigantesco que llenar. El libro podía ser bueno. Y yo sería una especie de guardián de la historia de Duque. El responsable de proporcionarle una narrativa sólida y fiel, un

referente para todos los que fuesen a escribir más tarde sobre él.

Describí durante una hora y media cómo podría haber sido el encuentro de Elena y Jacobo en el barco que los trajo de Rusia. Pasé otra media hora investigando en Google sobre la Rusia de los años veinte. Estaba tan entusiasmado que no vi llegar la noche. No dormía desde hacía casi dos días, pero estaba acelerado. Guardé el archivo y di el día por terminado. Pero antes de apagar el ordenador entré en Facebook. Solo para echar un vistazo rápido. Desde sus puestos solitarios de observación en el océano de las polémicas y los virales, la gente del milenio disparaba sus bengalas al cielo y lanzaba al mar sus botellas con mensajes. De eventuales respuestas dependía la autoestima de todos. Manfredo, por ejemplo, había colgado vídeos de YouTube de canciones de Bonnie «Prince» Billy y Apanhador Só, con comentarios necesitados de afecto que eran indirectas para mí. Les di like a todos. Tenía veintiséis mensajes no leídos. Tardé más de una hora en responderlos. Uno de ellos era de Francine. «Tengo la impresión de haber hablado demasiado y demasiado poco al mismo tiempo. Pienso ante todo en Andrei y en lo de que respetaría sus deseos. Me gustaría que me consideraras una amiga y aliada, no una piedra en tu camino. Besos.» Respondí algo amable y procedí a mirar las fotos. Me había contado que había borrado todas aquellas en las que salía Andrei. De hecho, apenas quedaban una docena de imágenes. Aparecía sola en casi todas. Había una fotografía suya de adolescente al lado de un perro de raza setter, otra en la que fumaba narguilé junto a su hermana en Amsterdam. Esta llevaba un aro en la nariz y tenía una cara de facciones suaves que, por contraposición, resaltaba los rasgos más masculinos de Francine.

Me dio por pensar si la limpieza virtual que Francine había llevado a cabo con los datos de Andrei había sido realmente tan escrupulosa. No me parecía muy entendida en el tema internet. No era exactamente una friki de la web. No como Duque, que empezó a publicar programando sus propias páginas web, algunas de ellas pequeñas obras de arte en HTML y GIF, donde jugaba con las posibilidades de composición y tipografía ofrecidas por los lenguajes de la época. Con la mosca detrás

de la oreja, abrí la página de inicio de la plataforma en la que Duque mantenía el blog al que Francine no había conseguido acceder. Escribí su nombre de usuario en Gmail, dukdukelsky. Era probable que utilizara el mismo nombre de usuario en otros sitios. Me quedé mirando cómo parpadeaba el cursor en el campo en blanco de la contraseña. Recordé que Francine había comentado que Duque inventaba sus contraseñas a partir de acrónimos basados en frases de apertura de novelas y cuentos. En ese momento caí en la cuenta de lo raro que era que hubiera compartido esa información conmigo. Tuve la sensación de que me habían invitado, tanto ella como Duque, a participar en un juego de acertijos.

Cogí el móvil y miré las fotos que había hecho a las estanterías de libros de Duque. Si me acercaba con el zoom, se podía leer la mayoría de los lomos. Revisé las fotos en busca de libros que Andrei hubiera mencionado en conversaciones personales o entrevistas a lo largo de su vida, obras que lo hubiesen afectado o marcado de algún modo. Descarté lanzamientos y ediciones que sabía que eran muy recientes, ya que la contraseña de aquel blog habría sido creada muchos años atrás. Las primeras publicaciones eran de 2006. Intenté identificar los libros que estarían en la cabeza de Duque en aquella época. Pero con eso no bastaba. Tenía que encontrar obras que también yo tuviese en mi biblioteca, para poder comprobar sus frases iniciales. Eso reducía de forma drástica el conjunto de resultados, pero no fue suficiente para desanimarme. El primer libro que pasó la criba fue *À mao esquerda*, de Fausto Wolff. A Duque y a mí nos encantaba esa novela mitómana y perturbadora y nos pasábamos todo el tiempo hablando sobre ella. Saqué el ejemplar de la estantería. «Mi hermano Pérsio es periodista desde que era niño», se leía en la primera frase. Anoté el acrónimo. Seguí analizando los lomos en las fotografías. *El sol y el acero*, de Mishima. Se lo había recomendado yo a Duque. Conseguimos juntos su ejemplar en la tienda de libros usados Beco dos Livros de la calle General Câmara. Aquel libro me había apasionado, y de vez en cuando hablábamos acerca de él. La primera frase era larga: «Últimamente, vengo observando dentro de mí una acumulación de toda suerte de

cosas que no encuentran expresión en una forma artística objetiva como la novela». Si fuese matriz para una contraseña, lo más probable es que hubiera utilizado las primeras ocho o diez letras. El siguiente libro en cumplir los requisitos fue *La pesquisa*, de Saer. Se había publicado en 1999, recordaba bien haberlo leído en el auge de su popularidad y de las fiestas del *Orangotango*. Esa novela me la había recomendado él a mí. «Allá, en cambio, en diciembre, la noche llega rápido», rezaba la primera frase. Nueve letras. A medida que encontraba las obras, anotaba los acrónimos de las frases iniciales en un archivo de Notepad. Llegué a reunir catorce contraseñas basadas en ocho libros.

Sabía bien que la posibilidad de acertar era ínfima, por lo que no me frustré cuando ninguna de las contraseñas obtenidas me dio acceso al difunto blog. Aunque extendiese el procedimiento a todos los libros de la biblioteca de Duque, era altamente improbable que encontrase la contraseña que había utilizado. Aun así, aquel juego incrementaba mi sensación de estar siguiendo una pista dejada adrede por el escritor muerto. Sentía el pulso latir en mis sienes. Me invadía un impulso maníaco. Mis glándulas inyectaban crack natural en el flujo sanguíneo. Una erección constante, completamente sin sentido, forzaba las costuras de los calzoncillos. Qué día para mi pene. No tenía erecciones a ese ritmo desde que tomaba el autobús en la adolescencia. Intenté imaginar otras páginas web en las que podría haber abierto una cuenta pero que hubieran quedado fuera de la carta de testamento abierta por Francine. Cosas de las que el propio Duque pudiera haberse olvidado. Intenté iniciar sesión, en vano, en StumbleUpon y en Myspace, dos páginas que la gente utilizaba mucho a principios del milenio y que a estas alturas ya habían caído en el olvido. También probé las contraseñas en Formspring, una página de preguntas y respuestas que había tenido mucho éxito y después perdido popularidad en favor del parecido Askfm. Una de las últimas entrevistas concedidas por Duque antes de dejar de hablar con la prensa había sido un maratón de tres días en su perfil de Formspring. Respondió a todo tipo de preguntas que llegaron, siempre que no tocaran asuntos privados de terceros. Fue una

verdadera performance. De una sola tacada, bombardeó los conceptos de privacidad, del lugar del autor y de lo que podría ser una entrevista, y se despidió para siempre del contacto con los medios y con el público. Aquello había sucedido en 2008 o 2009, no recordaba bien, pero el resultado de la experiencia estuvo disponible online durante unos años, antes de que él mismo lo eliminara, o al menos eso era lo que se presumía. Muchas personas debían de tener copias. Yo, por lo menos, lo había guardado todo en mi HD. Las preguntas y las respuestas se alineaban en un archivo de texto de casi un megabyte. Las cuestiones iban desde temas como la inspiración para sus personajes, convicciones políticas y puntos de vista filosóficos, hasta la frecuencia con que se cortaba las uñas y las mayores humillaciones por las cuales había pasado. Era interminable. La promesa de Duque en el encabezamiento de la página era la de mantener una honestidad inquebrantable, pero ¿quién podía saberlo? Quien lo conocía bien sospechaba que incluso allí, rompiendo la promesa, estaba más interesado en construir una narración de contornos ficcionales que en atenerse a la realidad. En cualquier caso, Formspring también rechazó todas mis combinaciones de usuario y contraseña. Intenté en páginas web de pornografía, en tiendas online, en páginas de crowfunding, en foros de intercambio de archivos.

Estaba a punto de abandonar el juego cuando me arriesgué a escribir el usuario y las contraseñas en la página de SprintRun, una aplicación para el seguimiento de carreras de running. Duque entrenaba casi todos los días, según Francine, y le habían atracado precisamente durante uno de sus trayectos nocturnos por la ciudad. El ladrón se había llevado su iPhone. Era posible que utilizara una de esas aplicaciones que registran los recorridos, y SprintRun era la más conocida. Tecleando en modo automático, ya con la vista borrosa, introduje las contraseñas y pulsé Enter. De repente, en vez de que la pantalla volviera a cargarse con el aviso de contraseña incorrecta, se abrió otra página llena de gráficos, menús y JPG de gente feliz corriendo. Subí y bajé por la pantalla, incrédulo. Estaba dentro de la cuenta de Duque. Su nombre y su fotografía encabezaban el recuadro del perfil en el ángulo superior

izquierdo. Su nariz de judío y su calvicie precoz, los ojos penetrantes y la boca carnosa, la barba incipiente. Un timeline de entrenamientos ocupaba la parte central de la pantalla, con iconos meteorológicos y geográficos que indicaban si había llovido o hecho sol el día de la carrera, si el suelo había sido de asfalto, tierra o pista, y con información acerca de la duración, la distancia recorrida y la velocidad media. Cada dato incluía también un mapa en miniatura con el trazado del recorrido captado por el GPS del móvil. A la derecha de la pantalla aparecía el perfil de usuario. Andrey Dukelsky, Porto Alegre/RS, sexo masculino, soltero, nivel intermedio, nacido el 12 de enero de 1978. Encima de la misma columna había un banner animado. «¡CORRER ES VIDA! Conviértete en miembro GOLD y alcanza tus objetivos — 25 % OFF.» Demasiado tarde para él, pensé. En la oscuridad de los servidores de SprintRun, una base de datos regida por algoritmos seguía indiferente a la muerte y a la vida.

En la barra de la parte superior había un menú de opciones como Rutas, Estadísticas, Amigos y Actividades. Cliqué primero en Estadísticas. En el mes de enero de 2014, desde el día 1 hasta el de su muerte, Duque había corrido ciento doce kilómetros en diez horas y diecisiete minutos, y consumido nueve mil cuatrocientas sesenta y una calorías. Desde que había empezado a utilizar la aplicación, había corrido más de tres mil kilómetros y gastado casi trescientas mil calorías. La ganancia de elevación total era de veintinueve kilómetros, con un número muy parecido de pérdida de elevación. Era como si hubiese subido y bajado el Everest más de tres veces. A continuación cliqué en la opción Rutas. Duque tenía seis rutas registradas en Porto Alegre. Cuatro salían de su piso en la calle José Bonifácio y recorrían avenidas y parques de los alrededores. Una de ellas comprendía la avenida Beira Rio, desde el centro cultural Usina do Gasômetro hasta el Museo Iberê Camargo. Otra era una prolongación de esta, partiendo desde su casa y yendo hasta Beira Rio. Había también varias rutas por varias ciudades de Brasil y del mundo. No perdía la oportunidad de correr cuando participaba en eventos literarios fuera del estado o del país. Los trazados rojos dibujaban formas geométricas o garabatos

irregulares en ciudades como Estocolmo, Berlín, Madrid, París, Washington, Bogotá. Había una ruta en Luanda. Nueva Delhi. Dos en São Paulo. Una en Río de Janeiro, alrededor de la Lagoa, que partía de una dirección en el barrio Humaitá y acababa en el mismo punto.

Regresé a la página de inicio. El primer mapa del timeline era el trayecto que Duque había recorrido la noche de su muerte. Salía de su apartamento, al lado del parque da Redenção. Lo atravesaba por en medio, pasaba por la fuente y por el estanque, después subía por la calle Tomaz Flores, giraba a la izquierda en Vasco da Gama y llegaba hasta el Colégio Rosário. Daba la vuelta por la pequeña plaza de Dom Sebastião y subía toda la avenida Independência. Tomaba la calle Vinte e Quatro de Outubro hasta el Parcão, cruzaba el parque y seguía por la avenida Goethe y por la calle Silva Só hasta llegar a Protásio Alves. Y entonces ocurría algo muy raro y perturbador. En vez de tomar por Protásio a la derecha y volver hacia José Bonifácio, de donde había salido, Duque giraba a la izquierda, corría algunas manzanas por la acera hasta Vicente da Fontoura, entraba en esa calle a la izquierda, atravesaba Passo da Pátria y paraba justo delante de mi edificio. Después de eso, daba media vuelta, regresaba por Protásio y seguía la ruta más corta en dirección a su casa.

Me quedé un rato mirando el mapa, atónito. Hacía cinco horas que no me despegaba del ordenador. Fui al comedor a servirme un whisky y volví. Eran las once y media de la noche. Por más alterado, exhausto y maníaco que me sintiese, no había otra manera de interpretar el mapa. El día en que un atracador lo había asesinado a tiros, Andrei se había desviado de su ruta para plantarse delante de mi casa. Estaba claro que se trataba de un desvío. El propio dibujo del trayecto lo demostraba. Un cuerpo extraño con la forma de la letra L se proyectaba fuera del circuito cerrado, abandonando las veredas amplias y los parques y adentrándose en las aceras angostas y deterioradas de Protásio Alves, solo para llegar a la puerta de mi edificio y entonces regresar.

Pero eso no era todo. El trayecto registrado por el GPS la noche del atraco no acababa en las inmediaciones del hospital de Clínicas, cerca

de la esquina de Protásio Alves con Ramiro Barcelos, lugar donde habían asesinado a Duque. A partir de ahí, el trazado en el mapa atravesaba Protásio y subía tres manzanas de Ramiro, hasta el puente de la calle Vasco da Gama. Podía ser una imprecisión del GPS o de la aplicación. O tal vez mostraba la ruta de huida del ladrón. Allí, el asesino habría desactivado el GPS. O dañado el móvil. La carrera había contabilizado nueve kilómetros y poco. La duración había sido de una hora y diecinueve minutos. Ese debía de haber sido el tiempo que la aplicación siguió funcionando. La media del ritmo cardíaco registrada por el aparato había sido de ciento cincuenta y una pulsaciones por minuto. ¿Acaso el monitor cardíaco sujeto al pecho de Duque habría registrado la disminución de sus latidos hasta que cesaron por completo?

Fui bajando por el timeline y repasé los trayectos de las carreras de Duque en los meses anteriores. El circuito que había recorrido el día de su muerte era también el más habitual. En algunos casos, allí estaba el desvío que lo llevaba frente a mi edificio. No era muy frecuente, pero aparecía. Seguí bajando por la pantalla. Cuatro. Cinco. Seis. Diez veces. Hasta que dejé de mirar. Las misteriosas visitas, si tenía sentido llamarlas así, acontecían en general durante las carreras nocturnas, entre las ocho y las nueve, pero a veces también ocurrían por la mañana o por la tarde. Era difícil saber si yo había estado en casa o no en cada una de aquellas ocasiones. Mi rutina, al fin y al cabo, no era nada estable. Nunca había llamado al interfono estando yo en casa, de eso estaba seguro. Las ventanas de la habitación y del comedor daban a la calle. Como vivía en un segundo piso, mi ángulo de visión de la acera no era bueno. Además, tengo preferencia por ambientes oscuros, por lo que acostumbro a dejar solo un resquicio abierto de la persiana, para ventilar un poco el humo de tabaco. ¿Lo habría visto alguna de las raras veces que me apostaba junto a la ventana para observar el movimiento de fuera? ¿Habría vuelto alguna vez al ordenador con la vaga sensación de haber visto a Duque con pantalones cortos y zapatillas deportivas? Me lo imaginé parado allí abajo, resoplando y empapado en sudor en el aire húmedo de Porto Alegre, sin la camiseta,

con la espalda peluda al descubierto, observando mi ventana durante unos minutos para luego marcharse. Hacía años que solo nos comunicábamos por e-mail. Nos habíamos visto en una fiesta en 2012. Un año antes de su muerte habíamos tomado un café tras un encuentro fortuito en la Feria del Libro. Yo estaba entrevistando a una autora cubana de visita en la ciudad. Él había ido en busca de saldos, como solíamos hacer en el pasado todos los del *Orangotango*. Durante aquel café recordamos con gusto dos títulos que encontramos en los saldos de la Feria a finales de los años noventa. Como venían en lotes procedentes de los fondos sin vender de las editoriales, era normal que todos comprásemos los mismos libros. Perlas pintorescas como *Phutatorius*, de Jaime Rodrigues, y *Novela con cocaína*, de M. Aguéev. Fue allí donde vi a Duque en persona por última vez. Decidí, por falta de una mejor alternativa, que los desvíos que tomaba cuando salía a correr para plantarse delante de mi edificio eran una necesidad íntima suya. Parte de su *vida secreta*, es decir, de los hábitos que cultivamos a solas y que son absurdos desde cualquier punto de vista práctico pero que para nosotros son absolutamente vitales. Todos los lunes yo almorzaba en el mismo restaurante horrible porque el ambiente y la gente me proporcionaban un bienestar inexplicable y propiciaban la autorreflexión. Terminaba muchas noches de borrachera en un bar insulso de la calle Lima e Silva en el que, años atrás, mantuve una divertida discusión con un hetero sobre la falaz dicotomía activo/pasivo en el contexto homoerótico. El local no tenía nada de especial, era un antro en el que no pasaba nunca nada, pero me sentaba bien volver a aquel sitio, recordar aquella conversación amistosa y habitar aquella zona de expectativas agradables que sabía, de antemano, que no serían correspondidas. Mi vida secreta tenía esa clase de cosas. La de Duque, según los registros de la aplicación SprintRun, incluía espiar mi ventana de vez en cuando. Fuese o no una interpretación correcta, la idea me oprimió el corazón con tanta fuerza que los ojos se me llenaron de lágrimas.

Era un poco más de medianoche cuando bajé a la calle. Fui caminando por Protásio hasta el cruce donde mataron a Duque y entré

en Ramiro Barcelos a la derecha. Caminé tres manzanas más hasta el puente sobre Vasco da Gama, pasando junto a un nuevo bar de cervezas artesanales con un food truck estacionado delante. En lo alto del puente, me quedé unos minutos observando el tráfico en la calle de abajo. Muchos taxis se dirigían a gran velocidad hacia los bares de las zonas de Bom Fim y Cidade Baixa. Un grupo de chicas de pelo corto o rapado a los lados, montadas en bicicletas, bajó con despreocupada agilidad por Ramiro y por la pasarela junto al puente. Un señor mayor caminaba por la acera con un perro gordo y tembloroso. La ausencia de coches aparcados indicaba que con toda seguridad los robaran o atracaran a mano armada en aquel punto de la ciudad. En la pequeña plaza recién reformada que bordeaba el puente, cuatro jóvenes con gorra de ala recta fumaban marihuana y escuchaban funk en el móvil. Había ruido, pero también largos momentos de silencio. Hacía ya algunos años que el movimiento de Porto Alegre a aquellas horas de la noche tenía algo de clandestino. Salir a las calles era una osadía, puede que incluso un acto político. En aquel momento, me sumaba a los incautos que insistían en afirmar la existencia de una vida pública nocturna más allá de la salida de la última sesión de cine de los centros comerciales. Sin perder más tiempo, recorrí las rampas de acceso y las pasarelas que conectaban las aceras de Vasco da Gama con el puente de la calle Ramiro. La vegetación era variada y hacía mucho que no recibía ningún cuidado. Sin prisa alguna, con el cigarrillo encendido en la boca, fui removiendo el césped y los hierbajos de los arriates y abriendo las ramas de los arbustos. Encontré un guante de lana gris. Después huesos de pollo, una cajita de polietileno con restos ancestrales de comida, un par de auriculares, un pájaro muerto, una bolsa cerrada llena de excrementos de perro. Tuve que encontrar todas esas porquerías antes de convencerme de que el móvil de Duque no estaba allí. El recorrido de la última carrera acababa en aquel lugar porque se había agotado la batería o porque el ladrón había apagado el teléfono. Después de tantas pistas y revelaciones, darse contra un muro de aquella forma era difícil de aceptar. El rastro había terminado en un abismo. Eché a andar apresurado en dirección a Bom Fim, sin rumbo

definido.

En algunos momentos, sentí el móvil inexistente de Duque palpitando en el bolsillo izquierdo del pantalón. Llegaba a colocar la mano sobre el mismo para certificar que estaba vacío. Era como la vibración fantasma que a veces sentía en la pierna derecha, donde solía llevar el mío. Aquella ilusión, pensé, era la culminación de lo que había empezado con la investigación de las contraseñas, la aplicación de las carreras, la búsqueda entre los arbustos. Algo innombrable pero que tenía que ver con la persistencia de la persona fallecida en aquellos softwares y calles, más allá de su evidente persistencia en los recuerdos y sentimientos compartidos de quienes lo conocieron íntimamente. El puente de Vasco da Gama parecía acordarse de él como me acordaba yo. Los diminutos mapas de carreras en la página web parecían lamentar su muerte tanto como sus devotos lectores. El libro de Saer que codificaba una de sus contraseñas de internet parecía orgulloso de aquel vínculo. Aquellos objetos, cosas, lugares y patrones de información digital habían sido modificados por la muerte de Andrei del mismo modo que yo. Habían quedado, por decirlo de otra manera, afectados.

Descendía en espiral hasta el fondo de esa línea de pensamiento cuando mi móvil vibró de verdad en el bolsillo derecho. Miré alrededor. Bajaba por la avenida Independência en dirección Centro, pasando por delante del Bambu's. Desde la esquina, mirando hacia Barros Casal, vi el difunto Garagem Hermética, escenario de tantas fiestas del *Orangotango*, transformado ahora en una sala de conciertos genérica en la que tocaban desde grupos de sertanejo universitario hasta bandas que versionaban a Pink Floyd. No conseguía recordar el camino que me había llevado hasta allá. Andaba con el piloto automático desde hacía por lo menos quince minutos. Leí el mensaje de WhatsApp. Era de Aurora. «Hola, Emi. ¿Te acuerdas de que hablamos de la casa de tu familia donde pasamos el Año Nuevo del 99? ¿Se podría ir a pasar unos días? He estado pensando en eso. Bs.»

Me senté en la acera, cerca de una furgoneta que vendía perritos calientes y que atendía a una joven pareja vestida para salir de fiesta, a

un tipo con el uniforme de una gasolinera y a un recolector de latas travestido de mujer. El olor a salchicha hervida era tan nauseabundo como nostálgico. Mi primer impulso fue contarle a Aurora lo de las carreras de Duque. No. Mencionar aquellas visitas suyas a mi calle era una pésima idea, concluí. Podía prever el escepticismo de su reacción y temía ser destruido por él. Me levanté y pedí un perrito caliente sin queso rallado. Mientras esperaba, respondí a Aurora. «Sí que se puede. ¿Tienes pensado venir a Porto Alegre en algún festivo? Quedamos cuando vaya a São Paulo.» La aplicación me informó de que se había enviado el mensaje. Luego, de que había sido recibido. Segundos después, informó de que Aurora estaba escribiendo. Otros diez segundos más tarde, llegó el globito con su respuesta. «Si tú no puedes, puedo ir sola. Todavía tengo el txt con las indicaciones para llegar en coche. Si no hay problema, claro.» Recordaba haber enviado a todo el grupo un archivo de texto con detalladas indicaciones para llegar desde el puente levadizo del Guaíba, con marcadores de kilometraje y referencias visuales para los desvíos en la carretera de tierra. La mención del archivo me produjo la misma sensación de viaje en el tiempo que me había causado el vídeo de Antero. Un archivo digital con quince años de antigüedad provocaba la misma extrañeza que aquel meteorito marciano de cuatro millones de años que habían encontrado en la Antártida y que contenía fósiles microscópicos de bacterias alienígenas casi tan antiguas como el mismo sistema solar. Al igual que el meteorito, el archivo apuntaba a un pasado imposible de imaginar. Quince años. Antes de los móviles con cámara. Antes incluso de las cámaras digitales. Si había registros en película de aquella acampada en la casa de campo, lo desconocía. No obstante, el archivo de texto guardado por Aurora certificaba que sí, que habíamos pasado el cambio de milenio en el bosque, a una distancia segura de la modernidad, de los fuegos artificiales y de un eventual colapso de la civilización. «No hay ningún problema. Pero vamos juntos. No me gusta imaginarte allí sola», tecleé.

Aurora tardó en responder. Mi perrito caliente estuvo listo antes. Como esperaba, estaba malísimo. Pan empapado y reblandecido.

Salchichas blanquecinas y sin gusto. Kétchup claro y muy dulce. Maíz y guisantes que parecían haber sido conservados en el agua de un enema. Patatas paja blandas, que se adherían a los dientes. Mayonesa hecha de esmegma. El perejil había sido congelado. Y, aunque ausente de mi bocadillo, el queso parmesano rallado y guardado en un bote de plástico en la furgoneta atufaba un olor intenso. Al primer mordisco, la tripa del perrito caliente se escurrió del panecillo. Me lo comí entero con voracidad. Estaba entrando en el tercer día sin dormir. Extrañamente, ya no me sentía en estado maníaco, pero aún estaba despierto y alerta. Tal vez un poco delirante. Era difícil estar seguro. Me limpié las manos en las servilletas enceradas, que solo ayudaban a esparcir todavía más la mayonesa y la grasa.

Terminé de limpiarme en la camisa y saqué de nuevo el móvil. Mientras me comía el perrito caliente, Aurora había seguido escribiendo. «El mundo se está acabando ya, Emi. Quizá ya haya acabado aquí en São Paulo, en Porto Alegre. En la casa de campo tardará mucho más.» Después: «No quiero asustarte, no es más que una forma de hablar. Pero necesito alejarme un poco. Me gustaría quedarme allí unas semanas si a ti y a tus padres os parece bien». Luego se volvía más inquietante. «Incluso sería mejor si pudiese ir yo sola unos días. No estoy pensando en hacer ninguna tontería, no te preocupes.» Después: «Voy a hacer un curso de tiro con arco. Un tío con el que me he liado hace poco lo practica desde hace unos meses y me va a llevar». Y terminaba con un «Vale, te dejo dormir». Me encendí un cigarrillo para limpiarme la boca. Una parte de mí quería llamar a Aurora y burlarme cariñosamente de ella. Pero si lo hiciese acabaría hablándole de la contraseña y las visitas secretas. Tenía que explicárselo a alguien, pero no podía ser a ella. ¿A quién podía contárselo? ¿Adónde me llevaba el rastro? ¿Qué había al otro lado del muro? Tecleé varias cosas y las borré, hasta contentarme con un «No te alejes de la luz, Aurora. Hablaremos sobre la casa cuando vaya a São Paulo. Iremos. Ahora tengo que dejarte. Besos y cuídate». Ella terminó con un «OK. Bs».

Media hora de caminata más tarde, llamaba al interfono de Duque.

Francine no me preguntó qué quería antes de abrir la puerta del edificio, que no tenía conserje ni ascensor. Subí los tramos de escalera pensando en dar media vuelta. Llamé suavemente a la puerta en vez de tocar al timbre. Me recibió con una chaqueta fina por encima del camisón. Tenía la mejilla izquierda arrugada por las sábanas o por la almohada. El semblante tranquilo. Así era como mi madre me abría la puerta durante la adolescencia cuando llegaba de una fiesta a la hora a la que había avisado que llegaría. El piso estaba fresco, como si el aire acondicionado hubiera estado todo el día encendido.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las dos y cuarto.

—Ha pasado algo.

Le hablé de la contraseña que había adivinado, de la cuenta de Duque en el SprintRun, del trayecto que había corrido el día de su asesinato, de los constantes desvíos que hacía hasta mi edificio. Francine apartó la mirada y contempló los cuadros de la pared del comedor, como si buscase una distracción. Eran obras contemporáneas, collages fotográficos con textos intercalados, pinturas con aplicaciones de materiales en relieve, esas cosas que se hacían en la época. Su falta de reacción empezó a irritarme. Esperaba de ella algún tipo de correspondencia a la agitación que me invadía.

—¿Tiene algún sentido, Francine? Dime algo.

—Dime algo. Eso es lo que todos quieren de mí ahora. Que diga algo.

—¿Me espiaba? ¿Hablaba de mí?

—¿Quieres que diga algo? Puede que no lo amara tanto.

Giró la cabeza para mirarme de nuevo. En ese resurgir de su rostro en la penumbra, me pareció más que nunca un chico de mentón prominente y un poco bobalicón.

—Dame uno de tus cigarrillos —me pidió.

Obedecí. Se llevó el Camel a la boca. Cuando hice ademán de encenderlo, ella me quitó el Zippo de Jack Daniel’s y lo estudió con el desposeimiento de una torturadora. Los objetos en sus manos perdían la vida. Eran pequeños bloques de materia destinados a despertarle solo un interés distante y pasajero. Francine podría haber sido una

replicante de *Blade Runner*. Me devolvió el encendedor junto con la primera bocanada de humo.

—Duque era frío. Tú lo sabes. Cerca de él yo debía de parecer una persona cálida. Devota. Pero después de su muerte…

No me atreví a pedirle que siguiera. Esperé.

—Él me gustaba mucho —dijo por fin—, de verdad, mucho, pero creo que su muerte no me importa tanto como la gente cree que debiera. Después de lo que pasó. Quiero decir, ese papel que me corresponde. Lo que esperan que sienta.

—Puedo imaginarlo.

—¿Puedes? —Otra calada y otra bocanada—. Creo que puedes, sí.

—Puedo —insistí sin necesidad.

—Sí. Tú puedes. Cuando nos miramos, siento que me entiendes.

De repente llegó el sueño atrasado. Me pesaban los párpados y mi cuello cayó hacia delante, curvando toda mi posición en el sillón.

—Quieres saber por qué iba a espiarte a tu casa, ¿no?

—Así es —murmuré.

—Ya sabes por qué. Le gustabas.

—Pero…

—¿Lo que llaman amor platónico? No sé si era exactamente eso. No, no era eso.

—Qué hijo de puta.

—Hay cosas que queremos vivir y que nunca vivimos. Porque no podemos, porque no está permitido. Cosas que son pequeños monstruos nacidos en el sótano. Crecen. Se marchitan. Se deforman. No se puede saber lo que el sótano hará con ellas. Pero se quedan ahí. Lo único que no le sucede a ese pequeño monstruo es desaparecer. Mientras vivamos, él vive.

—Hijo de puta. Cabronazo.

—A veces, cuando follábamos, me pedía que fingiese que…

Salté del sillón y le sujeté la cara. Ella continuó sentada y aceptó mi boca como había aceptado el mechero, como un objeto que apenas llegaba a rascar su curiosidad. Una costumbre de un pueblo de un planeta que no le concernía. Cobré conciencia de mi sudor, de que no

me había duchado, de mis manos grasientas, de mi erección y de mi sueño incapacitante, todo al mismo tiempo. No entendía bien lo que estaba pasando. De lo poco que entendía, no me sentía particularmente orgulloso. Pero era una zona sin explorar, algo nuevo o percibido por primera vez, y que me llenaba de una energía que reservaría para después. Para un momento futuro que podría ser de todo menos tedioso. Yo creía en el futuro. Francine me llevó a dormir a su cama. Mientras aquella clase de energía existiese, pensé antes de sumirme en el sueño, mientras continuase brotando en algunos de nosotros, aunque fuese contra nuestra voluntad, nuestro mundo perduraría.

Ahora sabemos con certeza lo que nos esperaba, pero yo estaba a oscuras como todo el mundo cuando desperté aquella mañana, con los primeros indicios del amanecer. Me preparé un café y comí pan de molde light con queso y miel. En cuanto el sol secó el rocío y consiguió calentar un poco la tierra helada, salí a caminar, como tenía por costumbre desde hacía unos días, desde que había llegado a la casa de campo de la familia de Emiliano. Él no sabía que estaba allí, aunque tarde o temprano ataría cabos, ya que le había mencionado el tema varias veces. Nadie sabía que me encontraba allí, ni siquiera mi familia, para la que me había inventado la historia de que iba a hacer un viaje de investigación en los campos de cultivo gauchos. Tenía los dedos agarrotados por el frío y los labios agrietados. Las noches de invierno en aquellos cerros, como los escasos habitantes locales llamaban a las laderas pedregosas que dominaban el paisaje, eran tan frías y oscuras que resultaba fácil imaginarse flotando en el espacio sideral después de que las luces se apagasen. Pero el cielo se mantenía limpio, y yo anticipaba, en cuanto abría los ojos, el momento en que forzaría las rodillas caminando por las laderas y sendas llenas de piedras, envuelta en gorros y chaquetas, llenando los pulmones de aire puro y la mente de silencio.

Pasé por el cobertizo infestado de pulgas y por el tendedero de pieles de oveja secándose al sol y continué por la pista de tierra que seguía en dirección a la casa de Neto, el vecino más cercano, un camino erosionado que apenas podía atisbarse entre la vegetación. Neto criaba cabras y ovejas y, dependiendo del año, plantaba tabaco, maíz o sandías. Aparecía por lo menos una vez al día, en moto o a caballo, con

bombachos, botas, una camisa mugrienta y boina, para saber si estaba bien, curioso ante la presencia de una mujer sola en una cabaña en el bosque, que escuchaba música por los auriculares delante del fogón de leña y paseaba por los montes por la mañana, deteniéndose a admirar plantas y animales. Solo le había dicho que era amiga de la familia y que estaba pasando una temporada allí para descansar de la ciudad. Era probable que en algún momento llamase por teléfono a los padres de Emiliano para alertar de mi presencia, pero ya llevaba en la casa diez u once días y, hasta el momento, nada de preguntas. Neto vivía con su mujer y su hija Diana. A los catorce años, Diana tenía la piel muy blanca ya un poco castigada por el sol y una boca muy roja. Debía de medir cerca de un metro ochenta y tenía unas piernas largas y fuertes, que terminaban en unos pies metidos dentro de unas botas de cuero marrón de amazona. Cabalgaba como una princesa de película, con chaqueta de nailon violeta y el pelo rubio recogido en una cola de caballo, gritando órdenes con voz grave a caballos y perros. No hablaba conmigo. Una de las primeras mañanas, cuando Neto me invitó a almorzar en su casa, que quedaba a tres kilómetros de distancia, al otro lado de un valle con un agradable riachuelo al fondo, la observé sentada en un taburete en un rincón de la cocina, abatida, intercambiando mensajes por el móvil, levantándose solo cuando su madre le pedía que pusiera la mesa o para buscar algo en la despensa. Una Kombi pasaba todos los días para llevarla al colegio público, que quedaba en un pueblo a veinte kilómetros de su casa. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que algún novio la raptase y se la llevase a la ciudad? ¿O quizá elegiría permanecer donde estaba, cuidando de la vida doméstica de una familia rural, trabajando en plantaciones, vacunando rebaños? ¿Podría unirme a Diana, ser su aprendiz, su compañera? ¿Acaso el mundo también estaba acabándose para ella? ¿Tendría esa sensación, pensaría en eso de vez en cuando? La luz eléctrica había llegado a aquellas personas hacía menos de diez años. Si mi mundo acabase, ¿perduraría el de ella? ¿O quedaría demostrado que vivíamos en el mismo mundo? No podía ahuyentar la sensación de que estábamos a punto de descubrirlo.

Unos doscientos metros más allá, pasé por los naranjos en torno a los cuales acampamos el último día de 1999. Nunca quisimos que aquel año acabase. Nuestro deseo de que durase para siempre era tan grande que ni siquiera reparamos en el cambio de milenio. Estábamos fuera del alcance de destellos y fuegos artificiales. Fue Andrei quien anunció, de repente, para sorpresa de los demás, que ya eran las doce y veinte de la noche.

Después de los naranjos, me desvié del camino que iba a la casa de Neto para tomar un sendero que llevaba hasta la cima del monte y se adentraba en el bosque. En las zonas de pasto, pequeñas sociedades de cabras y ovejas mascaban comida y se dedicaban a sus transacciones secretas a ojos de los humanos. No era la primera vez que me internaba por allí, pero los caminos se bifurcaban y me fue atrayendo la idea de que era realmente posible perderme en aquel lugar para no ser vista nunca más. Fui dejando atrás referencias conocidas de caminatas anteriores. Una losa de piedra cubierta por una película de agua musgosa. Una pequeña agrupación de precarias tumbas al borde del camino, engullidas por el bosque profundo. Una colmena vacía y con la pintura azul desvaída y descascarillada. Cada paso me alejaba un poco más de mi familia, de mi doctorado, de mis colegas de departamento, de mis pocos amigos, de mis escasos objetos, de mis rastros virtuales. Llegué a lo alto de una amplia roca que proporcionaba una vista panorámica del valle y de las colinas que se extendían hasta el horizonte, puntuados por casas y cobertizos muy alejados unos de otros, que señalaban la remota presencia humana en los pastos verde claro a la vera de los bosques verde oscuro. Había piedras por todas partes, como destrozos de un planeta explosionado. Aquel era un reino mineral en el que hombres, animales y plantas eran colocados en su debido lugar como criaturillas fugaces e interdependientes. Bordeé la ancha roca y bajé por la ladera del valle. Me adentré en otro bosque denso y me vi en territorio desconocido.

La vegetación nativa de aquella región estaba formada en gran medida por chircas de monte, *Dodonaea viscosa*, un arbusto que prosperaba en tierras pobres de nutrientes y era siempre la primera en

brotar y crecer después de los incendios, y por cambuís, *Myrciaria tenella,* cuyas finas ramas formaban lo que parecían ser cortinas de raíces desplegadas en el corazón de las islas boscosas rodeadas de pasto. Los palmitos que me habían llamado la atención casi quince años atrás seguían por allí, brotando en los márgenes y grietas de las piedras. En menor cantidad, había plantas de yerba mate, araucarias y palmeras butiá, conocidas pobladoras de los paisajes rurales sureños. Y bromelias. Bromelias por todas partes. A mi alrededor cantaban las cigarras y se oía el crujir de un cañaveral de bambú todavía oculto en alguna curva del camino delante de mí. La vegetación se volvió más espesa y el sendero más estrecho, hasta el punto de tener que romper y apartar ramas para poder avanzar. De repente el camino desembocó en un claro sospechosamente amplio, como si hubiera sido abierto por la mano del hombre. De hecho, en uno de sus márgenes encontré los restos de una casucha abandonada, con una pared de piedra y barro de casi un metro de altura. En aquel lugar había vivido gente décadas atrás. Lo que llamó mi atención, sin embargo, estaba justo en medio del claro boscoso. Un cinamomo centenario, ya muerto, moría la morosa muerte de los árboles y estaba siendo engullido por una joven y aguerrida higuera roja. Ambas especies parecían abrazadas en solidaridad, pero lo que sucedía en realidad era que la higuera estaba estrangulando al cinamomo a cámara lenta mientras otras plantas parasitarias, hongos e insectos proliferaban en sus tallos y raíces, ajenos a la violencia. La imagen me hizo pensar, entre otras cosas, en estatuas que representaban escenas de combate o asesinatos. Cuando veía ese tipo de estatuas, solía imaginar que también ellas se movían demasiado despacio para que el ojo humano pudiera percibirlo, consumando actos brutales en un tiempo que no era el nuestro. Pensé también en lo bello que era el cinamomo, aunque estuviese muerto. En la belleza del conjunto. Durante meses, el árbol muerto y el árbol vivo serían una sola cosa. Para que algo viviese, algo, en algún lugar, debía morir. Intentaba abrir todos mis sentidos hacia el claro, hacia el legado fantasmagórico de sus antiguos moradores humanos, hacia el olor rocoso de la suave brisa que agitaba las hojas, hacia los zumbidos y

vibraciones de aquel rincón que se me ofrecía a mí y a nadie más, que hacía de mí quien yo era en aquel instante, cuando un bulto blanquecino rozó mi campo de visión.

Mi corazón se aceleró y, sin mover nada aparte de la cabeza, inspeccioné la vegetación a mi alrededor hasta que vi al animal. Entre los árboles, un ciervo blanco pisaba cauteloso, espiándome de costado, asimilando mi presencia al mismo tiempo que yo asimilaba la suya. Los arbustos no se movían ni producían ruido alguno a su paso. No se detuvo, pero caminó lo suficientemente despacio para que yo lo observase. Tenía los ojos rojizos. El cuerpo blanco estaba salpicado de manchas marrón claro y sus astas eran cortas y negras, recubiertas de una pelusa gris. Estaba segura de lo que estaba viendo. El ciervo se alejó de mí sin ninguna prisa. El blanco fue apagándose en la oscuridad de la maleza nativa hasta desaparecer. Me quedé un instante indecisa. Avancé en la dirección que había seguido el animal, intentando rehacer sus pasos, pero no volví a verlo. Había bajado a las profundidades del valle, allí donde el bosque se hacía aún más denso.

Uno de los grandes narradores contemporáneos del Brasil indaga sobre la falta de esperanza en nuestro mundo, a través del retrato de un grupo de amigos que crecieron con el cambio del milenio.

LAS DOCE Y VEINTE DE LA NOCHE
DANIEL GALERA

En medio de una inesperada ola de calor y en un Porto Alegre paralizado por una huelga de transportes, tres amigos vuelven a encontrarse después de casi dos décadas. A finales de los noventa habían creado juntos un fanzine digital que se hizo famoso en todo Brasil. En su momento compartieron el sentimiento inmortal de la juventud y muchas promesas incumplidas. Hoy solo les une la tristeza por la muerte de Duque, a quien han disparado de madrugada mientras corría por la ciudad, en otro estúpido caso de violencia callejera. Era el cuarto miembro del grupo, el más brillante y talentoso pero también el más solitario e inaccesible, convertido en los últimos años en una de las nuevas voces de la literatura brasileña. Los recuerdos del pasado regresarán para esbozar el retrato incierto del amigo perdido y de un grupo de jóvenes que tuvieron que reinventarse en la nueva era de internet y de las redes sociales.

Daniel Galera, uno de los autores más destacados de la narrativa contemporánea brasileña, nos brinda el retrato sobre una generación que, al traspasar las puertas del milenio, quedó atrapada entre la nostalgia de un pasado idealizado y un presente lleno de angustias y amenazas apocalípticas.

«Admirable y poderosamente melancólica [...] Un gran retrato generacional y un gran libro político sin equivalente en el terreno literario contemporáneo.»

Livres Hebdo

«Con este libro delicioso, Daniel Galera se consagra como el retratista de toda una generación.»

THALES DE MENEZES, *Fohla de S. Paulo*

«Es impresionante cómo Daniel Galera, ya en las primeras páginas, logra transmitir la difícil situación de su ciudad y de todo Brasil. Pobreza, corrupción, desesperanza: con sus frases febriles, el autor de treinta y ocho años retrata de forma implacable una sociedad al borde del abismo [...] que mantiene con una claridad estilística casi aterradora.»

DENNIS POHL, *Der Spiegel*

«Daniel Galera demuestra que la literatura brasileña está viva.»

MARTINA FARMBAUER, *Wiener Zeitung*

«Está siendo muy estimulante seguir la carrera de Daniel Galera. *Las doce y veinte de la noche* es otra gran narración con ritmo, profundidad y personajes fuertes.»

LUIS AUGUSTO FISCHER, *Gaúcha Zero Hora*

«Con *Las doce y veinte de la noche,* Galera muestra una sociedad que gira alrededor de la barbarie.»

CAETANO GALINDO, *Gazeta do Povo*

«Uno de los grandes narradores contemporáneos brasileños. Daniel Galera examina en su nueva novela los impasses de su generación ante el sentimiento de finitud. [...] Es el fin del mundo

tal y como lo conocemos (y no nos sentimos bien).»

CARLOS MARCELO, *Estado de Minas*

«Daniel Galera crea un escenario conflictivo y contradictorio de emociones y experiencias humanas contra la situación de crisis económica brasileña, el evidente cambio climático y la inestabilidad política.»

Taz

Daniel Galera nació en São Paulo en 1979. Escribe ficción desde 1996 y empezó a divulgar su obra en internet mucho antes de la existencia de los blogs. En 2001 fundó con dos amigos una editorial independiente llamada Livros do Mal, en la que publicó su primer libro, *Dentes guardados*, así como las obras de otros jóvenes autores. Desde entonces ha publicado otras cuatro novelas: *Até o dia em que o cão morreu*, *Mãos de cavalo*, *Cordilheira* y *Barba empapada de sangre* (Literatura Random House, 2014). También escribió el guion de la novela gráfica Cachalote, ilustrada por Rafael Coutinho. Trabaja como traductor literario y publica reportajes y ensayos en medios escritos. *Las doce y veinte de la noche* es su última novela.

Título original: *Meia-noite e vinte*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

Obra publicada com o apoio do Ministério de Relações Exteriores em cooperação com o Ministério da Cidadania do Brasil I Fundação Biblioteca Nacional
Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores en cooperación con el Ministerio de la Ciudadanía de Brasil I Fundación Biblioteca Nacional









La mayor parte de las informaciones de la enciclopedia de criptozoología contenidas en el primer capítulo han sido extraídas de Encyclopedia of Cryptozoology: *A Global Guide to Hidden Animals and Their Pursuers*, de Michael Newton (McFarland & Company, Inc., Jefferson, Carolina del Norte, Londres, 2005)

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: La editorial no ha podido contactar con el autor o propietario de la fotografía de portada, pero reconoce su titularidad de los derechos de reproducción y su derecho a percibir los royalties que pudieran corresponderle

ISBN: 978-84-397-3622-6

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Las doce y veinte de la noche

Sobre este libro

Sobre Daniel Galera

Créditos